RAFAEL CÓMENGE

EL LIBRO DEL ESPLENDOR

(BIBLIA DE LA CÁBALA)

Biblioteca Bergamin.

ZEPHER ZOHAR

LIBRO DEL ESPLENDOR

(BIBLIA DE LA CÁBALA)

POR

RAFAEL COMENGE

PRIMERA EDICIÓN

MADRID
BIBLIOTECA BERGAMÍN

Es propiedad

Imp. de G. Hernández y Galo Sáez.—Mesón de Paños, 8.—MADRID

PROLOGO

El asunto a través del autor,
y el autor a través de la obra.

Descubrir las fuentes misteriosas de la vida y alcanzar a definir los presuntos orígenes remotos del universo y del hombre, fueron siempre temas que sedujeron a los espíritus inquietos. El afán, que acusa de soberbio nuestra Iglesia, de destruir las dudas y vaguedades del misterio recatado, nació en el primer rebelde impugnador de las llamadas verdades reveladas, que se lanzó en brazos de la suerte y en alas de la quimera hacia otras verdades cuya posesión diera estado y fuerza a su rebeldía.

Este afán, transmitido e intensificado a discípulos y adeptos que pugnaron por hallar la verdad suprema, la incontrovertible por luminosa y clara; esa verdad eterna que esconde cuanto es, con el mismo pudor tembloroso y empeñado con que defiende la virgen cris-

tiana su virginidad, desvió truncándolos los primitivos propósitos de los inquietos y los atormentados, y les movió con su resistencia a elaborar, a construir—verdadero cálculo de posibilidades—una *verdad* que pudiera parecerlo y suplirla, dándoles prestigio de triunfadores.

Y la falsedad, cuanto más perfecta fué, cuanto más disimulada estuvo y más apariencias de certeza presentó, mejor sirvió para alejar la única verdad posible, la buscada. Sus perseguidores sucesivos, se vieron obligados a detenerse en los comienzos de su avance, requerida la atención por varias simulaciones distintas y aún opuestas que parecían brillar con clara luz de verdad, entre las sombras del misterio indescifrable.

Verdades elevadas sobre bases de una misma especie, pero elogiadas según el espíritu particularísimo de cada uno de ellos, y formadas luego fatalmente con sujeción a este criterio mismo, no podían huir de presentar al estudio de los iniciados, soluciones contradictorias que se alejaban señalando diversos campos de acción, caminos todos supuestos, rectilíneos y bien orientados hacia la verdad incógnita y única.

Y surgió la cábala que en la antigua literatura judaica quiso ser la esencia de la doctrina religiosa recibida, exceptuado el *Pentateuco*, y que incluía, buscando adeptos a los profetas, los hagiógrafos y las tradicciones orales; tradicción que, considerada como ciencia secreta de los judíos en el siglo x, pudo hacer ver en ella un sistema de teosofía destinado a explicar el universo y a desentrañar los misterios del Sagrado Texto.

¿Cuál es, sin embargo, la verdad más aproximada a la real?

¿Qué camino, de entre los elegidos y señalados, cabe suponer más acertado?

¿El que siguen aquellos cabalistas que hacen derivar su doctrina de las inspiraciones de Dios a Adán, Abraham, Moisés (que suponen la recibió junto con las Tablas de la Ley en el Sinaí), Esdrás y los últimos profetas, o el que señalan como único los que sostienen que Dios enseñó la doctrina cabalística a los ángeles después de la caída del primer hombre a quien transmitió sus verdades y misterios principales el ángel Raziel?

Y, aun entre ellas, ¿qué cantidad de certeza puede suponérseles, y, por ello, qué crédito debe otorgarse a los diversos textos de la cá-

bala filosófica hebrea, cuyas teorías místicas más verosímiles, hay que buscar en los judíos de la famosa Escuela de Alejandría, en el *Talmud* del persismo, en los filósofos griegos y en los escritores romanos, cristianos y mahometanos, de todos los cuales tomó alguna parte o inspiración?

Este es el primer punto a resolver del problema todo incógnitas de la teosofía cabalística, cuya importancia alcanzó épocas de gran esplendor, llegando a ejercer positiva influencia en la Iglesia cristiana, particularmente durante el Renacimiento, en el que favoreció la conversión de numerosos cabalistas el parecido que se pretendía ver entre muchos puntos de la cábala y del cristianismo.

El crédito que le fué concedido a la cábala llegó al punto de que en 1450, Vidal de Zaragoza, Dávila y Pablo de Heredia, seguidos de un numeroso grupo de judíos conversos españoles, publicaron varios textos cabalísticos para probar por ellos, como creyeron lograrlo, la doctrina cristiana, camino y ejemplo que fué seguido por Pablo de Rici, quien tradujo al latín, en 1516, la obra cabalística *Las puertas de la luz*, en la que se inspira-

ron Pico de la Mirándola y Reuchlin, para conseguir, el primero, interesar a Sixto V en la traducción y estudios de otros textos, y ganando Reuchlin a León X, que llegó a comenzar el estudio de las lenguas orientales para intentar descubrir los secretos de la cábala.

Es, pues, el problema que se plantea al espíritu ganado por la seducción del misterio, un problema de previa elección por eliminación; problema que tiende a resolver el LIBRO DEL ESPLENDOR (Zepher Zohar), biblia de los cabalistas atribuída a Simón ven Johai—comentario cabalístico del *Pentateuco*—, en el que la cábala *especulativa*, ya simbólica, ya dogmática, que trata de investigar el sentido recóndito de la Sagrada Escritura, de los misterios de la creación y los de la Naturaleza, y la cábala *práctica*, que pretende tener poder bastante para obrar milagros y sanar enfermos con sólo invocar o escribir el *domay* tetragramático, o palabras y pasajes de la Biblia, a través del estudio y de la personalidad del comentarista que las anatomiza, adquieren nueva vida glosadas imparcialmente con serenidad crítica y clara visión clásica.

Rafael Comenge es, ciertamente, el más indicado, entre los pocos críticos españoles,

por su adecuada y sólida cultura, para llevar a feliz término tan ímproba tarea. Podría asegurarse que sólo él, conocedor del latín, del griego y del hebreo, con una rara perfección hija de la educación clásica, injustamente relegada, podía sentir vehemente la comezón de trabar un problema cuyos primeros términos hay que buscar en aquellas lenguas hoy muertas en el uso, aunque no en su propia vitalidad intensa.

Maestro, entre los muy contados que pueden responder a este nombre en toda su puridad, lector abnegado y constante, de educado paladar y fino tacto para gustar y distinguir la vianda exquisita de la bazofia y la simiente fresca del residuo estéril, Rafael Comenge es hoy, sin disputa, el más formidable escritor, formado en el último siglo. Él acertó a rebasar su época guardando todas las virtudes básicas que suma a las tendencias modernas, ya familiares en él, que acertó a ser un espíritu de orientaciones avanzadas entre los de su generación intelectual, y ello gracias al macizo puente, único posible, de su cultura.

Escritor impecable, la agilidad de su pluma—que no es puramente ágil, sino desem-

barazadamente clásica—, es la de su cerebro sólidamente servido, templado en la discusión y la controversia, en el que todo pensamiento, apenas delineado claramente, encuentra mil otros homogéneos que acuden en su apoyo y le afirman y nutren y apoyan y contrastan, con citas, casos y modalidades, y que hallando franco el fácil camino de su pluma para trasladarse y ser en las cuartillas, las llenan de autoridad sin empañar su fluidez y galanura.

La ciencia de Comenge es humana y lógica, libre de la acartonada rigidez angulosa, de la seca erudición libresca y falsa, totalmente estéril. Así como aprendió de la vida por su vida y no por la de los libros, como otros muchos que no supieron, prudentes, ver en ellos una copia tantas veces infiel o sencillamente poco afortunada, Comenge aprendió su ciencia en la vida misma, recogiéndola, sin buscarla fuera de lugar, donde la vió surgir y ofrecerse.

Y no habiendo sido la por él llevada a cabo una labor de recolección, limitada a clasificar, rotular cerebros, sino la lenta y depurada asociación de conocimientos escogidos, recogió y guardó tan sólo aquello que halló franca acogida cordial en su corazón, o

pronta y fácil comprensión en su cerebro, con lo que Comenge no podrá hablar de todo, porque no es posible que de todo entienda un hombre sólo; pero de aquello que habla o escribe está en plena posesión inteligente, que da calor de vida a cuanto trata y lleva ya en sí una poderosa fuerza de persuasión.

Viajero errante por la curiosidad de sus años mozos en un principio, y por la impulsiva sed de fuentes nuevas en los maduros, Rafael Comenge ha logrado reunir en su espíritu las flores y los frutos que se cultivaron separados y distantes. Europa toda, Filipinas, Japón, China y el Norte de África, han sido recorridos por su planta firme y andariega de peregrino de todas las culturas que quiso beber en su mismo manantial nativo, sin usar para alcanzarlas de otro cuenco que el natural y perfecto de su mano gafa: el de los soldados elegidos por el caudillo famoso y prudente.

Por ello, Comenge, al escribir el LIBRO DEL ESPLENDOR, fiel a su temperamento, ha sabido evitar maestra e incomparablemente el peligroso escollo de la aridez de la recopilación y examen de datos, indicaciones y resultados, ímproba labor de erudición que se

muestra en toda la obra galanamente, sin aquella «profundidad» obscura de estilo y método que muchos creen adecuada y aún necesaria para el género, y que pretendió haber defendido un ironista al afirmar que es indispensable «para que perciban por la de la forma la trascendencia del fondo aquéllos que no alcancen a distinguirlo y a apreciarlo por él mismo».

El Libro del esplendor, es el detallado estudio que, junto al dato esquematizado, limpio, reducido a su verdadero ser, ofrece el comentario justo, insustituíble que lo prasma o lo deshace; con una afirmación rotunda o una ironía aguzada, pero que es siempre la frase precisa; que no en balde Rafael Comenge, si no es constantemente alabado por su galanura en la forma (al decir de sus adversarios), culpa es de su fondo, que todo ciencia, vida, calor, relega a segundo término lo que sin la acabada perfección de la suya, constituyen la única virtud y el mérito mondo de tantos y tantos como por los abiertos campos de las descuidadas letras transcurren sin otro bagaje ni más autorizada licencia.

Antonio Cases.

AL QUE LEYERE

En puridad debo declarar que este libro no es para todos, ni son muchos los escogidos que lo puedan leer con provecho.

Deténgase en la portada el enemigo del misterio, aquél a quien no convenzan los razonamientos ocultos; si atraviesa el umbral le rodearán tinieblas que yo no he podido disipar, porque el esfuerzo para lograrlo es mayor que mi deseo.

Al atrevido advierto, que el tímido bien sé yo que pasará de largo.

Las páginas de este libro sólo pueden compararse con una noche obscura, sin fin.

Pero que nadie olvide que al amanecer aparecen en el cielo las más hermosas estrellas.

EL AUTOR.

LA CÁBALA

CAPITULO PRIMERO

Una *Cábala* que no es cábala.—No creo en la magia.—Este libro no se escribe para medro personal.—¿Por qué escojo este tema? El Zohar.—Moisés Schemtob Falquera de León.—Arrugas de la sintaxis.—Treinta mil pesetas para un judío.—España tiene de todo, menos gobernantes.—Don Santos de Carrión y sus consejos al Rey Don Pedro I.—¿Fué un cabalista de casta?—La cuarteta denunciadora.—Invocación cristiana antes de combatir.

En secreto debo confesar, o mejor, porque está más en armonía con mi carácter, paladinamente debo decir, que yo no soy cabalista, ni ocultista, ni taumaturgo, ni siquiera teósofo; en suma, no creo en la magia; de manera que, esta *Cábala* mía de hoy, va a ser una cábala sin cábala; ni aun disimulará la cábala de cobrar quinientas pesetas del Ministerio de Instrucción pública, puesto que no se me han ofrecido; es una cábala inocente que no se vende, que se da, dona y regala *gratis et amore* a los lectores que aspiren el perfume del saber mediante un pequeño gasto.

Persistiendo en esta incongruencia de sentirse mago sin quererlo, no hago más que ser constante imitador de nuestra tradición clásica, porque todos vosotros los

que me leáis, recordaréis que en el inmortal libro de Cervantes, *Don Quijote*, el personaje principal siempre está pendiente de una mujer, Dulcinea; y en los apremios de sus desventuras y bienandanzas, no se atreve a mostrar su corazón a ser alguno, ni admite los consejos de nadie, medroso de agraviar a Dulcinea; una y otra vez rechaza en aras de su amor ideal los halagos y solicitudes de todas las mujeres que a él se dirigen, y como espejo de caballeros le desean y codician; casta actitud, que se explica fácilmente al tratarse de Maritornes, que huele y no a ámbar, pero que presupone gran pureza y no escaso sacrificio cuando la que se insinúa en las altas horas de la noche es la bella Altisidora.

Y, sin embargo, ante tentaciones tan atractivas y embelesantes, Don Quijote, el honesto, guarda la fe a la señora de sus pensamientos, de día y de noche, en la vigilia como en el sueño, ayuno o ahito; en el comienzo de toda aventura, Dulcinea es la suprema ilusión, el ídolo que se invoca, la piedra de toque donde contrasta su severo espíritu el caballero andante, y Dulcinea... no existe.

Pues bien, lo mismo me acontece en este momento; la cábala para mí no existe, ni yo la conozco; y a pesar de estas declaraciones, cuanto os voy a comunicar es y será pura cábala, cábala trasnochada, pero cábala auténtica, sobre cuyos misterios inexplicables y ocultas reconditeces se han deslizado los mejores años de mi vida. Me diréis que sueño; ¿quién es el mortal que no se ha atribuído alguna vez el derecho a soñar?

Pero, como hay una porción de gente que cree en la cábala clásica, la auténtica, transmitida de siglo en siglo por la voz de la conseja, y, además, lo que para los teósofos es una esperanza, para mí es una página de los anales del progreso, en este libro procuraré hacer honradamente la historia de la *Cábala*, dejando las esperanzas e ilusiones ajenas perfectamente impolutas e intactas, con objeto de que ya que los enamorados no encuentren a sus damas ensartando perlas, como suspiraba Don Quijote en Sierra Morena, las hallen al menos aechando trigo en la era cuando la parva echa chispas y el ardiente sol convierte en fuego toda la tierra española.

Conste que este libro cabalístico no es un anuncio para el medro personal; que yo en mi casa, en mi modo de vivir, no tengo ni ejerzo cartomancia pecaminosa, ni relapsa a brujería; no hay en mis habitaciones pitonisas, sibilas ni adivinadoras gitanas que retrotraigan el porvenir al presente; declaro que no vendo filtros, ni afeites amorosos; ni yo, ni los míos, echamos las cartas ni trazamos el horóscopo a nadie, pues nuestras luces naturales y humanas se rinden con el trajín diario, sin intentar nunca sorprender lo venidero, néctar prometido a los ociosos vagabundos que andan errantes por los encantados campos de la bella y amena literatura.

De modo que esto de la cábala para mí no tiene más enjundia y trascendencia que el haceros perder algunas horas, y si acierto en el relato y vosotros leéis con piadosa bondad la narración sintética y atropellada, más obscura de lo que consiente la

crítica, y soporta una digestión elegante, aún daré gracias a las Musas si al final aplaudís.

¿Por qué escogí la *Cábala* como tema? Entre otras cosas de mayor empuje y valimiento, porque era lo que yo estaba estudiando en estos momentos y me resulta más fácil recordar que definir. Además, la cábala va acompañada de cierta prosapia, linaje y estirpe de pura cepa española, con sonnolencias de llanura y aromas de montaña; y yo, debo confesarlo, siempre que encuentro un motivo para elogiar la patria donde nací, me agarro a él fuertemente; porque, ¿quién no enaltece a su madre?

Y es que la cábala o el libro más importante que de ella trata el *Zohar*, cuya significación es: chispa, brillo, esplendor, creen muchos (creen casi todos los judíos, no lo creen los que no son judíos) que ha nacido en España; y, precisamente por nacer en España, está impregnado de ese ambiente especialísimo entre tomillo y cantueso que antes le señalaba: es de nuestra casta y de nuestra raza. Vino de rancia cepa lleno de aroma y con rescoldos de sol escondido en el oro de sus cristales.

Los judíos atribuyen el *Zohar* al rabí Moisés Schemtob Falquera de León, entre los bibliógrafos conocido por el rabí Moisés de León. Afirman todos los historiadores hebreos y paganos que en el año 1309 de nuestra era, fué cuando se descubrió o se publicó el *Zohar;* pero el hecho de haberse encontrato recientemente en Módena un antiguo manuscrito, sin fecha, escrito en siro-arameo, comprobó a muchos que el *Zohar* se había empezado a escribir por Rabí Simeón

ben Yocaï en el siglo I. En los primeros momentos, esta afirmación se consideró como una superchería libresca, y tras largo estudio del manuscrito leonés, todos los hebraizantes de fama siguieron atribuyendo el *Zohar* al rabí Moisés de León, el cual, a una, lo declaran sus adversarios, estudió datos de todas partes; conoció opúsculos de Oriente, Jerusalén y de Egipto, los cuales selectamente elegidos exornaron su obra; y, por último, supo hacer del *Zohar* un libro universal que, aun nacido en España, fué admirado por el mundo entero.

Pero al examinar la obra los grandes bibliógrafos, notaron que, por rara perfección, estaba escrita casi toda ella en dialecto siro-arameo, idioma vulgar de la Palestina en los tiempos de Jesucristo; y como esta fenecida hablilla local, este abandonado dialecto de la gente hebraica era ya completamente desconocido en el siglo XIV, sospecharon que sus mentirosas páginas con rebozos de juventud, ocultaban mayor antigüedad; y de ahí dedujeron que fuese tal vez copia retocada de otro documento más rancio. Con la sintaxis de los libros viejos pasa lo mismo que con los vinos aloques, ambos, cuando se les huele y saborea, acusan vejez: primero, por el aroma, y luego por el gusto. Los sabios retóricos que fueron siempre diestros y hábiles en conocer la antigüedad y vetustez de los libros, desde los primeros catamientos dijeron que la sintaxis se arruga con el tiempo y que el *Zohar* era un libro del siglo I, a juzgar por los dobleces de su léxico, imposible de disimular con afeites medioevales.

El estilo envejece con los años y el tiempo no pasa en balde sobre las letras, sin que la gramática se resienta.

Pero de ello hablaré más largamente.

Estos antecedentes retóricocríticos tienen algún interés de actualidad, porque hace muy poco tiempo el Gobierno que nos rige o nos oprime ha gastado treinta mil pesetas en buscar un rabino exótico que pueda venir a España para enseñar a los moros del Riff, y supongo también que a los judíos del Garb, los secretos del *Talmud* y los misterios de la *Cábala*.

Claro está que estos Gobiernos no tenían necesidad de ir demasiado lejos para encontrar quién supiera el *Talmud*; porque, sin modestia, debo decir: que yo me he pasado cuatro años, en bibliotecas, leyéndole y extractándole; pero los ministros no suelen tener conocimiento de estos sacrificios personales, y en cambio se pondrían foscos si nosotros los gobernados imitásemos el procedimiento suyo y buscásemos fuera de España políticos diestros que nos gobernasen. ¡Quizá nos iría mejor!

Pero volvamos al asunto. Este rabí Schemtob, con el solo apellido Schemtob nos da a entender que tiene algún parentesco con aquel rabí Don Santos de Carrión, con aquel judío poeta, que escribió los consejos al Rey Don Pedro I, en cuya obra poética y de buen Gobierno, excusándose de tener que cumplir misión tan enojosa porque era judío, aunque nacido en España, y temeroso de que un hebreo avecindado en Castilla no puede traer a colación buenos ejemplos o, por lo menos, no se le reconoce esta cualidad, decía

eso al principio de su aduladora cortesana composición al rey Cruel o Justiciero:

«Por nascer en espino
Non val la rosa cierto
Menos, ni el buen vino
Por nascer en sarmiento.
No val el azar menos,
Por venir de mal nido,
Ni los ensiemplos buenos
Por los decir judío.»

Como véis, autor o arreglador, se trata de un paisano nuestro; y por ser español este judío, su nombre tiene para nosotros singular atractivo y dulce encanto. Además, con estas evocaciones castizas, hay que desacreditar algo el antipatriótico procedimiento de ir a buscar, lejos de casa, gente que sepa el *Talmud*. ¿Por qué no se ilustrarán algo los que mandan?

España, según los que la conocen íntegramente, tiene de todo, menos gobernantes; y aun éstos, otra cosa serían si en vez de reclutarse porfiadamente con tozudez de secta, entre los entenados analfabetos y audaces, se eligiesen entre los sabios sin parentesco.

Esta lucubración literaria, más arcaica que razonada, la traigo a los autos solamente como recuerdo, no con ánimo de ofender a nadie, es decir, que sólo trato de manifestar que Don Santos de Carrión, como sus antepasados los Schemtob, era también cabalista.

Lo demuestra la siguiente cuarteta de la misma composición, que os ruego leáis, aunque tomando todas las precauciones profilácticas, por si las creéis ne-

cesarias para no lastimar el oído interno con los ripios y cascotes en que abunda:

«El hombre mas non val,
Nin su persona entera,
Mas de bien o de mal,
Que dó le pon la esfera.»

Esto es, que Schemtob, consejero de Don Pedro I, profesaba la teoría astrológica de que las esferas, como las estrellas, soles y luceros, influyen directamente en la vida de los hombres; y por esta arraigada creencia, cuando salió de los campos de León para entrar en el camino de la *Cábala* y en la gracia del Señor Rey Don Pedro I, lanzó, a guisa de programa teosófico, esta cuarteta que es muy mala y antiestética, porque sin duda la doctrina oculta se presta menos a la poesía que el azor, el vino y las rosas.

Perdonemos al poeta su error, y él a nosotros esta acometida injustificada, y vamos a medir nuestras armas con el ocultista Moisés de León, bien fuese su bisabuelo, su hermano o su tataratío, no con el coplero de casa y boca, que harto hizo con no dejar la pelleja a manos de Juan Diente.

Y con estas embromadas razones, doy fin al preámbulo, para comenzar en seguida el estudio de la verdad con la ayuda de Dios Nuestro Señor y Santa María su Madre, que, a fuer de buen *cristiano*, invoco para que venga a socorrerme en trance tan apurado.

CAPITULO II

Qué es la *Cábala?*—Libros en que se esconde.—Importancia que dan los iniciados a estos libros.—Obras cabalistas que se perdieron.—Adeptos y discípulos de la *Cábala.*—¿Dónde está la clave?—Jesús, hijo de Buda.—Cristología que aplasta.—San Pablo, ocultista.—Párrafos obscuros que le comprometen.—Quisiera ser amanuense del Apóstol.

¿Qué es la *Cábala?* Cábala es voz hebrea (*Cabalah)*, que significa tradición. En la Edad Media extendía sus dominios desde la metafísica a los ungüentos brujos. ¿Tradición de qué?, preguntaréis. Los antiguos judíos, muchos egipcios, algunos indios, medos, persas y tal cual otro chino letrado *(Zu)* de la Sericana, creían que había una tradición antiquísima, casi borrada por la humareda de los siglos, la cual fué revelada por Dios mismo en persona (ya veremos luego a quién y en qué condiciones), cuya doctrina esotérica, tenebrosa, contenía la explicación exacta de tres enigmas: 1.º El de la Divinidad. 2.º El de la formación de los mundos o Cosmogonía; y 3.º El de la creación de este mundo en que habitamos.

Esta tradición se había perdido; pero permanecía

oculta en determinados pasajes de ciertos libros, gazapeando por los cuales los iniciados, los que sabían leer estos secretos, agrupando letras, componiendo palabras y restando números, podían deducir y publicar la solución de todos los problemas de la vida, con rara perfección y exactitud.

¿Qué libros eran éstos? Los *Chuking* o libros sagrados de China, o, como los llama Madama Blavasky, con notoria adulación y valiosa parcialidad: la *Biblia primitiva de la China*, los *Puranas*, de la India; el libro de Adán; el libro caldeo de los *Números*, el *Pentateuco;* los 36 volúmenes de Mercurio II (Hércules Trimegisto), cuyo suntuoso culto público nos refiere en sus *Stromatas* San Clemente; el zepher *Dzeniuta*, el zepher *Yecirah*, el zepher *Zohar*, y, en general, casi todos los libros considerados como cabalistas, escritos en hebreo o en *zenzar*, lengua fenecida en desuso, oculta y misteriosa, que sólo entienden y saborean los iniciados, si damos fe a la palabra de honor de los discípulos de la doctrina secreta, de suyo crédula, inocente, sectaria, hiperbólica, superlativamente fantaseadora y jactanciosa.

¿Qué importancia dan los iniciados a estos libros? Rabí Yesuhaben Cananeo (m. el 72 de Cristo), afirmaba que él había hecho milagros leyendo el *Yecirah*, y Eliphas Levi, el mago moderno, propagador contemporáneo de la magia negra y blanca, sostiene que él puede, a su antojo, alterar las leyes naturales con sólo repetir en voz alta frases del *Zohar;* bien es verdad que a la hora de ahora nadie le ha obligado a cumplir esta espontánea aceptilación, severidad ritualista

que le pondría en grave aprieto teatral, de prestidigitación y escamoteo, si no optaba por volver la espalda al compromiso.

¿Qué libros cabalistas se han perdido? Muchos; entre ellos, que yo recuerde:

1.° El *Targum*, de Yonatham ben Huziel, acerca de los giógrafos. Pedro Galatino, judío, de Italia, que terminó su vida vistiendo el hábito de monje franciscano, decía de este *Targum*: «Los rabíes han procurado que se perdiese, porque contenía en sus folios todos los misterios de la fe cristiana». Y añadía: «Era denuncia perpetua de la incredulidad de los judíos y confirmación de las profecías de las Sagradas Escrituras».

2.° Las obras de rabí Mosché de Hordoschan, que podían ponerse al lado de los Evangelios, según un antiguo escritor que jura haberlas leído y releído hasta sorberse la medula de sus razonamientos.

3.° El *Galé Razaiya* (revelador de misterios), de Rabí Judá, el Santo, célebre redactor de la *Mischna*, y que, según su autor, constituye un resumen expositivo de los misterios y dogmas de la religión cristiana, con grave olvido de las prácticas judaicas.

Adeptos y discípulos de la «Cábala».—La doctrina secreta considera como tales: a Adán, Abraham, Moisés, Buda, el Sakia-Muni, Pitágoras, Platón, Agripa, Jesús, San Pablo, Orígines, San Clemente, Maimonides, el abate Tritemio, Juan Renchlin, Paracelso, Roberto Hudel, Pico de la Mirandola y Raimundo Lulio; ensalada histórica y revoltijo jocundo en que sólo falta un Krausista pundonoroso hecho de nieve y humo,

que en párrafos obscuros y gárrula prosa, diera fe de estas conjunciones absurdas, dañadas e inverosímiles.

A juicio de los iniciados, todos los discípulos entienden de la misma manera la tradición o la cábala, porque el secreto es uno y la inteligencia igual. (¡Perdón por copiar la blasfemia!)

¿Qué contenía esta revelación primitiva? Declaraba y explicaba cuantas verdades existen referentes a Dios, a la cosmogonía, a la creación y fin del hombre. Para ello los iniciados están en posesión de una clave.

¿Puede llegar a conocerse esta clave? Cuando Madama Blavasky se encuentra con un imposible metafísico, adopta un procedimiento curioso: dice que, consultados los grandes maestros, contestaron: que el problema tendría fácil solución el día que los hombres estudiosos conozcan la trascendencia matemática del número 777. Y después, con toda formalidad teosófica, pasa a otro asunto. Yo, como filósofo formal, no imitaré el ejemplo.

En resumen; no hay un solo ocultista que muestre la clave. ¿La perdieron? Bien pudiera ser, si hubiese existido; debemos resignarnos a darla por perdida. Pero, ¿a qué tristes y amargas consecuencias nos lleva esta resignación? Porque, ¿qué pierden todos esos personajes con que se les declare discípulos de una doctrina esotérica? ¿Qué pierde Platón con que se diga de él que era maestro de lo desconocido? Nada. ¿Qué pierden Paracelso y Raimundo Lulio? Nada absolutamente. Acaso su fama de sabios aumente en intensidad si el título queda en las sombras.

¿Qué pierde Jesús? ¡Ah! Jesús pierde la divinidad, porque si es un adepto, no es Dios.

Para aclarar este concepto os diré, por adelantado, que en la *Cábala* se da por supuesto que no existe ninguna religión verdadera; que cada religión contiene una pequeña parte, una pizca de la verdad; y si se pudiera sacar esa pizca, esa minucia de cada religión, juntándolas todas, llegaríamos a formar la verdad total, única, encerrada en la tradición primitiva que se perdió en las obscuridades de la vida.

Se me objetará diciendo: Buda y el Sakia-Muni, también pierden su divinidad. Cierto; pero, en definitiva, la mayor parte de los tiros apuntan a Jesús. Lo único que les interesa a los judíos es que no haya venido el Mesías.

En último resultado, la *Cábala* anula los altares y desacredita los templos. Convengamos en que la empresa es atrevida, disparatada, pero injusta.

Mas... no nos apartemos del asunto. ¿Dónde está la clase y el secreto de esta doctrina misteriosa? Ningún cabalista la enseña ni la nombra, y cada cual interpreta los misterios del pasado según su gusto y aficiones. Con todo, muchos convinieron en un punto principal. Jesucristo es para los cabalistas una nueva encarnación de Buda; el verdadero Mesías está para llegar de un momento a otro. Ha de venir: está bajo la tutela de Annie Besan; y a falta de estrella en el cielo que le anuncie, los ocultistas se ponen estrellas de plata en el hojal de sus fraques y levitas. Compaginad estos embrollos con la regla de nuestro Maimonides: El Mesías será el último engendrado.

En el fondo de este simbolismo crédulo e inocentón, por no añadirle adjetivo de salsa más picante, se ve claramente que cuando los judíos salieron del nido de águilas de Canaán y se esparcieron por el mundo, atravesaron la Caldea, la China y el Egipto, buscando argumentos para negar la venida del Mesías, y hallaron éste: Equiparar a Jesús con Buda; hacer del profeta de Nazareth una reencarnación brahamánica y esperar que la estulticia humana obrase el milagro de convertir la mentira en verdad.

Según su propia confesión, la treta no les sirvió para nada, porque los críticos y místicos medioevales, hasta los herejes y judíos de aquella época interrogante, en que nada se sabía, que todo estaba olvidado, siguieron explicando las antiguas enseñanzas, valiéndose de una forzada *cristología* capaz de desesperar a todos los zumbones judíos y budas con panza, presentes y futuros.

No hay sino prestar atención a los desesperados alaridos de los israelitas contemporáneos para saber dónde les duele el esoterismo y en qué artejo les aprieta la *Cábala*. Diariamente gritan a pendón herido: «Los dogmas cristianos son la sima que engulle los viejos símbolos paganos»; «el alambique y las retortas de los alquimistas han quebrantado, destilado y volatizado la *Cábala* hebrea, encerrada en tan magníficos y excelentes libros, formando un alcohol cristiano que apesta»; hay que tornar forzosamente al *viejo de los días* y hacer con cada uno de los cabellos de *Macroposapus* una rectificación legendaria y cruel de la historia terrena de Jesús de Nazareth. Como se

ve, la sombra de Cristo no desaparece del mapa, ni aun proyectándola sobre la India, valiéndose de linternas mágicas y metamorfosis brahamánicas; se palpa al judío burlado en todas estas quejas y denuestos que pueblan los aires; entre la hojarasca retórica se adivina el fundado temor de que el Mesías haya venido sin que lo advierta Israel. ¡Quizá sea la encarnación del hijo del *hombre* el único secreto que la *Cábala* quiere ocultar bajo cien llaves!

Los grandes teólogos defensores de la claridad meridiana que se advierte en las Epístolas de San Pablo, preguntan: ¿qué razón pudieran tener los cabalistas para sumar a Saulo de Tarsis entre los discípulos de la doctrina esotérica? ¿En qué pecó el elocuente discípulo de Gamaliel?

Todos a una señalan aquellos párrafos indescifrables de la I a los Corintios, en que parece que el Apóstol de las Gentes se confiesa, de hoz y de coz, en cabalista.

Los copio íntegros, y que el lector juzgue:

A los Corintios, I-II, párr. 3 y siguientes.

Y estuve yo entre vosotros con flaqueza, temblando y con mucho temor.

4. Y ni mi elocuencia ni mi predicación fué con palabras persuasivas de humana sabiduría, mas con demostración del Espíritu y del poder.

5. Para que vuestra fe no esté fundada en sabiduría de hombres, mas en poder de Dios.

6. Empero hablamos sabiduría entre perfectos; y sabiduría no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que se deshacen.

7. Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría *oculta*, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria.

8. Lo que ninguno de los príncipes de este siglo conoció, porque si la hubieran conocido nunca hubiesen crucificado al Señor de gloria.

9. Antes como está escrito: «Cosas que ojo no vió, ni oreja oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que ha Dios preparado para aquéllos que le aman.»

10. Empero Dios nos lo reveló a nosotros por su Espíritu, porque el espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios.

11. Porque, ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del mismo hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas que son de Dios, sino el Espíritu de Dios.

12. Y nosotros hemos recibido, no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha dado.

13. Lo cual también hablamos, no con doctas palabras de humana sabiduría, más con doctrinas del Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual.

14. Mas el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque las tiene por locuras; y no las puede entender ya que se han de analizar espiritualmente.

15. Empero el espiritual juzga todas las cosas, mas él no es juzgado de nadie.

16. Porque, ¿quién conoce la mente del Señor? ¿Quién le instruyó? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo.

Y estas congojas, promesas, anuncios y esperanzas del Apóstol no faltan cabalistas que las relacionan con las seguridades de Jesús cuando Mateo, el fiel cronista de su vida terrena, le hace decir para tranquilidad de los mortales:

«Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá.

¿Qué hombre hay de vosotros a quien si su hijo le pidiera pan le dará una piedra?

Y si le pidiere un pez, le dará una serpiente.

Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos?»

Ya lo saben los discípulos de lo oculto; pedid y se os dará.

La caridad de Dios para con sus criaturas es inagotable. Lástima que no sea el propio San Pablo el que me dicte la rectificación.

CAPITULO III

¿Cómo se hizo la iniciación de la *Cábala?*—Cuándo y a quiénes se hizo.—Los *Zephirots.*—¿Qué fin persigue la *Cábala?*—El mundo y la esencia de Dios.—Los 10 *Zephirots*, las 22 letras del alefato y las 32 carreras de la *Cábala.*—Una lección de Jesús de Nazareth.—No hay más que una *Cábala.*—Cábala hebrea.—Opiniones de sabios judíos.—¿Qué importancia dan los discípulos a la doctrina secreta?—La infidelidad del ángel Raziel.—Opinión de García Blanco.

Cómo, ¿cuándo y a quién se hizo la iniciación en los secretos de la doctrina esotérica?

Sobre este punto específico, más quebradizo que el cristal, los cronistas fantasean, disputan y cuentan los hechos según les viene en gusto. Todos están conformes en que la revelación la hizo dios; pero no coinciden al narrar el hecho en la forma en que lo hizo, ni los detalles de tal donación. Unos dicen: «lo primero que hizo Dios fué dar a conocer la fórmula de la creación y de la cosmogonía a los ángeles y a los *Zephirots* (luego diré lo que son los *Zephirots*); pero cuando nuestro padre Adán fué expulsado del Paraíso, un *Zephirots* hembra, como si con esta previa elección

femenina quisieran justificar la fácil divulgación del secreto de la antigüedad, *Zephirots* que fué reo por compasión amorosa, y delincuente por amabilidad indiscreta, viendo desesperado al primer hombre, le enseñó la *Cábala* para que se consolase de la pérdida del Paraíso». Conste que esta denuncia no me pertenece.

Otros añaden: «No es tan antigua esta leyenda. Fué Moisés quien en el Monte Sinaí, con las Tablas de la Ley, recibió el secreto de la *Cábala*; y luego, antes de morir, lo transmitió a los jefes del pueblo elegido.» Pero vienen otros, con Pico de la Mirandola a la cabeza, y dicen: «Nada menos exacto; el misterio de la *Cábala* está precisamente en el *Talmud*, y sobre todo en el *Zepher Zohar* y en el *Zepher Yecirah*. Allí es donde se esconde la clave del secreto tradicional.»

Y no faltan quienes suponen «que en la liturgia masónica, entre sucios mandiles y espadas de latón, se hallan traspapelados los problemas metafísicos universales y sus adecuadas soluciones.» Respeto el simbólico martillo del arquitecto Hiram, y aun su gran potencia contundente, para que las carcajadas que pugnan por salir de mi boca no den al traste con nuestra formalidad de investigadores imparciales.

Mas, ahogando la risa, con la forzada seriedad de este estudio, como no me duelen prendas, me dirijo nuevamente a la *Cábala* india, caldea, egipcia, babilónica y judía (que su origen regional y la latitud geográfica de su nacimiento y habitación poco pueden importarme) para preguntar a todos y a cada uno de los ocultistas que existen y vivirán en el mundo: ¿Qué

fin persigue la *Cábala?* Todas sus rancias escuelas y doctrinas místicas tienen un propósito capital: explicar satisfactoriamente la antítesis que encierra en sí la creación de un mundo imperfecto, limitado y finito, llevado a término feliz por una potencia perfecta e infinita.

Este fracaso de lo maravilloso es para ellos absurdo, o por lo menos contradictorio; y los cabalistas, como los gnósticos e iluminados, pretenden resolverlo diciendo: «Entre la potencia infinita y el mundo creado por ella, hay grados en los cuales la esencia de Dios va decreciendo en intensidad, perdiendo cromáticamente espiritualización, para concluir siendo imperfecta, grosera y material.» Suena a brutalidad metafísica que la divinidad se materialice con la distancia.

No hace falta este esfumo, alquitara, trasiego y tamiz de lo ínfimo; la solución de este enigma que tanto hizo pensar a los *cabalistas* y filósofos de menor cuantía en los siglos medioevales, es bien sencilla: Dios, esencia perfecta e infinita, lo llena todo; si crea algo infinito y perfecto, no hará más que repetir su imagen; o más claro, le será imposible multiplicar lo infinito y perfecto, porque esas categorías sin defecto, mácula, término, nacimiento, ni fin, constituyen la propia íntima naturaleza de Dios, que no puede aumentar ni disminuir en el tiempo ni en el espacio. ¿Crea Dios algo aparte de su esencia? Pues necesariamente tendrá que ser finito e imperfecto.

¿Creó el Cosmos fuera de sí? Así parece; luego todo lo creado en el mundo: luz, soles, estrellas, luceros,

minerales, plantas, animales y hombres, como nada de ello es Dios mismo, resultan cosas y seres imperfectos.

Si sumamos una a una las cualidades de las criaturas imperfectas y finitas, no haremos sino aumentar la cantidad de imperfección. Esta prueba puede hacerse cien millones de veces, y otras tantas nos dará el mismo resultado.

En cambio, ¿quién sería capaz de restar ni añadir cualidades a Dios?

De manera que todo el Universo creado, desde las columnas de Hércules a la Vía Láctea, desde la estrella Polar a la *cruz del Sur*, en todas las direcciones geométricas y astronómicas posibles que puedan trazarse en la inmensa bóveda que nos circunda, es y tuvo que ser deficiente, finito e imperfecto, a menos de formar un todo con Dios. Este plancta que habitamos, ¿fué creado por Dios? ¿Sí? Pues la tierra y cuanto en ella se contiene ostenta un estigma de origen: la imperfección, y por ella la caducidad y la muerte.

Si la *Cábala* quiso disimular y encubrir esta mengua vergonzosa de los humanos, ocultando la desdicha de la imperfección, perdió lastimosamente el tiempo; porque tal baldón nadie lo ha negado.

El hombre, aun teniendo algo divino en su espíritu, no siendo Dios, sino un reflejo de la causa, tuvo y tiene que ser finito y defectuoso.

Por el contrario, Dios carece de novedad como de duda, ya que no puede dejar de ser sabio, justo, bueno, sin principio y sin fin, eterno para siempre de siempres.

Los cabalistas, inventando cuatro mundos graduales, tamizaban, desvanecían y lavaban la esencia de la *causa* para que la tierra, con todos sus seres, resultase imperfecta por medio de un *climax* suave, inexcusable y preciso. En lugar de los 10 *Zephirots* y las 22 letras del alefato que integran las 32 carreras de la *Cábala* para completar la diminución, era más sencillo confesar que Dios no posee sino cualidades, y todo lo que no constituya su propia índole y esencia, es defectuoso e imperfecto.

Pero, ¿quién duda de la resolución de este problema después que San Agustín lo iluminó con su talento, el más diáfano y sutil que ha poseído ningún mortal en esta vida?

Todas estas doctrinas misteriosas que ocultan en conos de sombra el saber, sostienen disimuladamente este absurdo: «La inteligencia es la que ha formado este mundo; al cultivar el hombre su inteligencia, al aumentar su sabiduría, cada vez está más cerca de Dios.»

Es decir, que se formaba una especie de aristocracia de las personas inteligentes; estos escogidos estaban más cercanos a Dios, cuanto más ilustrados eran, y más alejados de la divinidad, cuanto eran menos cultos.

En contra de esta opinión, de que no es la inteligencia, ni la sabiduría, el motivo propio, ni la ocasión directa para llegar a Dios, os recordaré de qué manera tan sencilla resolvió Jesús un problema casi igual.

Le dijeron un día los fariseos: «Hablas del reino de

Dios; ¿quiéres decirnos quién será el preferido en el reino de Dios?» Y Jesús, que tenía la costumbre de buscar siempre alrededor de sí el ejemplo o la frase que mejor pudiera mostrar a los presentes sus hondas doctrinas, atento siempre a las circunstancias y al punto en que estaba la discusión, miró a todos lados, y viendo un corro de hombres en que había algunos niños jugando, cogió uno de éstos y dijo: «Este será el preferido en el Reino de mi Padre.» Y añadió: «En verdad os digo que si no fuérais tan inocentes como este niño, no entraréis en el reino de Dios.»

De esta manera contestó el profeta de Nazareth: que la inteligencia puede llegar, pero no comprender a la Divinidad, y para llegar hasta Dios es mejor ser inocente que sabio malicioso.

No hay más que una *Cábala*.

A mi juicio, sin negar importancia a la *Cábala* china, india, egipcia, persa, babilónica o caldea, debo confesar que la mayoría de los ocultistas de la Edad Media sólo estudiaron y analizaron la *Cábala hebrea*, que entre los judíos comprende íntegra la tradición de la doctrina religiosa, exceptuando el *Pentateuco*. Además, la *Cábala* hebrea es la única que tiene algún interés para nuestras investigaciones filosóficas.

Metámonos en honduras sin más zalemas, y aclaremos los misterios de la doctrina esotérica, tarea más fácil de lo que parece a simple vista.

Cábala hebrea.—El vocablo cábala para escribirlo a nuestra usanza ortográfica, tiene entre los sabios rabíes distintas significaciones: primera, el *Talmud* lla-

ma a menudo *Cábala* a los libros del Antiguo Testamento, distintos del *Pentateuco*. En confimación de este aserto, Maimónides escribió: «Y el texto de la *Cábala* forma parte de la Ley escrita; pero su hermenéutica pertenece a la Ley oral, a la Tradición.»

Segunda: los rabíes, aun hoy en día, llaman *Cábala* a la tradición oral que trata de fijar y definir el vasto sentido de la Ley Mosaica, o sea la *Thorah*.

Tercera: la *Cábala*, por excelencia, es la parte misteriosa, esotérica, acroamática de la tradición oral. Según Drach (1), dando a la cábala esta acepción, los sabios hebreos la llaman «ciencia divina, filosofía divina, teología especulativa». Su parte teúrgica y goética, conocida con el nombre de cábala práctica, es con frecuencia calificada de clínica y materia médica, y desciende desde las nubes hasta los emplastos, píldoras, julepes y bebedizos, como ya adelanté en el comienzo de este opúsculo.

La confusión de estas distintas acepciones ha sido causa del embrollo que la mayor parte de los espíritus estudiosos sufrieron en la Edad Media. Mientras unos, siguiendo a los primitivos Santos Padres de la Iglesia, creían que la *Cábala* era la base fundamental sobre que descansaba la auténtica tradición católica, otros sostenían que la *Cábala* no era más que una balumba informe de recetas eficaces, secretos mágicos y astrológicos para uso de la adivinación, quiromancia y hechicería.

Andando los tiempos, esta falsa *Cábala* fué al fin

(1) *Harmonie de l'Eglise et la Sinagogue.*

declarada la única cierta, y por la misma razón prohibida. Sixto de Siena, judío convertido que acabó vistiendo el hábito de dominico, escribía cuando Pío V ordenó la *Cábala*: «Con referencia al rescripto por el cual la Santa Inquisición romana acaba de condenar todos los libros que pertenecen a la *Cábala*, es preciso saber que hay dos *Cábalas*: la falsa y la verdadera. La primera, santa y piadosa, esclarece los misterios de la Ley Mosaica; esa jamás la ha condenado la Iglesia. La segunda, mentirosa e impía, forma una especie de perturbación de las tradiciones hebreas, henchida de engaños y falsedades; ésta es la que se identifica con la nigromancia y las prácticas de hechizos y sortilegios. Este conjunto de supersticiones ridículas es lo que ha condenado la Iglesia (1)».

Por su parte, Drach dice en su ya citada obra: «La *Cábala*, que se puede llamar la filosofía de los hebreos, mientras se conservó con toda su pureza, tuvo de característico que prestó a la ciencia de la Edad Media aquellas nociones sublimes y metafísicas a las cuales no pudieron llegar nunca los más profundos genios entre los filósofos paganos, privados de la ayuda de la revelación».

No olvidemos que muchos judíos ilustres se convirtieron al catolicismo mediante el estudio porfiado de la verdadera *Cábala*; entre ellos debemos citar a Pablo Ricci, profesor de Filosofía en la ciudad de Pavía, y después médico de Maximiliano I.

Juan Abarbanel, o León el Hebreo, cultivado espíri-

(1) Vid. *Pneumatologie de De Mirville.*

tu del siglo VI, a quien se deben los inspirados diálogos sobre el *Amor*.

Pablo Elhanan, que en la misma época probó, por medio de la *Cábala*, que Jesús es el verdadero Mesías.

Pedro Galatino, autor del libro *De arcanis catholicae veritatis*.

Juan Fortius, Luis Carret, Pablo de Heredia, Federico Christian Meyer, y la inmensa pléyade de judíos españoles que ayudaron a la traducción de las Santas Escrituras: los famosos Attias, Usque, Zamora, Coronel y Juan de Vergara.

El más importante de los judíos modernos es Drach, lleno de talento e instrucción, el cual llegó al catolicismo peregrinando por el desierto sin fronteras, ni oasis, de la *Cábala*; y después, repleto de fe, puso singular empeño en catequizar con sus luces divinas a todos los judíos de la tierra.

¿Qué importancia dan los cabalistas a la doctrina secreta? Copiaré íntegras las palabras del *Zohar* que hacen a ello referencia.

Dice en el *Bereschith*: «Notad que el Santo, ¡bendito sea!, ha creado al hombre en este mundo y le ha dotado de tales cualidades, que le ha sido posible merecer la luz. ¿Y con qué ayuda merecerá y alcanzará la luz celeste? Por medio del estudio de la doctrina esotérica; porque cualquiera que se consagre a conocer la doctrina oculta, tendrá la dicha de participar del mundo futuro, y poseerá el mismo mérito que si lo hubiera creado, considerando que es la doctrina secreta la que creó el mundo, y por ella subsiste, como está escrito: «El Señor ha fundado la tierra por la sa-

biduría, y ha establecido los cielos por la inteligencia.» Y en otra parte se lee: Yo estaba en él, yo estaba con él y yo arreglaba todas las cosas; yo estaba entre las delicias, gozando sin cesar, de su presencia, exclamando (1): «Yo he encontrado en la Iglesia la verdadera luz que debía iluminar mi conciencia de judío. ¡Venid conmigo, que yo os entregaré esa antorcha milagrosa para que, viendo a sus resplandores nuestras antiguas Santas Escrituras, deduzcáis por vosotros mismos la verdad que nos participó Moisés.»

Dejo íntegra la responsabilidad de esta bizarría a su autor, porque no estoy en vena de poner en este instante la luz sobre el candelero.

Y en otro lugar se dice: «Nuestro Templo fué destruído por el paganismo. Adonai no está ya en las sombras del Santuario; pero el verdadero Dios, el Hijo del Hombre, Jesús de Nazareth, se ofrece en los templos católicos en forma de pan para fortalecer en la gracia a todos los pecadores que se arrepientan de veras.»

La infidelidad de Raziel.—Para ser cabalista de linaje rancio y viejo cuño, apegado a lo antiguo, como corresponde a toda ciencia oculta, es preciso sostener que Dios la *causa* primera, enseñó la doctrina secreta a los propios ángeles, después de la caída del primer hombre. El ángel Raziel, compadecido de las desdichas de Adán, reo por galantería y pecador por caridad, según se escribe en el *Zohar*, lo inició en los

---

(1) *Zohar*, Bereschith, I, 47.

misterios de la ciencia esotérica para consolarle de la pérdida del Paraíso.

Nuestro García Blanco, poco inclinado a lo maravilloso, género sin ventura en la historia, pues sólo engendra trasgos y sombras, apunta la sospecha de que la *Cábala* naciese de las disputas teosóficas mantenidas por rabí Hillel el Viejo y su antitético perdurable arguyente Schamai; las cuales, como no fueron escritas en sazón, se alteraron por los discípulos de ambos en términos tan deplorables, que ninguno de los dos rabíes podría reconocer la dosis de sabiduría e ingenio que puso en ellas, aunque saliese de la fosa sólo para ello.

Temo mucho que el Ser Supremo, harto de embustes, no les conceda permiso para resucitar y discutir. Ni nos envíe por ahora al ángel Raziel.

CAPITULO IV

Diversidad de *Cábalas*.—Signos que esparcen y ocultan ideas.—¿Existieron las letras del alfabeto antes de la creación?—Gnematria, Notaricon y Themura.—¿Quién era el *Pacífico*?—Contenido filosófico de la *Cábala*.—¿Es Dios el más *viejo de los dios*? *En-soph*.—La creación. ¿Por qué se llama a la Cábala *Sim-Sum*?—Adam-Kadmon, hombre primitivo —*Acilah*, *Beriah*, *Yecitah* y *Asiyah*.—El número 7 viene del 3.—Cuatro maneras de nombrar el alma.—El hombre participa de cuatro mundos. Su indiscutible libertad le aterra.

Diversidad de «Cábalas».—La *Cábala* se divide en especulativa y práctica; la primera trata de investigar los recónditos secretos de los libros de la Sagrada Escritura y aclarar las sombras que rodean la creación de este mundo en que vivimos; la *Cábala* práctica pretende ser un resumen de *materia médica* del arte de hacer bebedizos y emplastos, componer horóscopos y de decir la buena ventura, con recetas para filtros amorosos y milagros.

La primera, ya lo he dicho, se confunde con la Metafísica, y la segunda, con la taumaturgia y la quiromancia.

Sus dominios pretenden extenderse desde la verdad absoluta hasta la pócima; todo un río de ignorancia que hinche los horizontes visibles de la Teosofía.

La *Cábala* especulativa se divide en artificial o simbólica y real o dogmática. Ambas utilizan los mismos procedimientos y fórmulas, coincidiendo en las reglas parciales de hermenéutica y en el *modus operandi.*

El secreto, dicen las dos *Cábalas*, está infiltrado en las letras; el misterio yace oculto en sus trazos, que por algo las letras deben su origen a Dios.

Signos que sirven para esparcir ideas, de igual manera pueden ocultarlas. De ahí que toda letra es ante la *Cábala* una esfinge temerosa, más por lo que calla que por lo que expresa. En cada letra hay un misterio; no son, como creen los judíos, un jeroglífico y un número, sino que tienen apegado a sus contornos algo más oculto e indescifrable, algo que puede explicar todos los problemas de solución ignorada. El conocimiento de esta faz secreta no puede menos de solicitar el ánimo de los estudiosos.

En todas estas manipulaciones no entran más que las letras consonantes; porque debo advertir al lector amado, que las letras vocales en hebreo son intercambiables y apenas alteran el valor y significación de las palabras, aunque todas ellas pasen y repasen por la misma sílaba; son las consonantes las que en sus trazos maravillosos aprisionan las ideas.

Por algo las creó Dios antes de los tiempos y son las mismas siempre a través de todos los alefatos; ellas imponen o modifican los sonidos y son títulos y representación de los sucesos de la Historia.

Afirmado este punto de partida, deducen y sancionan reglas para descifrar el enigma; unas veces leen las letras al través; otras, en bustrofedon o surco sin fin, como aran los bueyes; en zig-zag, en diagonal, siguiendo curvas y sinuosidades caprichosas, recogiendo aparte, en haz, las letras iniciales, las últimas terminaciones hasta agotar la fantasía de lo errante y saltuario; disgregando, conmutando, descomponiendo y anagramando letras hasta componer nombres y palabras.

Todo este arte cabalístico de mecánica ajedrecista puede encerrarse en tres procedimientos: *Gnematria, Notaricon* y *Themura.*

Esparcidas las consonantes sobre el papel o pergamino, como pudiéramos sembrar a voleo un puñado de caracteres de imprenta sobre una mesa, se procura reunir las letras cercanas con las distantes, formando figuras geométricas, para lo cual podemos proceder avanzando en ángulo, en zig-zag, siguiendo los lados del triángulo, del cuadrado, de la circunferencia, las líneas del polígono, espiral, parábola o hipérbola, dejando presas para la significación que se investiga, las letras que se encuentran en el avance geométrico o en la constitución de determinada figura.

Esta es la fórmula de la *Gnematría.*

El *Notaricon* consiste en leer las líneas de atrás hacia adelante, o sea de la última letra a la primera. Sabido es que en hebreo se escribe de derecha a izquierda, y terminado el renglón se traza otro paralelo. Cuando se utiliza el Notaricon se lee el primer renglón según es costumbre, y luego en bustrofedon,

sin sacar el arado de la tierra, en surco sin fin, marchando al revés, se retorna al punto de partida. Es decir, que las líneas pares las leeremos al revés y seguiremos haciendo este trabajo hasta encontrar la palabra o la frase declarada por nuestra propia ansia como solución exacta de lo que buscábamos.

La *Thêmura* consiste en anagramar los vocablos, y también en agruparlos y descomponerlos por los valores de los números que se les atribuyen en la fantástica aritmética hebrea. De este modo se opera: hecha la pregunta que se quiere, se pone al lado de cada letra su valor numérico, y luego se construye otra palabra de letras diferentes, pero cuyos valores numerales totales coincidan. Esta nueva palabra será la solución del problema propuesto.

Para que se entienda más claro, pondré un ejemplo. En las Sagradas Escrituras se lee: «Le será quitado el cetro a Judá cuando venga el Pacífico»; pues bien, la palabra *Pacífico* está compuesta de

Yod =	10
Bheth =	2
Aleph =	1
Schin =	300
Yod =	10
Lamed =	30
He =	5
Total..	358

Ahora, para encontrar la solución, tenemos que buscar una palabra distinta, cuyas letras valgan 358.

Este vocablo es *Maschias*. Es decir, que según la *Cábala*, el Pacífico es el Mesías, porque los valores numerales de sus letras son exactamente en total los mismos.

Otro ejemplo: Caminan por el monte Abraham y su hijo Isaac; el padre lleva el cuchillo, Isaac el hacecillo de leña... «¡Padre! ¿y la víctima?—pregunta el mozo—; y Abraham, angustiado, contesta: «Dios proveerá la víctima». La *Cábala* agrupa las iniciales de las tres palabras, que son Aleph, Yod y Lamed, las cuales, sin necesidad de añadidos y postizos, forman la voz *ail*, que en hebreo significa cordero; y por eso al modificar Dios la sentencia, el corderillo providencial apareció enredado entre las zarzas, cerca del ara.

Contenido filosófico de la «Cábala».—La *Cábala*, en su conjunto, abraza todas las nociones de la naturaleza divina, las emanaciones suprasensibles, cosmogonía, creación de los ángeles y los hombres, el destino de las criaturas y el sentido cierto, la interpretación veraz de la Ley *(Ha Thorah)*. Puede decirse que su doctrina es filosóficomística.

Explicaré en breves palabas en qué consiste el fundamento racional del sistema cabalístico. He aquí sus principales preceptos: «Ninguna substancia pudo salir de la nada absoluta; todo cuanto existe dimana de una fuente de luz eterna: Dios.» ¿Por qué se dice, entonces, que el mundo salió de la nada? Dios no es comprensible más que por sus manifestaciones; el Dios no manifestado es para mí una abstracción. Dios es, existe de toda eternidad; según los cabalistas, es

«más viejo que los días», lo oculto de todo lo oculto; pero no le conocemos.

Este confesado desconocimiento de la esencia y de la substancia de Dios, tiene por nombre la nada (*Ayin*), y en este sentido se dice que el mundo creado por él salió de la nada, porque salió de Dios.

Esta nada, que fué de toda eternidad y se ignora lo que es, hemos convenido en que se designe con el apelativo de unidad indivisible e infinita.

La nada equivale a negación de cantidad, y es afirmación de infinitud; por eso se le llama infinito, *En-soph* (sin límites ni fin). Este *En-soph* no está rodeado ni determinado por cosa alguna, por él lo es todo, y nada existe fuera de él; se manifiesta libremente por su propia sabiduría, y viene a ser la *Causa* primera o la *Causa* de las causas.

La creación.—La luz primitiva del Dios oculto y desconocido llenaba todo el espacio; o mejor, la luz era el espacio mismo. Todo estaba en Dios virtualmente, pero éste, para manifestarse, debía crear, es decir, desenvolverse, afectar formas nuevas, hacer posible la materia. ¿Cómo sucedió este fenómeno? La luz se concentró en ella misma para formar un vacío, que en seguida se llenó gradualmente con una claridad tenue, mucho más imperfecta. Esta contracción o concentración en el *En-soph*, se llama en la *Cábala* «*Sim-sum*».

Los que dominen el latín fíjense en que esta palabra significa literalmente: sea soy, y hagan después de este reconocimiento gramático las cábalas que juzguen oportunas.

Primer momento de la creación.—Después de esta

concentración, el *En-soph* se manifestó ya como un primer principio, prototipo de la creación o macrocosmos, que fué llamado hijo de Dios o Adam-Kadmon, hombre primitivo. «Es aquella figura de hombre que voltijea por encima de los animales simbólicos de la Visión de Ezequiel», dice un ocultista, olvidando el oficio, al divulgar al secreto.

De este Adam-Kadmon emanó la creación en cuatro grados o mundos, según la *Cábala*, que se llama: *Acilah*, *Beriah*, *Yecirah*, *Asiyah*.

El primero *Acilah*, emanación, representa las cualidades operatorias de Adam-Kadmon, que son las potencias e inteligencias emanadas de él mismo, las cuales equivalen a sus aptitudes y sus instrumentos.

Estas aptitudes e instrumentos son 10, y constituyen la década santa de los *Zephirots*, vocablo compuesto de dos números sagrados: 3 y 7; los tres primeros *Zephirots* son esencialmente potencias, mientras que los otros 7 no pasan de simples atributos. Por eso el número 7 proviene del 3. Es igual a dos treses presididos por la unidad.

Pongamos claramente el orden con que unos *Zephirots* emanaron y viven de otros: 1.º, *Kather* (poder, corona); 2.º, *Yhokhma* (sabiduría); 3.º, *Binâ* (inteligencia); 4.º, *Hesed* (gracia) o *Guedulla* (grandeza; 5.º, *Guebura* (fuerza); 6.º, *Tiphere* (belleza); 7.º, *Nesáh* (triunfo); 8.º, *Hod* (gloria, majestad); 9.º, *Yesod* (fundamento); 10.º, *Malkhuth* (reino).

De este primer mundo de emanación salieron, manaron o fluyeron los otros tres. El último mundo, *Acilah*, comprende todo lo rechazado en los anteriores

y forma como la corte del mal y la imperfección. Es el planeta que habitamos.

Por su naturaleza, el hombre participa de los otros tres mundos creados, y por eso se llama *Olam-kotan* o microcosmo, ya que todo lo que Adam-Kadmon o el macrocosmos encierra virtualmente, el hombre lo contiene en realidad.

Por el alma, como principio vital, pertenece a *Asiyah*; por el intelecto a *Beriah*; por contener algo inmutable a *Acilah*. Este mundo de *Acilah* forma una parte de la divinidad misma que, como sabemos, es preexistente e icognoscible.

Para expresar esta tetraplicidad de grados, la lengua hebrea creó cuatro palabras, que es lástima no las haya trasvasado y vertido a los idiomas europeos algún retórico elegante, enamorado de la intensidad filológica de los vocablos. *Am*, significa saber; *nepheseh*, soplo; *Ruah*, espíritu; *Neschamâ*, alma. Isaías aludió a estos matices inmateriales cuando dijo (XLIII, 7): «Yo lo he creado *(Berathin)*; yo lo he formado *(yesorthin)*; yo lo hice *(Afasithin)*.» Pero esta es relación hipotética que más parece pura cábala.

Para comprender estas nebulosidades de la filosofía hebrea es necesario tener en cuenta que el mundo, *Acilah* (emanación), que contiene los 10 *Zephirots*, representa al Verbo, con sus talentos y cualidades operatorias; en el *Yecirah* (creación) comienza la creación, verdaderamente dicha; pero en este mundo no existen más que seres puramente espirituales inferiores a la Voluntad y al Verbo, aunque superiores a las esferas y cuerpos siderales.

Las estrellas y soles, con sus inteligencias directivas, llamadas Angeles, ocupan el tercer mundo *Yecirah* (formación). El cuarto mundo, *Asiyah* (fabricación) es el mundo sublunar sometido a nacer y morir, existir y ser destruído en el tiempo como ruín, imperfecto, deleznable, digno del hombre. Es el globo en que vivimos.

Aparte, si por su naturaleza el hombre participa de los cuatro mundos, el hombre sublunar está compuesto necesariamente de dos principios: uno bueno y otro malo; libre es para pensar y hacer su voluntad, para escoger entre el bien y el mal; y como libre y responsable, después de su muerte será recompensado según sus obras, porque la *Noschmâ*, el alma, es inmortal y motiva eternamente su mérito a su culpa.

La *Cábala* propone bien, pero resuelve mal los problemas metafísicos que intenta conocer.

Las letras esparcidas al azar no representan más que un exceso de confianza en la divinidad.

Si el mal se propaga, ¡adiós ciencia!; el geniecillo familiar nos dará toda clase de soluciones.

¿Para qué estudiar? El saber acudirá a nosotros sólo con que arrojemos al aire las 22 consonantes del alefato hebreo.

¡Demasiada comodidad para los que fueron arrojados del Paraíso por desobedientes!

¿Y si las soluciones serias resultan burlas?

He ahí un microbio con que no contaban los cabalistas, pero de cuya presencia en la vida no se puede dudar.

CAPITULO V

La *Cábala* no sufre la encarnación.—¿Es absolutamente preciso que el Mesías se haga carne?—Salida de tono de Rabí Huna.—Poco queda de Jesús, pero basta.—Los ojos del corazón. iluminados.—Misterio que nadie resuelve.—El Verbo es la sabiduría. Pluralidad de mundos habitados.—La tierra, pequeño teatro para la redención.—¿Existe una humanidad diferente en cada estrella?—¿Todos ellos pecaron?—Arcano impenetrable.—Dios se comunica de mil maneras con sus criaturas.—¿Será la tierra la única mancha del cielo?—El lazo que une al hombre con el Ser Supremo, es la encarnación.—Las estatuas tienen alma. pero no viven.—Luchas entre el alma y la arcilla.—Necesidad de la redención por el Dios-hombre.—Cristología en el polígono.—Los judíos se dedican a la pesca de letras.—La cruz del Gólgota los persigue.

Una de las cuestiones que la *Cábala* no sufre con paciencia, y contra la cual acomete con *Gnematria, Notaricon* y *Themura*, es el problema de la encarnación.

A juicio de los rabíes, ¿qué necesidad hay de que el Mesías se haga carne?

Y no falta alguno, como Rabí Huna, que expresa

este singular pensamiento: «¿Cómo se pueden acumular teorías a un hombre que no escribió nada?»

Es verdad y muy verdad; Jesús nada escribió; cuatro crónicas de escasas dimensiones han tratado de seleccionar escasa porción de sus palabras y sentencias; el Apóstol Juan asegura que lo recogido es poco, pues el Maestro hizo tanto, que de referirlo íntegro habría de llenar innumerables volúmenes; de manera que sólo tenemos del pensamiento de Jesús, de sus ideas y parábolas, una mínima parte; sin embargo, esta escasísima cantidad conservada sirve para contrastar toda clase de instituciones morales o políticas, y es suficiente para definir todos los actos humanos.

¿Qué sería si, como dice San Pablo, no hubieran en nuestro corazón tinieblas y estuviesen *illuminatos oculis cordis*, iluminados por los ojos del corazón?

Aunque esta profunda intuición nos falte, aunque la grandeza de la obra de Jesús escape a nuestro razonamiento, sabemos que con lo conservado por los Evangelistas poseemos lo suficiente para aquilatar derechos e instituciones.

Surgirá en región apartada, civilizada o salvaje, una institución de Derecho, la cotejaremos con las orientaciones del Evangelio, y al instante, con claridad meridiana, podremos saber si está o no conforme con la doctrina de Jesús.

¿Qué misterio es éste? ¿De dónde arranca tal intensidad en el pensamiento de un judío? ¡Ah!; quizá la explicación de este hecho irrebatible, aunque inexplicable, se halle en aquellas revelaciones místicas que unen el genio inspirado de San Juan a los epiquere-

mas teológicos de San Pablo. Según ellos, el Verbo estaba desde el principio, *apud Deum*, en la mansión de Dios, si se traduce fielmente la arrogancia del estilo original; esto es, que cuando el cielo y la tierra no existían, el Verbo era; había brotado como una emanación del Padre, y todas las cosas fueron hechas por él; y nada de lo que fué hecho se hizo sin él. Es decir, que este concierto de astros, luceros y estrellas que adornan el firmamento, los mares y los continentes, como las aves de vario plumaje y las flores de nuestras campiñas, no se hicieron sin el concurso del Verbo, a quien se debe todo lo grande e inmenso, bello y fecundo, que existe; porque como dijo San Pablo a los colosenses: « En Él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia.»

Perfectamente; pero esos soles y estrellas que durante siglos de siglos nos envían su luz, son mundos iguales o parecidos al que habitamos; el espectróscopo nos ha revelado que están compuestos de iguales substancias que la Tierra; es más, este planeta en que vivimos es un grano de arena comparado con otros soles y luceros; siendo tan insignificante y menudo, ¿cómo le eligió Dios para encarnarse, predicar su doctrina y morir por hombres que le niegan?

¿No están habitados los demás mundos? Todo hace suponer que esas estrellas que adornan el cielo en las noches serenas y tranquilas, esas gotas de luz que se pierden en el firmamento, gozan de las mismas condiciones de vida que la Tierra.

Pues si están habitados por hombres, ¿por qué Dios no escogió mejor escena para redimirnos? ¿Por qué

encarnó en el mundo más insignificante? ¿O es que los demás globos están poblados por otra clase de humanidad que no necesita redención?

Cuestiones son estas al parecer insolubles; la posición humilde, modestísima, que tiene nuestro planeta en el firmamento, no nos permite ciertos orgullos ancestrales: mientras se creyó que la tierra era el centro del universo, y que el sol, como los mundos y las constelaciones, no se habían hecho más que para su adorno e iluminación, la idea de una sola humanidad pecadora pudo autorizar el concepto de un Dios que se sacrifica por sus criaturas, que desciende del cielo y encarna en el seno de una mujer igual a nosotros, hija o hermana nuestra; pero desde que la astronomía ensanchó los límites de las regiones siderales, desde que es posible que haya millones de millones de mundos habitados, reducir toda la acción divina y humana a los linderos mediocres de este planeta escondido entre los repliegues de la *Vía láctea*, no indica más que ignorancia o soberbia de los hombres que habitamos la tierra. Creer acaparar a Dios para nuestro uso y redención, es vanidad que la amplitud del Cosmos desmiente.

Meditemos un momento sobre esta conclusión desconsoladora; la creación es infinita, los mundos no se pueden contar; supongamos hipotéticamente que están poblados todos aquellos astros que han pasado de los períodos ígneos y glaciales; afirmemos que están habitados todos aquéllos que poseen condiciones de vida; ¿puede decirse, sin embargo, que en cada estrella existe una humanidad igual o parecida a la nues-

tra, sin otro fin que entonar un canto de amor y alabanza al Creador? No, en manera alguna; la escala de las criaturas no se ha agotado con la formación del hombre; aunque nuestra inteligencia es finita, podemos concebir idealmente otros seres que llenan ese espacio que media entre los hombres y los ángeles; dentro de esas existencias perfectas, que como los serafines, caben grados, series, números y categorías; es más, el hombre es un tipo de criatura indudablemente, pero, ¿quién es capaz de calcular los moldes de seres que pudo formar Dios, los cuales no se parezcan en nada al hombre.

Decir, pues, que hay millones de millones de mundos habitados, es ampliar la frase de Jesús: «Mi Padre tiene otras estancias o mansiones»; pero no es concretar que cada una de esas estrellas ha de contener precisamente una humanidad igual o parecida a esta de la tierra; cabe imaginar en la obra de Dios una variedad infinita, seguramente multiforme y plurimorfa que nació al manifestarse en el Cosmos el eco divino de su voluntad; habrá hombres o no en todas las estrellas que caminan hacia las columnas de Hércules, genios en las Pléyades, quimeras en las Osas, seres superiores en la estrella Polar o en Sirio. Cómo sean las criaturas que pueblan el Universo, en que participación entró la materia o el espíritu al crearlas, qué semejanza o diferencias puedan tener entre sí, en qué grado se acercan o se separan de nosotros, secreto es que a Dios atañe y que hasta la hora de ahora no quiere revelar, por lo cual quedará oculto mientras su augusta voluntad no descifre el arcano.

Sabemos de esta tierra en que vivimos y morire mos, aquellas verdades que el mismo Dios nos ha permitido saber o descubrir; meternos a sondear el infinito, sin su anuencia y consentimiento, es audacia impertinente cuando ignoramos las leyes de lo que tenemos a la vista.

Leyendo una vez a Santo Tomás, descubrí que, según este gran filósofo, Dios, la Trinidad, tiene miles de miles de medios para comunicarse con sus criaturas, cualidades que se deducen de su perfección absoluta. Cabe, pues, que las criaturas racionales que habitan otros mundos tengan con Dios una relación diferente de la que su bondad estableció con nosotros los hombres.

El conocer la *gamma* de esta variedad infinita es imposible, no habiendo hecho Dios sobre ellos una revelación precisa; una imaginación alocada inventaría series, categorías, gradaciones, clases, escalas por el Eterno; pero, seriamente, a nadie le es lícito afirmar como realidades los ensueños.

Supongamos todavía cosas más hondas; imaginemos que Dios bajó a este mundo para encarnarse, morir y redimirnos, porque esta tierra pequeña e insignificante era la única manchada por la culpa.

No deja de ser consolador que en tantos millones de mundos no hubiese en todo el *Cosmos* más que un átomo culpable y que ni aun ese átomo quisiera Dios que se perdiese, sacrificándose por él, mientras las humanidades puras cantaban su gloria.

Si no sabemos lo que pasa en los mundos que pueblan el espacio infinito, ¿cabe deducir qué relación o

dependencia puso Dios entre la Divinidad y los hombres al crear la Tierra?

Sí; el lazo que une al hombre con el Ser Supremo es la encarnación; todo hombre es, en el mero hecho de existir, una encarnación; está compuesto de materia, de polvo de la Tierra y de un espíritu *inspiraculum vitae*, que es un soplo, una emanación de la Divinidad; el cuerpo muere, el alma es inmortal; la sangre, los nervios, los músculos, los huesos, son tierra organizada, cuyo destino es volver al polvo cuando llega la muerte; el espíritu vino de Dios y a él retorna cuando la tumba, término evolutivo de la materia, recoge el cadáver para transformar ácidos y sales.

Nuestras mismas almas, pequeños espíritus desgajados del Eterno Espíritu, similares a él, si no en cantidad en calidad, no se comunican entre sí más que por medio de la encarnación; su pensamiento nace en la abstracción, espacio no limitado, en pura inmaterialidad; puede vivir y desarrollarse en ese desconocido no ser; perfeccionarse, agrandarse, extinguirse sin traspasar el linde de la no existencia; pero si ha de comunicarse a otro espíritu, si ha de salir de las regiones aisladas de la idea, tiene que encarnarse; pasa primeramente por el cerebro, desciende hasta el corazón algunas veces, para florecer, por último, en los labios, transformado en palabras, sonidos que arranca el aire a las cuerdas de la laringe.

El Moisés de Miguel Angel, ¿es un hombre? No; es una idea que anima la piedra; la Venus de Milo, ¿es una mujer? No; es un pensamiento que embellece el mármol; y esa vibración inspirada nos da idea de

la belleza. ¿Qué falta a todas las obras maestras para existir? El alma no, porque se la dió el artista; les falta la carne; porque Dios dispuso que los espíritus no produzcan seres vivos más que encarnándose. Mejor substancia que la carne es el oro; y una estatua de oro, teniendo como tiene el alma del artista, siempre está muerta; no vive porque le falta la encarnación. Por eso Miguel Angel, golpeando con el martillo a su Moisés, le dijo allá en su toscano: *¡Parla!*

Efectivamente, sólo le faltaba la palabra para vivir; pero la palabra es obra de la encarnación, y mientras el espíritu no entre en la carne, es inútil que piense, cree e ilumine, no hablará; las ideas quedarán en el vacío y serán sin ser; porque morirán en el silencio y se perderán en el olvido.

De esta duplicidad que tiene el hombre; de esta diferencia en sus dos componentes: arcilla y alma, dependen esas vagas aéreas aspiraciones que nadie logra catalogar ni definir; el barro se contenta con lo pequeño y fugaz, aspira a lo que tiene delante y lo rodea sin remontarse nunca, porque el término de sus deseos y ambiciones no va más allá de la materia; donde no alcanzan los sentidos, concluyen los goces. El alma une a todas las delicias terrenales un poco de eternidad; viene de lo inmutable y desdeña lo caduco y fugaz, surge del infinito, y lo temporal y limitado le parece merecedor de desprecio; aunque la carne le obliga a ver la tierra, el alma, hálito divino sacude los ligamentos, aunque lleven aparejado el deleite, y vuela a través de los espacios interplanetarios en busca de algo permanente.

De ahí una contradicción notoria y constante; mientras la carne no sale de la naturaleza, el alma busca continuamente la Divinidad; para rebajarse al nivel de la bestia, al hombre le sobra el alma; para subir a Dios, la carne es un impedimento, un peso que sujeta al barro, un lastre que le impide volar.

Caído en el pecado el hombre, condenado a la ignorancia y a la muerte, su redención hubiera sido imposible si Dios mismo hecho hombre, en un arranque de su voluntad divina, no hubiese descendido a la tierra para ser ejemplo vivo de cómo pueden emplearse el cuerpo para el bien y el alma para la justicia, por amargas y traidoras que sean las circunstancias que nos envuelvan.

De modo que Dios se hizo hombre para perfeccionar a los hombres; y como los había relacionado entre sí y con la divinidad por medio de la encarnación, sin modificar el mundo redimió a los hombres encarnándose. Pudo emplear otro sistema, claro está, porque nada hay imposible para Dios, pero prefirió aprovechar los resortes usados y devolver con ellos a los hombres la pureza y libertad que habían perdido. Y para no desesperar a los humanos, no se presentó como Dios, sino como hombre, un hombre perfecto, sin pecado, vicio ni debilidad alguna; un hombre que al mismo tiempo era Dios.

Pudo nacer adulto, mas prefirió asemejarse en todo a la mísera naturaleza humana, y decidió nacer, vivir y morir como los demás hombres. Adán fué creado adulto, pero Cristo prefirió nacer en un pesebre, dormir sobre paja entre animales; y una vez nacido, lla-

mar primero a unos pobres pastores y después a los Reyes Magos; porque el fin de la redención abarca a los pobres y a los ricos. Por eso los ángeles, en las alturas, gritaron: *¡Hosanna!* saludando a la eterna justicia, que lo mismo ampara a los poderosos que a los desgraciados.

Dios pudo no morir, excusarse agravios, diferir amarguras, rechazar flagelaciones, azotes, la corona de espinas, la cruz, la degradación del patíbulo, el ser inhumado en el huerto de Arimathea; mas no quiso, porque su vida debía ser ejemplo constante para todos los hombres; era preciso enseñar a la humanidad de qué manera se conquista la vida eterna, cómo se vive y cómo se muere, sin emplear otras fuerzas que las naturales.

Jesucristo no intentó dejar de ser hombre ni un solo instante, porque si su carne no hubiera sido nuestra misma carne, ¿qué mérito hubiésemos atribuído a su resignación?

Los judíos oficionados a las cábalas, enamorados de la exactitud matemática de las operaciones *guemátricas*, se sorprenden cuando quedan presos de *Cristología* dentro del polígono que ellos mismos trazaron con la sana intención de probar la no venida del Mesías.

Raschi asegura haber leído en *El Gale-Raizaya* (revelador de escritos): «Si te detienes en la esfera pasarás pronto al triángulo por exigencias de la lógica», lo que en su sentido quiere decir, que las figuras geométricas imponen la Trinidad, así como este misterio encierra la fuerza, la sabiduría y el amor.

Drach continúa el silogismo añadiendo: «Si se acep-

ta la Trinidad cristiana, no podremos negar a Jesús el título de Mesías.»

Como el resultado de sus artes cabalísticas aterran a los judíos, muchos odian la *Gnematría*, y los más se dedican, antojadizos, a la *Themura*, que es, como decía un zefardí ilustre, el arte de pescar las letras que a uno le convienen.

Y aun en este juego caprichoso parece que la cruz los persigue, siendo al mismo tiempo acusación y prueba.

CAPITULO VI

Desarrollo histórico de la doctrina secreta.—El *Zohar*, su significado y antigüedad.—Moisés de León.—Ataques de Juan Marín y León de Módena.—Biblia de la *Cábala*.—Los puntos masoréticos y la *Dikduk*.—¿Quién copió, Leví o Schemtob?—Tres nombres para el alma.—¿En qué lengua se escribió el *Zohar?*—Españolismos.—Antigüedad verdadera.—Contenido del *Zohar*.—Opinión de Drach.—Se abre el arca.—El maná por los suelos.—Divulgando verdades.

Desarrollo histórico de la doctrina secreta.—La *Cábala* perturbó, en la Edad Media, a los sabios hebreos de Italia, Alemania, Francia y España, únicos que le dedicaban sus ocios, dando ocasión a una literatura originalísima, cuyos libros más importantes fueron: *Othioth* (alfabeto) del Rabí Akiba; *Schier Coma* (memoria de la talla divina); *Hekaloth* (palacio, etcétera).

Las obras más interesantes del primer período fueron *Sepher Yecirah* (libro de la creación), y *Sepher Zohar* (libro del Esplendor).

Los autores más dignos de crédito dividen la *Cábala* en cuatro períodos históricos: 1.° Desde su origen

hasta el *Sepher Yecirah*. 2.º Influencia de este libro en los siglos IX, X, XI y XII. 3.º Redacción o hallazgo del *Zohar*, especie de Biblia de la *Cábala* (siglos XIII y XIV); y 4.º Florecimiento posterior de la ciencia oculta.

El *Zohar*: ¿Existe algún libro antiguo o considerado como tal, que pueda estimarse como el primero y más importante entre los que pertenecen a la *Cábala?* Sí; ese libro es el *Zohar*, que significa: chispa, brillo y esplendor.

Según las crónicas hebraicas, comenzó a escribirle el Rabí Simeón ben Jocai hacia el año 121 de Cristo, y fué luego continuado por sus discípulos; Rabí Simeón no lo inventó; todos los razonamientos de la obra estaban discurridos antes de que él naciese; Rabí Simeón se limitó a poner por escrito la tradición oral de la Sinagoga; transmitió a los demás lo que él había oído en el Templo de labios de ilustres rabíes sus maestros.

Hay muchos críticos que ponen en duda estas noticias y señalan al *Zohar* otro autor, afirmando que compuso esta obra el judío español Moisés Schemtob Falaquera de León, más conocido entre los bibliófilos y eruditos por Moisés de León, como ya he dicho.

Cuestión es esta muy debatida, que es prudente ampliar con algún detenimiento.

Los que niegan, a pie juntillas, la antigüedad del *Zohar*, confirman su creencia con estas razones: desde la primera mitad del siglo XVIII la autenticidad de este libro se vió comprometida seriamente por las obser-

vaciones críticas de Jean Morin y del hebreo León de Módena.

Ambos señalaban como fecha de su aparición el siglo XIII o los comienzos del XIV; León de Módena dijo en su opúsculo: *Ari Nohem* (león rugiente) que la sintaxis misma del *Zohar* indicaba que no podía ser del siglo II de nuestra era.

Para muchos escritores es evidente que el autor de la *Biblia de la Cábala* se sirvió de documentos antiguos, de ciertos *midraschim* o comentarios a la *Thorah* de gran pureza de doctrina, que nosotros desconocemos, de los cuales el arreglador se sirvió a su gusto con exquisita habilidad.

Algunos críticos apuntan la singular y chocante analogía que se advierte entre los 10 *Zephirots*, y las doctrinas de los agnósticos Basilio y Valentinianol Pero *non est hic locus.*

Rabí Jacob Emden sostiene que es imposible que el *Zohar* sea de la época de los *tanaim* (tenaístas) y de los *Amoraim* (amoras), y al efecto enumera doscientas ochenta cláusulas que él considera añadidas por manos pecadoras interesadas; y acusa, con este motivo, de superchería a Moisés ben Schemtob Falaquera de León, a quien hace responsable de los añadidos y sobrepuestos.

Tolneck afirma que Hayagaon, muerto en 1038, es el primer autor que desarrolla íntegra la teoría de los *Zephirots*, rebusca y averiguación semiangélica que niega autoridad a las afirmaciones de Schemtob, el cual les concede más antigua y vetusta generación al atribuirlos a Rabí Simeón Ben Yocaí.

Se menciona en el *Zohar,* arguyen los bibliófilos, la puntuación masorética, que no fué inventada hasta el siglo VI; pero, además, se utilizan *schevas* y acentos tónicos, traídos a la ortografía hebraica por gramáticos alejandrinos, mucho más recientes todavía, pues florecieron en el siglo VIII. Se llegó a denominar la gramática: *Dikduk,* apelativo que no se le concedió hasta el siglo X, aunque el vocablo fuese añejo y de pura veta hebraica.

En un párrafo del *Zohar* se dice: «Israel hace entre todos los pueblos el oficio del corazón *(leb)* con respecto a los miembros humanos; el corazón más débil y delicado que todos los órganos, es el único que se altera por las afecciones morales; pero, a pesar de ésto, actúa como principio de existencia y salud y hace vivir a las demás partes del cuerpo.» Pues bien, esta idea la expresa casi con los mismos términos Yahuda Leví, de quien debió tomarla Schemtob, escritor del siglo XIII.

Aceptada la coincidencia de pensamientos que no puede controvertirse, se preguntó: ¿Quién copió a quién? ¿No pudo ser Yahuda Leví el copista?

Pero los que dudan de la antigüedad del *Zohar* no se someten y contestan diciendo: El *Zohar* era desconocido en el siglo XIII, luego la prioridad creadora debe otorgarse al autor de *Cosni* o *Kozari,* a R. Judá, porque el primero en tiempo es mejor en derecho. La resolución para algunos puede ser gratuita; pero nadie la ha contestado satisfactoriamente más que los judíos que, como luego expondré, no disimulan su aversión al *Zohar.*

No falta quien tache los términos filosóficos usados en el *Zohar* de escasa originalidad, pues se parecen a los que emplean los filósofos peripatéticos árabes; así, por ejemplo, a Dios se le dice en el *Zohar*: Causa de las causas; se habla de los cuatro elementos de que está compuesto el cuerpo humano, siendo en ésto Moisés de León pedisecuo de la escuela de Córdoba; se habla, además, del alma apetitiva, de la percepción intelectual y otras expresiones, que traen a la memoria a Ynb Gabirol, Averroes y a Avicena.

No se limitan, dicen los contradictores, a pedir prestadas las palabras, sino los conceptos, pues en las tres almas llamadas eu el *Zohar: nefesch*, soplo; *rua'h*, espíritu, y *neschamâ*, alma; Munk, que niega el *Zohar* para no confesar a Cristo, cree reconocer: 1.° El alma vital. 2.° El alma racional; y 3.° El intelecto activo que viene de lo alto y mediante el cual la simple disposición o potencia pasa a ser acto; teorías que deben su circulación, ya que no el invento, a Averroes. «El soplo y el espíritu, dice el *Zohar*, están íntimamente unidos, mientras que el alma depende de la conducta del hombre... Si el hombre se purifica, recibe el socorro del alma santa que lo enaltece; si no viven para ser santificados, poseen el soplo y el espíritu, pero no el alma sin tacha» (*Zohar*, t. I, f. 72), cláusula que parece arrancada a la *Fons vitae* de Ynb Gabirol.

Hay además, añade Munk, un dato irrebatible: el *Zohar* está escrito en dialecto arameo; este lenguaje, que era vulgar en tiempo de Jesús, fué esfumándose y desapareciendo, para dejar vía franca al griego y al árabe, los dos idiomas propagandistas de la espiritualidad.

Sólo en el siglo x se descubre el arameo en los escritos de algunos *gneonim*, dicen los críticos.

Pero el dialecto arameo del *Zohar*, argumentan volviendo a la carga, no es como han hecho notar Luzzatto, ni el de los libros de Daniel y Ezdra, ni el de la perífrasis de Onkelos y Jonathan, ni siquiera el de los *Midraschim* del *Talmud* de Jerusalén o la *hagada* del babilónico; es una lengua torpe, contraída y anquilosada, sin elegancia ni flexielocuencia, usada por un arreglador desmañado e inhábil, que no le conoce a fondo, el cual a menudo confunde, trastrueca e impurifica los vocablos o se vale de verbos, adjetivos y nombres vulgares impropios, corrompidos y sin la natural analogía que decore y exorne la estirpe generosa de aquel idioma.

Los retóricos exigentes señalan la palabra *Midoth*, añadida a los atributos divinos como inadecuada y falsa; porque dicen que *midá* es medida; pero se aplica a las cualidades físicas, nunca a las intelectuales. Y aún señalan otros vocablos menos nobles, cuya significación ha sido traicionada.

Avanzan los analíticos hasta las últimas barricadas, afirmando que ciertas voces corrompidas usadas en el *Zohar*, con excesivo descaro, denuncian el origen español del libro, y son como certificación legalizada de su nacimiento en tierras de Castilla.

Analicemos esta prueba simpática y comprometedora: el *Zohar* habla de *esnoga*, vocablo que, según fama y pública voz, es corrupción de sinagoga, palabra todavía usada por los judíos portugueses cuando escriben en hebreo sobre asuntos de fe.

Pero, ¿qué tiene que ver Portugal con España? Además *Esch noga* encierra y posee una significación hebrea transparente y definida: equivale a fuego chispeante. No es, pues, *esnoga* corrupción ibérica, sino un modo distinto de designar el templo o sitio donde se reúnen los fieles, para orar, encendidas sus almas por el fuego chispeante de la religión.

Más importancia tiene, en mi humilde sentir, el atisbo de Juan Morin, que escarba, escudriña y sostiene en definitiva que en el *Zohar* se emplea con frecuencia el sustantivo español *guardián;* pero aun así, ¿no sería este españolismo un lapso y descuido de Moisés de León?

Fácil y disculpable parece en hombre a quien son familiares dos idiomas, que contra su voluntad transporte, de uno a otro, alguna palabra que a su juicio expresa con más elocuencia y precisión la idea que se propone inculcar y transmitir a sus lectores. El uso de la palabra *guardián* no implica en el judío leonés superchería, ni es hilaza o trama que descubra ficción, sino, en todo caso, buena fe y abandono; tal vez fuese una laguna que el copista hubiese dejado en el texto arameo, la cual llenó Schemtob con el vocablo español, al diputarlo en su magín selecto, diáfano, propio, útil y fácil de ser entendido por sus paisanos los judíos españoles, a quienes principalmente se dirigía.

Los que prefieren diputar a R. Simeón ben Jecai como autor del *Zohar*, replican: La antigüedad de esta obra lo prueba el mismo estilo sirojudaico o arameo entraverado de locuciones yerosulamitas constantes, de suyo propias, correctas, atildadas y castizas. Es

prosa que tiene señalada una fecha en la historia; todo erudito en filología puede afirmar que es anterior a la destrucción del Templo. Si se compara el estilo del *Zohar* con el de la *Gnemara* del Talmud de Jerusalén, fácilmente se advierte que el primero es más vetusto, y aunque ambos ostentan un léxico hermano, el *Zohar*, como ha dicho un escritor judío, «está más cerca de la fuente». Sobre la tersura del idioma, el tiempo no pasa sin arañazos; también los siglos dejan posos y sedimentos en las lenguas, y las canas del léxico acusan la edad con relativa exactitud.

El *Zohar* es, indudablemente, uno de los monumentos literarios más preciosos de la antigüedad jadaica, y el más bellamente escrito después de la *Biblia*. Contiene las tradiciones de la sinagoga pertenecientes a los tiempos antiguos, en que ya se anunciaron, con místicos vocablos, muchas verdades fundamentales del cristianismo. Alguien tomará por ridícula audacia esta afirmación tan escueta, pero su asombro temerario cesará en el momento en que lea algunas páginas de este libro sagrado para los judíos y para los amantes de las buenas letras.

El contenido del *Zohar* es la prueba más evidente para muchos sabios orientalistas de cuán fértil y práctica fué la imaginación de los sabios hebreos. Sin la *Biblia*, sin el *Zohar*, el pueblo de Israel aún merece y posee un puesto de honor en la literatura del mundo; con la *Biblia* y el *Zohar* debe sentarse en el primer sillón de la Academia.

Los israelitas, aun aquéllos que sólo han estudiado con aprovechamiento mediocre la Ley, y los sabios

que bucearon en lo hondo del pensamiento de Moisés, llaman al *Zohar: Ha Kadosch*, el Santo; pero le niegan trascendencia mística, porque las afirmaciones del libro los llevarían, casi por la mano, a adorar a Jesús de Nazareth como el enviado del Padre, y tal deducción les ofende.

Drach ha escrito: «Si una plancha de hierro se interpone entre su entendimiento y las profecías de la Biblia, tan claras cuando se las lee sin prevención, el mismo férreo tope, oficiando de velo espeso, les impide ver en el *Zohar*, ni en los demás libros antiguos donde se hallan consignadas las preciosas tradiciones de la Iglesia de otros tiempos, la sinagoga fiel, hermana mayor de la Iglesia católica, o, para hablar más exactamente, la misma Iglesia en otra época (1).»

La responsabilidad de esta sentencia se la dejo íntegra a Drach.

Otra prueba de la gran antigüedad del *Zohar*—añade—consiste en que jamás en sus innumerables páginas se habla del *Talmud*, aunque se citan con frecuencia las opiniones y dictámenes de los sabios rabíes que discuten e interpretan la Ley y los preceptos y reglas de la *Mischna*. Al copiarse las razones y comentarios de los rabíes sin citar el tratado talmúdico, parece que se da a entender con esta omisión que los *targums* y *midraschim* no estaban escritos todavía, que nos hallábamos en los días de los repetidores o *tanaistas* de la *Mischna*, cuando la enseñanza de la tradición era permanente, oral y no traspasaba los muros del Templo.

(1) Drach, *Harmonias de l'Eglise et de la Sinagogue.*

Cuando las doctrinas de los sabios rabíes eran un aserto que los labios de los maestros transmitían asustados o depositaban, con miedo de ser descubiertos y traicionados, en los oídos de los discípulos, no sin que se estremeciesen las lámparas encendidas delante del Santuario, la publicación de esa doctrina por escrito debió conmover al pueblo de Dios.

Han pasado muchos siglos y todavía su lectura impresiona tanto como si el arca de la alianza hubiese abierto su interior a todos los ojos y la copa de maná auténtico se hubiera vertido por el suelo.

CAPITULO VII

¿En qué tiempo se descubrió el *Zohar*?—Profecías que contiene. ¿Es un libro panteísta?—El *Zohar* es el libro mejor escrito después de la Biblia.—Es la fuente de tradición primitiva.—¿Hicieron desaparecer los judíos el *Zohar*?—El Targum de Jonathan ben Huziel.—El *Gale Raizaya* (revelador de secretos).—¿El texto de la Biblia se alteró después de la traducción de los 70?—El *Zohar* es un rezo continuo.—Los verdaderos cristianos bendicen a Moisés de León.

¿En qué tiempo se descubrió el *Zohar*? Aunque se habló de este libro en los dos primeros siglos de la Iglesia, luego su nombre y sus páginas quedaron en la sombra, como si la esponja del olvido hubiera borrado las letras. Fué en el siglo XIV (1309) cuando casualmente se descubrió un ejemplar en León. Su estilo anticuado, de fuerte sabor asiático, es la mayor garantía de que no se trata de un libro apócrifo. La vejez retórica no se finge, la cubre un polvo de oro tradicional que envuelve la narración.

Hay otra razón que demuestra que el hallazgo ha sido una verdadera fortuna para la Iglesia, y hasta se puede atestiguar con cuánto fundamento lo hicieron

desaparecer los rabíes; el *Zohar* es una prueba más, intachable y perfecta, ya lo hemos dicho, de que las profecías se cumplieron en la persona de Jesús de Nazareth, porque los exigentes pueden ver que casi todas las partes del Antiguo Testamento se copian y recuerdan con singular pureza en el *Zohar*. De aquí una deducción lógica: Si las predicciones y profecías están citadas por el *Zohar*, no fueron inventadas por los discípulos de Cristo para acomodarlas a Cristo.

Moisés de León contestó por adelantado a la escuela de Tubinga, probando que el *mito* era una realidad histórica.

Se ha dicho también que el *Zohar* es un verdadero libro panteísta imaginado con tal motivo; que su origen procede de los Vedas, los *Chuking* y de las vetustas cosmogonias paganas de Oriente. Drach fortifica su réplica a esta insidia con algunas traducciones de pasajes no bien escogidos del *Zohar*; y luego añade: «Sólo la ignorancia y mala fe de nuestros panteístas modernos han podido asimilar a un ateísmo selvático irreductible una doctrina que defiende la creación *ex nihilo*, que no es más que un largo tratado de rezos y oraciones permanentes, y, por último, como sería fácil probar, un potente instrumento de conversión al catolicismo.

Sea de esto lo que quiera, en mi concepto el *Zohar* es una compilación meritísima hecha con documentos antiguos auténticamente hebreos, añadida y acrecentada por filósofos alejandrinos de la escuela de Philon, la cual recibió sedimentos, sobrepuestos y adornos no escasos en los primeros siglos del cristianismo de to-

dos los judíos del mundo, pero en particular de los sefardíes o judíos españoles, más espirituales y eruditos que los que tuvieron la desgracia de nacer fuera de España.

Hamberg ha dicho: «El *Zohar* tiene el mismo nivel y estimación que las Sagradas Escrituras para los judíos, y hasta le colocan por encima de ellas algunos pueblos orientales.

Monitor fué más expresivo en su elogio: «Aparte de la *Biblia* escribió, no hay en todo el cristianismo un solo libro que pueda comparársele.»

Para su último compilador, Emilio Lefumma, el *Zohar* es «la fuente de donde manan las aguas límpidas de la tradición primitiva de aquella revelación conservada en toda su pureza por los hombres justos».

Su arreglador y traductor al francés, Jean de Pauly, murió tranquilo a los cuarenta años, confiando en que la *Schekhina* (Providencia) tendría en cuenta su colosal esfuerzo y en premio le conduciría a la presencia del *anciano de las días*, sólo por haber hecho posible la lectura del *Zohar* a los humanos.

La edición más completa es la de Cremona. El judío Ricardo Simón habla del falso *Zohar* de Moisés de León, y sostiene que el verdadero es el de Cremona; pero, salvo pequeñas lagunas, son completamente iguales.

Dejemos el pleito en tal estado, pues sería arriesgadísimo que nosotros, ni nadie, pudiera dictar sentencia justa en este litigio enfadoso en que se discute sin pruebas una legitimidad de abolengo puesta en duda por sus más próximos parientes y allegados.

¿Qué es el *Zohar?* Es la tradición escrita, que unas veces sigue al *Talmud*, aunque sin nombrarle, y otras se separa en alas de una fantasía oriental. ¿Qué interés puede guiar a los judíos para esconder el *Zohar* a los ojos de los cristianos? Ya lo he señalado, la lectura del *Zohar* es una prueba palpable de las doctrinas católicas; un documento precioso que se añade a las *Santas Escrituras*, un libro que refleja tal vez el momento más importante de la tradición judía; dato veraz no controvertido, de un valor incalculable para aquéllos que buscan la certeza y cumplimiento de las predicciones de los profetas como base de la fe católica.

Se le acusó primero de panteísta, ya veremos con qué sin razón lo motejaron, y cuando los filósofos herejes se convencieron de que esta calumnia por absurda no podía prevalecer, dijeron: «El *Zohar* es un libro ateo.» No somos nosotros los que lo negamos, es el judío converso Drach el que afirma: «Es preciso tener una insigne mala fe para atribuir tal invención a hombres fanáticos, que día y nôche estaban entregados a las prácticas más minuciosas e insoportables del fariseísmo formalista, persuadidos de que con este ajetreo machacón, con esta perseverancia de estaláctita, se hacían agradables a la divinidad.

¿Se pretende transportar ciertas frases dudosas con la impía significación que se les añade, hasta la *Cábala* antigua, para desnaturalizarlas? Entonces será preciso deducir como conclusión que el pueblo de Dios no creía en Dios, lo que sería el colmo de la aberración incongruente. Sin embargo, esta tesis inaudita y todo

como es, se ha sostenido en serio; M. Salvador, calumniando el texto mismo del *Deuteronomio*, no ha tenido el menor escrúpulo en afirmar que cuando Moisés ordena creer que Jehová es *uno*, es más exacto creer que Jehová se compone del conjunto del Universo.

Preciso es, en realidad, no haber leído el *Génesis* (*Bereschit*), donde tan claramente expone Moisés la idea de que el mundo, obedeciendo a la palabra de Dios, sale de la nada y adquiere forma alrededor de su esencia eterna, para confundir términos y expresiones que resplandecen por propia claridad en el caos de los primeros días.

¿Hicieron desaparecer el *Zohar* maliciosamente los judíos? Unos dicen que sí y otros que no. Drach asegura que la acusación resulta fundada, porque «es notorio entre los judíos que los Doctores talmudistas han mutilado ciertos libros que contradecían sus enseñanzas». Las profecías de Ezequiel y de Salomón en el *Eclesiastés*, a ser posible, hubieran seguido la misma suerte por voluntad de los rabíes.

¿Es el *Zohar* el único libro perteneciente a la *Cábala*, cuya pérdida parcial o total deploramos? De ningún modo, se pueden citar muchos más; pero los verdaderamente notables son:

1.° El Targum de *Jonathan* ben Huziel sobre los agiógrafos.

Pedro Galatino, judío italiano convertido al catolicismo, escribió a este propósito: «La misma edición de *Jonathan* sobre el Salterio está en muy pocas manos; los que le poseen emplean todos los medios para

consultarla, atendiendo a los misterios de la fe cristiana que en ella se contienen.»

2.º Las obras de Rabí Mosché Hadorschan. Los escritos de este sabio hebreo podrían ponerse, dice un autor, al lado de los Evangelios, de tal unción y verdad están adornados.

3.º El *Galé Raizaya* (revelador de misterios), de Rabí Judá, el Santo, aquel que, como sabemos, redactó la *Mischma.* Algunos orientalistas, sorprendidos de que este libro manifiesta en términos luminosos los misterios de la religión católica, han concluído por considerar apócrifa esta obra, atribuyendo el predominio ilustre que le autoriza a la empecatada pluma de algún monje hebraizante de los siglos XI o XII de la Era Cristiana, amigo de embelecos; tan resplandecientes encuentra las coincidencias religiosas que se hallan en sus páginas.

Pero tal suposición es un error; ningún *goi*, esto es, no judío, ha llegado jamás a imitar el hebreo de los sabios. Sería difícil señalar el por qué, pero el hecho es exacto y se ha repetido siempre en la historia. Si resucitaran Demóstenes y Cicerón, dirían lo mismo del griego y del latín, de los helenistas y latinistas modernos; desafinaría en sus escritos y oraciones aquella especie de ladrido perruno intraductible que Marco Tulio achacaba a los senadores galos. Pues de igual manera el más torpe e ínfimo de los estudiantes de las academias talmúdicas distingue perfectamente el hebreo bravío, amazacotado, pastoso, acaramelado y dulzón de los más sabios *goim*, del sobrio, ágil, vibrante, lustroso y natural hebreo de sus correligio-

narios y paisanos, ya que la lengua patria no es sola la servidora del alma, sino su maestra, y señala las edades por sus giros y desinencias con la exactitud cronométrica que indican las horas y minutos las manecillas de un reloj.

Podemos y debemos concluir estos razonamientos afirmando que el *Galé Raizaya* y el *Zohar* están escritos de una manera tan natural, límpida, transparente y gallarda, que sólo pudieran escribirlos judíos de nacimiento y educación.

Repitamos a mayor abundamiento lo que dice Drach a sus correligionarios en la carta prefacio de su obra: «Desde hace algún tiempo las obras de los principales Padres de la Iglesia, tanto griegos como latinos, han acabado por ser mi habitual lectura; he adquirido estos libros con bien escaso sacrificio. Los tenderos los ofrecían al peso; eran despojos de las bibliotecas robadas a los conventos, en la época de la revolución.

Instruyéndome de este modo en la mejor fuente de la religión católica que insensiblemente arraigaba en mi pecho, me sorprendieron los reproches y censuras que estos escritores hacen a los judíos por haber puesto su mano sacrílega sobre el texto hebreo corrompiéndolo. Yo mismo advertí, después de largos estudios, que en muchos lugares el texto aparece como alterado o truncado, de tal manera, que pueden señalarse en los libros santos, verdaderas lagunas.

Esta sorpresa fué causa de que emprendiese un nuevo trabajo. Tomé el partido de comparar con mucha atención el hebreo del *Antiguo Testamento* con el griego de la versión de los *Setenta*, porque esta tra-

ducción es la obra de los doctores de la Sinagoga, revestida de toda la autoridad que es lícito exigir y que, como sabemos, data de los comienzos del siglo III antes de Jesucristo; es decir, de una época en que los judíos no tenían ningún interés en truncar el sentido de las predicaciones acerca del Mesías.

En las numerosas divergencias de los doctos, habiendo encontrado preferible el griego, me propuse restaurar el texto original hebreo, tomando como punto de partida la versión de los *Setenta* que, a su vez, sirvió de texto a las traducciones orientales, sobre todo a la siríaca, consultada por mí a diario.

Conviene anotar como indicio interesante, que siempre que los Evangelios o los Apóstoles aportan el testimonio del *Antiguo Testamento*, se separan del hebreo y siguen la versión de los *Setenta*. Esta constancia en la desviación le hizo exclamar a San Ireneo: «Los apóstoles están de acuerdo con la versión de los *Sesenta* y esta traducción está conforme con la tradición de los Apóstoles. En efecto, Pedro, Juan, Mateo, Pablo y los demás, por consecuencia, con sus discípulos, han predicado todo cuanto se predijo, sin apartarse del sentido de la versión antigua.

Esta conformidad del *Nuevo Testamento* con el texto de los *Setenta*, está igualmente confirmada por otros escritores antiguos como Orígenes, San Cirilo, etcétera (1).

Luego el texto hebreo fué enmendado y mutilado después de los *Setenta*, medrosos los rabíes de que

(1) Drach, *Harmonie de l'Iglesia et la Sinagogue.*

las letras antiguas aclamasen como verdadero Mesías al profeta de Nazareth.

Por fortuna las sombras de la Sinagoga se han esfumado ante la luz de la predicación apostólica, y para ratificar esta creencia, para ensalzarla y defenderla, apareció milagrosamente el *Zohar*, afirmando que la verdadera *Cábala* confiesa al Mesías y ratifica una por una todas las predicaciones rabínicas.

Ya lo hemos oído de labios de los mismos judíos: el *Zohar* es un rezo continuado, un reconocimiento de la unidad de Dios, testigo intachable de la preexistencia de las profecías. ¡Bendigamos el hallazgo o la publicación de Moisés de León!

CAPITULO VIII

Contenido del *Zohar*.—Edición Lafuma.—Preliminares, sección Bereschith.—*Toldoth*, *Noah* y *Lekh-Lekha*.—Código de escritores cabalísticos de Pico de la Mirandola - Tratados que contiene el segundo tomo. - Contenido del III tomo.—Del Theruma y Sipha Dzeninta.—De las secciones que comprende el tomo IV.—De los grandes estudios que encierra el libro V.—El tomo VI contiene las notas y aclaraciones necesarias.

Contenido del «Zohar».—La edición Lafuma consta de seis tomos en 4.º español. Una impreso en latín dice que se sacan de las tinieblas los textos para mayor gloria de Dios.

El tomo I contiene: Preliminares. Sección *Beres chith*.

Toldoth Noah.

Lekh-Lekha.

El índice de las materias tratadas en estos libros lo entresaca Lafuma del *Codicum cabbalisticorum manuscriptorum quibus est usus Joannes Picus, comes Mirandulanus*, o sea, hablando en romance, nuestro Pico de la Mirandola. El índice traducido por mí, dice:

«Asuntos tratados en la primera parte o *Bereschith*.

De la mística letra *beth*, con la cual da comienzo la Ley. De la procesión de las divinas personas. De los treinta y dos caminos de la sabiduría y de las cincuenta puertas de la inteligencia. De los verbos hebreos que significan *creer*. De *Elohim* y *Ehjeh*. De los diez *Sephiroth*. Del *Tohu* y *Bohu*, *vacuo et inani*. De la línea verde que circuye el universo. De las seis extremidades y brazos del mundo. De las diez vestiduras. De la luz primera y de la última. De los días de la semana. Del Espíritu Santo. De los siete cielos y las siete tierras. De las aguas superiores del firmamento y del fuego. De la multitud de plantas y animales de la tierra. De las fases de la luna, de los ángeles y otros órdenes. De los volátiles del cielo. Del Leviathan. De la imagen de Dios en el hombre. Del reposo sabático. De las semillas espontáneas del campo. Del vapor que ascendía de la tierra y regaba todo el haz del jardín. Del paraíso, edén. De sus árboles y sus ríos. De la prohibición: *ex arbore scientia boni et male ne comedes;* y qué clase de árbol fué éste, ya sea nogal, parra o higuera. De los nombres puestos a las cosas por Adán.

Del sueño de Adán y formación de Eva. Del matrimonio. De la Jerusalén celestial. De la serpiente, etcétera.

En el *Toldoh Noah* se trata: Del Arca de Noé. De la viña y del vino. Del magno jubileo. De la providencia de Dios. Del sacrificio de Noé. De los ladrillos cocidos y de la torre de Babel. De la división de las gentes. De las lenguas.

En el *Lekh-Lekha*: De las seis inmundicias. Del

axioma cabalístico: *quod venit filiis, significatum est in patribus.* De los cuatro monarcas mayores del mundo. De la propiedad de la noche *(laila).* De los diezmos. De la visión profética. De la astrología de Abraham y de su fe. Del número místico de los preceptos del Señor. Del modo de dirigirse a Dios. De la emigración de las almas.

El segundo tomo contiene los siguientes tratados:

Vayerá. Haye Sara. Toldoth Isaac. Vayetze. Vayschlah. Vayescheb. Migetz. Vaschgosch. Vayhi. Apéndices: I, *Haschmatoth* (omisiones). II, *Tossefta* (adiciones). III, Complementos. *Midrasch ha Neelam Sittore Thorah.*

En *Vayerá* se analizan los problemas siguientes: De la visión corporal de los ángeles. De sus vestiduras llamadas *camisiani.* Del axioma cabalístico: *omne spiritale descendens desuper non operatur, nisi per vestimentum.* De las cuatro culturas. Del pecado de Sodoma. De la metamorfosis divina de la propiedad sagrada. De la causa de la transformación en estatua de sal de la mujer de Loth. Del oficio vespertino y ante lucano. De la fuerza y eficacia de los verbos transferibles. Del ángel *Sandolfon.* De los cuatro espíritus perfectos, de los muertos en la región de la sombra. Del juramento. De los caracteres ocultos. De las tres vigilias de la noche y quién opera en cada una de ellas. Del amor, temor y temblor.

En *Haye Sara:* De la doble cripta o cueva de Abraham. Del sacramento del matrimonio. De los dones mágicos de Abraham.

En el *Toldoth Isaac:* Del hado supremo de todas

las cosas. De los pelos y de los hombres velludos. De los pinchos. De la caza de Jacob.

Vayetze: De la escala vista en sueños. Del beso sagrado. Del amor ferviente. De la elevación de las manos en las bendiciones.

En *Vayschlah:* De la oración y de las causas que impiden su efecto. De la analogía mística de los miembros con los preceptos del Señor. Del ordenamiento de los príncipes y magnates. De la muerte mística.

En *Vayescheb:* Del pecado por la venta de José. Del Mesías y su sagrada carne. De la causa por que prosperan los impíos. De aquéllos que no engendran y de las manchas de los carneros. De las siete tierras. De las almas nuevas y de la metempsicosis. Del estado de los cadáveres en el sepulcro. De los purgatorios. De los levitas. De los primogénitos.

Migetz: De la nobleza del ángel que recorrió antes la tierra de Egipto. Del fruto *Zimbrat.*

En *Vaygasch*: De la doble visión. De la semejanza de los inferiores con los superiores.

En *Vayhi*: De las profecías hechas a los hijos de Israel.

El tomo III contiene los siguientes tratados:

I.—*Schemot Midrasch ha Neelam.*

II.—*Va-era.*

III.—*Bo, Raaiah Mejemnah.*

IV.—*Beschalah.*

V.—*Jethro, Sepher ha Bahir, Sithra Thorah.*

VI.—*Mischpatim Roaiah Mahemah, Idra de Mascheana.*

En el *Schemoth:* De la asociación del probo con el ímprobo o de la cognación de Moisés y Jetró. Del ángel de las caras Zegauzel y de las palabras: *ehjeh ascher ehjeh, ero qui ero.* De la humillación y de la postración.

En *Va-era:* Diferencia entre las profecías de Moisés y las de otros profetas. De los 10 Sephèroth o de las numeraciones que llaman *Marot*; esto es, espejos. De la triple profecía.

En *Bo:* De la hora mística en que salieron los Padres de Egipto y qué estrella tendría dominio en aquella hora. De la Pascua y su misterio. De los ácimos. De los filócteras y de la mística letra ש, *schim.*

En *Beschalap:* De las admirables columnas de fuego y de nubes. Del ángel *Schamall*, patrón de la ciudad de Roma. De los 72 nombres de Dios que llaman *guesciatot*, arcos o puntos. De la mano y los dedos de Dios. De *zet* y *zoth*, equivalentes a *hæa et hoc.* De los cacodemonios habitantes en la región septentrional. De la propiedad de la dicción *amen* אמן. Del maná. Del espacio de tiempo que las manos han de elevarse en la oración.

En *Jethro:* De la ley escrita y no escrita que llaman *mipe ahl peh*, o sea de boca a boca. Del *pesel*, esto es, imagen o semejanza, y de las imágenes prohibidas por la ley. De por qué comienzan los preceptos del Señor con un *aleph*, y por qué terminan con un *caf.* De las siete voces de Dios.

En *Mischpatim:* De la dignidad del *Sanhedrin*, esto es, de los Jueces. De todos los cielos y tierras. De los cinco géneros de suplicios admitidos: lapidación,

quema, estrangulación, degüello y crucifixión. De las virtudes de la confesión. De qué manera han de despreciarse las fascinaciones. De que no se debe cocer el cordero en la leche de la madre. De los méritos y deméritos.

El tomo IV encierra los siguientes tratados:

I.—*Theruma-Siphra Dzeniuta* (libro oculto).
II.—*Thetzaveh.*
III.—*Ki-tiça.*
IV.—*Va-yaghel.*
V.—*Pequde.*

I.—
II.— Apéndices.
III.—

En el *Theruma* y *Siphra Dzeniuta:* Del misterio de la longitud y la latitud de las Tablas de la Ley. Del querubín *moreh cacod*, llamado cara de gloria. De las ramas místicas con que se confeccionaban las tiendas en la solemnidad de los Tabernáculos. De la resurrección de los difuntos. De las virtudes de las bendiciones y por qué las usan los padres, sacerdotes, próceres y ángeles. De las 10 cortinas del Tabernáculo. Del *parochet*, o velo del Santuario.

En *Thetzaveh*: De los vestidos del Sumo Pontífice. De la adivinación por el *Urim Vetumim*, esto es, iluminaciones y perfecciones que llaman *sa cram* los Piromanteians. Del secreto de los siete grandes dioses. De la mansedumbre del sacerdote no degollando la víctima. De la sangre, la grasa y los riñones de la víctima. De los ángeles ígneos y brillantes.

En *Ki-tiça:* Del fin que se propusieron los israelitas

al construir el becerro de oro. De la forma externa e interna de las Tablas de la Ley. De los talismanes y escudos de los hebreos, en los que esculpían los nombres de Dios. De los amuletos que solían construir y sus tres divinas propiedades. De la iluminación por medio del Espíritu Santo.

En *Va-Yaghel:* Del misterio del corazón *leb*, y por qué la letra *beth* encierra toda la Ley.

En *Pequde*: De la nube gloriosa que ocultaba el Tabernáculo.

El tomo V comprende estas secciones:

I.—*Bamiddar.*

II.— { *Nasso.* / *Roaiah Mehemnah.* / *Idra Rabba Kadischa.* }

III.—*Behoaloth kha-Roaiah Mejemnah.*

IV.—*Schelah-lekha.*

V.—*Qorah.*

VI.—*Hugath.*

VII.—*Balac.*

VIII.—*Pinhas-Roaiah-Mejemnah.*

IX.—*Matoth.*

X.—*Mas'e.*

En *Bamiddar* se trata: De los espíritus y cosas sublunares y otros elementos. Del lugar místico. Del lugar donde acampaban las tribus de los hijos de Israel.

En *Nasso:* De la confesión de los pecadores. De los puestos de la oración y de la penitencia. Del agua de *Zelotypia* y de las demás aguas amargas donde es explicado este axioma. Bebe agua de tu pozo. De los nazarenos. De los 12 y de los 72 nombres de las letras.

En *Behoaloth-kha*: De la lira mística, de las trompetas sagradas y por qué causa su nombre hebreo *Chatzozerot* se escribe sin la letra *Vau*. De la conversión de Moisés con Dios y por qué aquél cayó en visión.

En *Schelah-lekha*: De *Selenomanteia* o de la adivinación por medio de la luna bajo estas palabras: *remota est umbra eroum de su per eis*, etc.

En *Qorah*: De los intersticios de los Profetas, y por qué Moisés no estaba dispuesto para profetizar en cualquier hora del día. Qué significa caer sobre el rostro y cuál es el modo de orar al Septentrión.

En *Hugath*: Del misterio de la vaca roja. De gentes marcadas de rubio y de su imperio. Del contacto impuro de un cadáver. De la intención de Moisés al golpear la piedra y por qué el espíritu santo es llamado *Pículo*, esto es, toda su voz y su misma voz.

En *Balac*: En qué se diferencian las profecías de Balaam y las de Moisés. De las voces del asno y de la burra, y por qué son llamados brutos. Del culto infame de Priapo.

En *Pinhas*: De Binâ, o sea la inteligencia, y por qué se dice *Ben Ja* hija de Dios.

En *Matoth*: De la diferencia que existe entre votar y jurar. De las propiedades de los *Nedarim* o de los votos.

La sección *Mas'e* se ha perdido.

El tomo VI contiene las notas y aclaraciones que el texto de los cinco primeros ha hecho necesarias.

CAPITULO IX

Bellezas del *Zohar*.—El libro guarda el aroma de las rosas de Jericó.—Procedimiento literario.—Se salva la fe mosaica.—El prefacio.—Profecías.—¿Es el *Zohar* panteísta?—Curiosidades científicas.—¿Por qué el año solar es de 365 días?—Precediendo a Galileo.—Rectificación final.

Bellezas del Zohar.—No nos resistimos a copiar algunos párrafos de este famoso libro, en los cuales resplandece el inspirado numen de los judíos.

Del fondo enrevesado en que aparecen, corren, tornan, vuelan, huyen, escapan y se agrupan los números, las letras, los silogismos y los efectos; surge y se esparce un perfume balsámico que recuerda los perfumes de Bethania y los cuadros más pintorescos de la *Biblia;* parece que las rosas de Jericó han guardado su aroma entre las páginas del *Zohar*.

El procedimiento literario, aunque hermoso, es siempre igual; se cita un versículo de las Escrituras, se barajan letras, números y cifras, para deducir una conceptuosa lección de filosofía o de historia; terminan y concluyen las cláusulas, moralejas traídas a co-

lación con mejor o peor fortuna, para ejemplo y enseñanza de incautos e ignorantes.

Dos cosas quedan a salvo en este combate oriental de erudición, gracejo, ingenio y cultura: la fe mosaica y la belleza retórica del pensamiento que motiva la digresión.

Probaré mis afirmaciones copiando algunos párrafos:

El prefacio del *Zohar* empieza de este modo: Rabí Hizgiya (1) abrió una de sus conferencias con este exordio: Está escrito: «Como la rosa entre espinas, así mi bien amada entre las doncellas.» La palabra rosa, ¿a quién hace referencia? Designa la «comunidad de Israel». Así como la rosa es roja y blanca, así también la comunidad israelita sufre a veces el rigor y otras la clemencia; la rosa tiene trece pétalos y el pueblo de Israel está rodeado por trece vías de misericordia. En el comienzo del *Génesis* entra la primera mención del nombre divino *(Elohim)*, y la segunda hay trece palabras, que como las trece vías de misericordia, rodean la comunidad de Israel y la guardan. Después se escribe el nombre divino *Elohim*. ¿Por qué se repite? Para indicar el misterio que simbolizan las cinco hojas fuertes, sépalos, que rodean a la rosa. Este número cinco designa las cinco vías de salud y corresponde a las cinco puertas de la gracia. A este misterio hacen alusión las palabras de la Escritura: «Yo tomaré el cáliz de salud e invocaré al Señor». El cáliz de salud señala la «copa de las bendiciones», que

(1) En un manuscrito de Palestina se lee Rabí Eleazar.

sólo debe sostenerse con los cinco dedos, semejante a la rosa que está asentada sobre cinco sépalos que corresponden a los cinco dedos. También la rosa simboliza la «copa de las bendiciones». Esta es la razón por la cual, entre el segundo *Elohim* y el tercero hay cinco vocablos. Después del tercer *Elohim* está escrita la palabra luz. Esta luz fué creada y en seguida oculta y prisionera en la *alianza*, símbolo del principio seminal que penetra en la rosa y la fecunda. Y esto es lo que se llama en la Escritura «árbol de fruto que encierra su semilla», y esta semilla fecunda se encuentra en la alianza misma. Y de la misma manera que el símbolo de la alianza está formado con cuarenta y dos granos de materia fecundante, de igual modo las partes constitutivas del nombre grave e inefable son las cuarenta y dos letras con las cuales se opera la obra de la creación.

Profecías.—Casi todas las inserta el tratado *Vayes cheb*; copiémoslas tal como el *Zohar* las comenta.

La Escritura dice: «El Mesías, mi servidor, estará henchido de inteligencia.» Estas palabras encierran el misterio de la fe. Este servidor hará que suba el perfume del mundo de aquí bajo, hasta el mundo de arriba.

La Escritura añade: El Mesías será de elevada estatura... Porque será más alto que todas las luces como está escrito: Él os enseñará para haceros misericordia. La Escritura se sirve de tres términos: enseñará, grande y subirá a lo más alto. Por el primero se enseña que será más alto que Abraham, por el segundo que Isaac y por el tercero que subirá más alto que Jacob.

»El Santo, bendito sea, le enviará el espíritu de las alturas, gracias al cual todos los muertos que duermen bajo la tierra resucitarán.

»Este *Servidor* tiene en sus manos todas las llaves de su Señor, como está escrito: Y Abraham dijo a su servidor que era el más antiguo de su casa y que tenía la intendencia sobre todo lo que era de su propiedad. Abraham es aquí la imagen del Señor lo mismo que el Sol, como queda dicho. El criado de Abraham es el retrato del *Metroton*, que es el servidor enviado por su Señor. Las palabras: El más antiguo de su casa... tienen el mismo sentido que las del versículo: Yo era joven y yo envejecí. Por último la Escritura añade: que tenía la intendencia sobre cuanto poseía. Porque el Servidor es la síntesis de los tres colores maestros: el verde, el blanco y el rojo. La Escritura añade: Pon tu mano bajo mi muslo: es el Justo misterio de la Palabra, que es la base del mundo; porque será encargado por el misterio supremo de resucitar a todos los que yacen bajo tierra. Él será enviado por el Espíritu supremo para reemplazar los espíritus y las almas en los cuerpos descompuestos bajo la tierra. La Escritura añade: Y yo te haré jurar. Estas palabras significan que el Señor revestirá a su Enviado de las siete luces celestiales que constituyen el misterio de la perfección de lo alto. Y sigue la Escritura: No tomarás ninguna de las hijas de los Cananeos para esposa de tu hijo. Con ésto el Señor indica a su Mesías que ningún alma pura puede descender del río celeste para reanimar los cuerpos impuros de los pueblos paganos que acampan sobre la tierra.

La Escritura ha dicho: Como ha de ser el asombro de muchos, aparecerá delante de los hombres desprovisto de gloria, y su figura despreciable para los hombres y los niños. Hagamos notar que una tradición nos enseña que aparecerá en la destrucción del Santuario y que la Schekhina será desterrada por el extranjero para que se cumpla el versículo; gritarán los de los campos y los ángeles de la paz llorarán amargamente. Los ángeles del cielo estarán de luto y llorarán la proscripción de la Schekhina. Entonces ésta se transformará y tomará una forma distinta. Y al mismo tiempo que ella se modifique, su esposo celeste modificará la luz que ilumina el mundo como está escrito: Al nacer el sol se cubrirá de tinieblas y no alumbrará la luna. Este es el sentido de las palabras: Aparecerá sin gloria delante de los hombres y su figura será despreciable para los niños y los hombres. Según otra interpretación, estas palabras significan que el Mesías se transformará cambiando de forma. Y según otra interpretación, tienen por significado este versículo: Yo envolveré con tinieblas los cielos y los cubriré como con un saco.

Y dice el *Zohar* a guisa de comentario: Después de la destrucción del templo en Jerusalén, los cielos no han recobrado su brillo para Israel.

Más adelante copia estas palabras de la *Biblia*: El justo pereció, y nadie en sí mismo hizo reflexión sobre ello (1).

Os advierto, contesta el desconocido caminante

(1) Tratado de Vayescheb.

a R. Alcozer y R. Abba, que yo cumplo una orden del rey, y lo haré así hasta que llegue aquél que ha de ser montado en un pollino (1).

Pero, ¿a qué continuar copiando? No hay una sola profecía que el *Zohar* no traslade a sus páginas discutiéndola y glosándola con gran energía y elegancia.

¿Puede decirse que el *Zohar* es un libro panteísta? En manera alguna; copiemos a manos llenas sus razonamientos.

Se dice en el comentario al *Bereschith*:

Antes de todas las cosas el Rey permitió la transformación del vacío en un éter transparente, flúido imponderable, parecido a la luz que despiden los cuerpos fosforescentes. En seguida, por un misterio de los más secretos del Infinito, este flúido se metamorfoseó en un gas, desprovisto de toda configuración acriforme, ni blanco, ni negro, ni rojo, ni verde, ni de ningún color. Entonces es cuando Dios hizo tomar a la materia sus contornos, cuando creó esta variedad de colores que en realidad no existen en la materia, siendo debidos a las modificaciones que sufre la luz, según los cuerpos que ilumina. En la luz existe una onda, que es la causa eficiente de la variedad de colores en este bajo mundo. También por un misterio de los más secretos el Infinito golpeó con el sonido del Verbo el vacío, aunque las ondas sonoras no sean transmisibles en el vacío (2). El sonido del Verbo constituyó entonces el comienzo de la materialización del vacío, pero

(1) *Zohar*: Preliminares I, 6.

(2) Literalmente: Golpeó sin golpear nada. Esto es, que no existía nada que pudiera ser golpeado.

esta materialización habría siempre vivido en estado de imponderabilidad, si en el momento de golpear el vacío el sonido del Verbo no hubiera hecho surgir el chispazo origen de la luz que constituye el misterio supremo, y sin el cual la esencia es inconcebible; esta es la razón por la cual el Verbo es llamado *principio*, atendiendo a que es el origen de toda la creación, o mejor, su comienzo.

¿Cómo puede acusarse de panteísta una obra que sostiene la creación *ex Nihilo?*

Cazar alguna palabra, o sorprender media oración con ánimo deliberado de hacer deducciones filosóficas, será una muestra de agilidad, pero no probará nunca lo imposible. El *Zohar*, pese a sus detractores, es un libro monoteísta, y de ello hacen gala sus autores a cada momento.

Curiosidades científicas.—Muchas atesora este libro famoso, no sólo metafísicas y filosóficas, sino de ciencias naturales y exactas. Algunas representan tan singular adelanto para su época, que sirven de argumento contra su discutida antigüedad.

Vamos a copiar las más características:

He aquí lo que se dice en el libro de los *Misterios supremos:* Ruedas innumerables dan vuelta alrededor de los cuerpos formados con átomos agregados. Algunos de estos cuerpos son móviles, otros son fijos. La rotación de esas *ruedas* comenzó desde el día en que la tierra fué un agregado de átomos. Estas *ruedas* hacen rodar la tierra en círculo y alrededor de ella misma. Estas *ruedas* abrazan doce mil mundos que ellas *arrastran* de un modo circulante.

Por debajo de esta rueda existe una columna que va hasta los profundos abismos. Las piedras del abismo dan vueltas alrededor de la columna subiendo y bajando. La columna está apoyada sobre estas piedras; ella deja que unos se aproximen y rechaza otros. Alrededor de la columna dan vueltas ciento veinte ruedas. La que está por encima de la columna que abarca doce mil mundos, voltea alrededor del Tabernáculo celeste, pero no da vueltas alrededor de sí misma. De donde resulta que el Tabernáculo celeste está cimentado sobre doce mil mundos (1).

¿Por qué el año solar es de 365 días? Porque siete veces siete es el grado que corresponde al Justo. Si se eleva al cubo el número 7, hallaremos trescientos sesenta y cinco menos veintidós. Estos veintidós, son las letras consonantes del alfabeto, que al agruparse y constituir palabras, han sido causa de la creación (2).

De propósito hemos incluído estos párrafos para que se vea la ciencia intuitiva que representa el primero y la cabalística vulgaridad que encierra el segundo.

Esta diferencia de criterios constituye, a nuestro juicio, la razón más poderosa que tenemos para afirmar que en este libro han colaborado muchos ingenios, habiendo sufrido el texto numerosas alteraciones. Seguramente el sedimento racionalista de los filósofos alejandrinos alteró las puras inocentes creen-

---

(1) *Zohar—Josefta—Añadiduras.*
(2) Sekh-Sekha.

cias israelitas que fueron la base del libro; y no sería extraño que los judíos españoles vertiesen sobre las páginas del *Zohar* todas las preocupaciones ilógicas de la escuela peripatética a que pertenecieron Avicena, Averroes y Avicebrón.

Es muy raro que un libro tan íntegramente judío no cite a Maimonides; pero esta misma omisión sirve para probar indiscutible antigüedad.

Antes de que Galileo dijera su célebre: *E pur si muove*, lo había dicho *Zohar* en el comienzo de nuestra era.

En el libro de Hamenúna el Viejo, se explica de nuevo el doble movimiento de la tierra: «sus habitantes, unos están arriba y otros abajo. Y todos estos hombres tienen puntos de vista diferentes, a causa de las distintas fases del aire y del cielo, según la posición que ocupan. Todos están en pie, pero mientras unos se bañan en la luz, los del punto opuesto permanecen en la obscuridad; aquéllos tienen el día, éstos la noche. Existe un punto, el polo, en que es día, siempre, pues apenas dura la noche más que un tiempo muy corto. Cuanto se escribió en los libros antiguos y en el libro de Adán, que fué el primer hombre, está conforme con lo que aquí escribimos».

Convengamos en que este párrafo luminoso fué confirmado plenamente por la ciencia.

Abjuración final.—Resulta muy raro que un libro basado en la magia, nutrido por la *Cábala*, concluya rechazando las ciencias ocultas aunque sean de tan baja estofa como la quiromancia y hechicería.

Este *Zohar* poético, filosófico, místico, lleno de en-

cantos científicos y literarios, termina con esta confesión, tan hermosa como ingenua:

«Rabí Eleazar dijo: Cierto día un negociante me refirió haberle oído a su padre que había éste conocido un médico, al cual le bastaba mirar a los enfermos para decir éste vivirá y éste otro morirá. Se hablaba de él como de un hombre bueno, digno, que odiaba el pecado. Cuando un enfermo no disponía de dinero suficiente para curarse, él le curaba a sus expensas. En fin, no tenía parecido ni semejante en el mundo, y lograba maravillas, más por sus rezos que por sus actos. El comerciante poseía un libro de este médico, libro que él me entregó, a condición de que yo a mi vez le enseñase la *lámpara Santa* (R. Simeón). Guardé el libro durante doce meses, y declaro que hallé en sus páginas grandes y preciosas enseñanzas. Allí encontré los misterios de Balaam. Pero un día yo vi en sueños las letras del libro subir y bajar con rapidez, mientras una voz me decía: ¿Por qué has entrado en un dominio que no te pertenece? Desperté, y como mi angustia fué grande, envié el libro a un judío (médico) llamado Rabí Jossé, hijo de Rabí Jehudá, mientras yo exclamaba: ¡Bendita sea la misericordia divina por haber acordado tantas luces a los hombres, y bendita sea ella también por haber hecho desaparecer la magia, a fin de evitar a los hombres seducidos por ella el que puedan apartarse del temor del Santo! ¡Bendito sea Él y bendito sea su nombre! ¡Bendito el Señor en toda su eternidad! Amén, amén.

Es decir, que después de llenar cerca de tres mil páginas con razonamientos obscuros, esotéricos, casi

endiablados, Rabí Eleazar tira de la manta y concluye en un momento con el retablo brujo y los argumentos de hechicería, para inclinarse con adoración perfecta, sublime, ante *cabeza blanca* y el *anciano de los días*, o mejor, para huir del esoterismo ante el Santo, ante la Providencia divina, cuyos resplandores alumbran lo bastante la mente de los hombres para que no tengan necesidad de ir a buscar en la magia el secreto de la existencia.

Conclusión.—Si el *Zohar*, biblia de la *Cábala*, es un libro monoteísta que afirma la creación *ex nihilo*, y copia o comenta todas las profecías, ¿qué extraño es que los judíos, como insinúa Drach, tuviesen especial interés en que se perdiese?

Perdido estuvo once siglos, hasta que, casualmente, halló un manuscrito Moisés de León. No pudiendo ocultar las enseñanzas del *Zohar*, optaron los judíos por desacreditar la obra tildándola de panteísta. Las bellezas del libro hicieron imposible la calumnia; hoy corre de mano en mano, y todos los bibliófilos pueden fácilmente adquirir la edición de París, suscrita por Lafuma.

Dejemos a los teosofistas que nieguen la divinidad de Jesús, tal vez sea éste el único secreto que quiere tener la *Cábala* en perpetuas sombras; pero no consintamos que el *Zohar* les sirva de apoyo en estos disparates. Todo menos eso.

Hagamos constar antes de concluir que, para R. Simeón ben Jockai, como para su discípulo R. Eleazar, la magia ha muerto a manos de la misericordia divina.

Copiemos del *Zohar* sus últimas palabras: ¡Bendito

el Señor en toda eternidad!, porque ha permitido que le conozcamos y amemos sin recurrir a la doctrina secreta.

Gracias, amén.

Porque entresacar de la casualidad y del accidente leyes eternas, indica locura, pero no severidad científica.

CAPITULO X

Las letras creadas desde el principio.—Las que regulan la voz del hombre, ¿son las mismas que empleó Dios para crear el Cosmos?—La leyenda de las letras.—¿Quiso Rabí Hamenuna hacer de ella un tratado político?—Pretensión de la letra *Thau*.—Con ella se forman las palabras: verdad y muerte.—La *Schin* es desechada porque con ella se forma la voz: mentira.—Anagrama de Scheqer.—*Nun* principio hombre.—*Pescha* es el pecado.—La letra *ain-lamed*, es tutor y sostén.—Acepto la invitación de la *Num*.—No puede guardarse el mundo sin Rey.—Cataclismo provocado por la *Caph*.—La *yod* tiene la gloria de formar la palabra Jehovah.—La *Teth* no es de este mundo.—La pobreza y el socorro irán juntos.—La *Beth* que inicia la bendición es elegida.—La humílde *aleph* será siempre la unidad.—El ideal del rabí.

Nada existe todavía; nos hallamos en el momento en que la *Causa de las causas* va crear el Cosmos con el poder de su palabra. Dios va a hablar; y al eco de su voz surgirán los cielos, estrellas y soles de la nada.

Si Dios se decide a hablar, antes del tiempo, las letras están creadas de toda la eternidad, ¿serán estos

signos los que regulan y clasifican las inflexiones de la voz humana? El hombre no existe todavía; se han de agotar en la creación cinco espacios de tiempo antes de que la escritura hecha a imagen y semejanza de Dios aparezca sobre la tierra; luego los signos que alteran y modifican la voz, que existen desde *ab initio*, se refieren a la Causa; quizá luego Dios los transmita al hombre como un don especial de su omnipotencia y misericordia; pero no podrán ser los mismos, sino reflejo o trasunto de los pristinos, porque el hombre no puede sustituir a la divinidad, aunque es su imagen atenuada.

Y además, porque si la palabra de Dios resonase en la garganta del hombre, éste sustituiría al Creador y el Universo se acrecentaría continuamente.

El Rabí Hamenuna se apodera de este misterio y trata de explicarlo contando secretos de las letras tan hondos como poéticos.

Sorprendido de la hermosura de la narración la he titulado: *La Leyenda de las letras.*

El título no expresa bastante bien la idea porque a las bellezas poéticas de esta pasaje del *Zohar*, hay que añadir las lecciones de política que surgen a cada instante. Sospecho que Rabí Hamenuna ha trazado en su episodio un arte de buen gobierno.

Dejo la palabra al Rabí, cuya fantasía traspasa los límites de lo concebible.

La leyenda de las letras.—Rabí Hamenuna dijo: En el *Bereschith* está alterado el orden de las letras iniciales porque las dos primeras palabras comienzan con una *beth* y las dos segundas con *aleph*, así; *Bareschith*

borah, *Elohim Veth*; ¿por qué? Por contestar a esta pregunta el autor del *Zohar* hace una divagación literaria que podría titularse la leyenda de las letras. Hela aquí: «Más de dos mil años antes de la creación del mundo, las letras estaban ocultas, y el Santo, ¡bendito sea! las contemplaba y gozaba en sus delicias. Cuando el Ser Supremo quiso crear el mundo, todas las letras, aunque en orden inverso, del alefato, vinieron a su presencia. Fué la letra *thau* la última, la que primero se presentó diciendo: ¡Rey de los mundos, sírvete de mí para la creación, teniendo en cuenta que cierro como letra final la palabra *Emeth* = Verdad, grabada sobre tu anillo; y como tú mismo te llamas la verdad, conviene, ¡oh Rey!, servirse de un extremo de tu nombre para crear el Cosmos. El Santo, ¡bendito sea!, le respondió: Tú eres, en efecto, digna, pero no es conveniente que me sirva de ti para operar la creación del mundo, porque tú estás destinada a ser impresa sobre la frente de los hombres fieles que hayan observado la Ley desde el *Aleph* a la *Thau*, y a ser mezclada a la muerte, puesto que también formas la letra final de la palabra *Maveth* = Muerte. Por estas razones no es prudente que me sirva de ti para crear cielos y tierras. La letra *Thau* salió inmediatamente. Entró entonces el *Schin*, y después de haber formulado la misma demanda, alegó en su favor ser la inicial del nombre divino *Schadai*, que comienza por un *Schin*; es decoroso, dijo, que te sirvas para crear el mundo de la inicial del nombre sagrado *Schadai*.

Dios le contestó: En efecto, tú *Schin*, eres digna, tú eres buena, tú eres verdadera; pero los falsarios se

servirán de ti para confirmar sus mentiras asociándote las dos letras *Qoph* y *Resch*, para formar el vocablo *Scheger* = Mentira; los embusteros están siempre obligados a mezclar en sus narraciones algo de verdad. Esta es la razón por la cual la palabra *Scheqer* = Mentira, sea el anagrama de la palabra *Qescher* = Nudo, haz, pues para procurar que se acepten las mentiras, el embustero viene obligado a principiar diciendo una verdad (*Sch*), a la cual añade el embuste (Q. y R.), procurando que las dos últimas estén atadas y juntas. Así, aunque tú seas verdadera, ¡oh, letra *Schin!*, ya que tres Patriarcas serán reunidos en ti, no conviene que te utilice para la creación del mundo, porque has de verte asociada a la *Qoph* y a la *Resch*, que vienen de mala parte, del lado del demonio. Cuando la letra *Schin* escuchó estos argumentos, se marchó. Vista la decisión inapelable del Señor, las letras *Qoph* y *Resch* no se atrevieron a presentarse.

La letra *Zain* entró inmediatamente y formuló idéntica petición, alegando que la palabra Justo = *Zaddiquin* aplicada a los hombres y a Dios, principia por la letra *Zain*, así como fué escrito:

Porque el Señor es justo y ama la justicia (*Zeda goth*). Dios le respondió: En efecto, tú eres justa, ¡oh, letra *Zain*!; pero no me conviene servirme de ti para crear el mundo, atendiendo a que debes permanecer oculta para no estimular la prisa del error. Porque tu forma primitiva es un *Nun* oblicuo, principio hembra, sobre el cual viene a posarse un *yod*, principio macho. Tal es el misterio de la creación del primer hombre, que fué creado con doble rostro, dos figuras

vueltas en sentido inverso, unidas espalda contra espalda; y este es el motivo por el cual el *Yod* es presentado de espaldas, no de cara. Tú también, dijo Dios a la letra *Zain*, serás un día dividida en dos; pero tú irás a otra parte. La letra *Zain*, confundida, se retiró.

La *Pe* entró en seguida y formuló la misma petición, haciendo valer el hecho de que la palabra *Peduth* = Salvación, que Dios debe llevar a cabo un día en este mundo, comienza con *Pe*. Dios le contestó: Tú eres digna, en efecto, pero la voz *Pescha* = Pecado, principia así mismo con una *Pe*. Tú tienes, además, la cabeza baja. Tú eres como símbolo del pecador que, avergonzado, inclina la frente y extiende los brazos solicitando compasión.

A la letra *Ain* Dios le contestó que ella comienza la palabra *Avon* = Crimen, a pesar de que ella quiso hacer valer que también comenzaba el vocablo *Anova* = Modestia; el Santo, ¡bendito sea!, le dijo: Yo no me serviré de ti para crear el mundo. Cuando salió, entró la letra *Samed* y pidió lo mismo que las anteriores, reclamando que se le aplicase aquel versículo en que se dice: «El Señor sostiene a todos los que desfallecen», y la palabra sostiene principia con un *Samed*, ya que Samekh es sostén. Dios le contestó: Precisamente por causa de tu destino debes permanecer en tu puesto, porque si yo te quitara de él para servirme de ti creando el mundo, ¿qué sería de aquéllos próximos a caer si les faltase tu apoyo? La letra, convencida, salió inmediatamente.

A la letra *Nun*, que presentó como títulos los nom-

bres *Nora* = Temor y *Nava* = Bueno, de que ella es inicial, Dios le dijo: Vuelve a tu sitio, porque por ti el *Samekh* volvió a su asiento; apóyate en el *Samekh Nun*, que es la inicial de *Nophehin* = los que desmayan, núcleo del versículo anterior. Incontinenti, el *Nun*, ocupó su sitio en el alfabeto.

La letra *Mem* adujo en su favor que es la inicial de *Melekh* = Rey. Es cierto, replicó Dios, pero yo no me serviré nunca de ti para hacer el mundo, atendiendo a que el mundo necesita un Rey; ocupa el sitio que te corresponde entre los otros, formando el nombre de *Melekh*, unido a las letras *Lamed* y *Caph*, porque no es posible que el mundo se quede sin Rey.

En este momento la letra *Caph*, vivamente impresionada, descendió del trono glorioso y gritó: ¡Dueño del Universo, utilízame para hacer el mundo, teniendo en cuenta que el nombre que expresa tu gloria *Cabod* = Gloria, principia por mí. Después que la letra *Caph* abandonó el trono, doscientos mil mundos y hasta el trono mismo de Dios se hicieron pedazos; la sacudida fué tan violenta, que parecía que todos los mundos iban a romperse. El Santo, ¡bendito sea él!, dijo entonces a esta letra: ¡Oh, *Caph, Caph!*, ¿por qué persistes tú en permanecer aquí? Vuelve a tu lugar, que yo no me serviré de ti para crear el mundo, porque eres la inicial de la palabra exterminio: *Cola* = Exterminar. Vuélvete a mi trono y quédate allí para siempre. Inmediatamente la letra salió y ocupó su sitio.

El *Yod* entró después y repitió la demanda de las otras letras, alegando que es la inicial de *Jehovah*.

Dios le dijo: Bastante es para ti estar grabada y marcada en mí mismo y ser el punto de partida de toda mi voluntad; no juzgo conveniente arrancarte de mi nombre.

Tocó el turno a la letra *Teth*, que se presentó con las mismas pretensiones que las precedentes, diciendo: Conmigo se escribe *Tob* = Bueno, que es uno de los atributos de Dios, llamado el Bueno y el Justo. Dios replicó: Tú no servirás para la creación del mundo; además, que el bien que representas está encerrado y oculto en ti, como está escrito: ¡Oh, cuán grande es la abundancia de vuestra bondad, que habéis ocultado por causa de los que os temen; luego el bien está reservado para el mundo futuro; tú no tienes, por consiguiente, nada de común con el mundo que yo voy a crear ahora... Y, en fin, porque estás en la vecindad de la letra *Heth*, con la cual constituyes la palabra *Heth* = Falta, no figuraréis ninguna de las dos en el nombre de las doce tribus. La letra *Heth* salió inmediatamente. En seguida entró el *Zain*, que abonó su petición diciendo ser la inicial de la primera palabra del versículo referente al precepto del reposo sabático, así como está escrito: «Acuérdate de santificar el día del Sábado». Dios le contestó: Yo no me serviré de ti para crear el mundo, porque tú eres la imagen de la guerra, ya que tienes forma de espada afilada, o a lo menos de puñal. La letra *Zain* marchóse a escape.

La letra *Vau* alegó: Soy precisa para escribir el nombre de Jehovah. Dios le dijo: Es premio sobrado para ti y para tu compañera la *He* formar parte de

ese nombre sagrado, figurar en una palabra que constituye el misterio oculto encerrado en mi nombre. Por esta razón no os emplearé en la creación del mundo.

Las letras *Daleth* y *Ghimmel* entraron inmediatamente y expresaron sus deseos. Dios les contestó: Suficiente justicia es, para vosotras, quedar una al lado de la otra; porque siempre habrá pobres en el mundo a los cuales se les debe socorro; y como *Daleth* = pobreza, designa al pobre y *Ghimel* = socorrer, señala al bienhechor que le asiste, quedad siempre juntas, para que una alimente a la otra.

La letra *Beth* entró, a su vez, diciendo: ¡Señor del Universo!, plegue a Ti que me utilices en la formación del mundo, teniendo en cuenta que soy la inicial de la palabra de que se sirvirán para bendecirte, *Barukh*, ¡bendito Sea, arriba y abajo! El Santo, sea el bendito, le contestó: De ti, efectivamente, me serviré para fabricar el mundo, y tú serás también la base de la obra de la creación.

La letra *Aleph* quedó en su sitio sin presentarse ni reclamar. El Santo, ¡bendito sea!, le dijo: *¡Aleph, aleph!* ¿Por qué no te has presentado a mí, alegando tu derecho, como lo hicieron las demás letras?

El *Aleph* contestó: ¡Maestro del Universo!, al ver que todas las letras se presentaban delante de Ti inútilmente, ¿para qué habría de presentarme? Después, como yo he visto que Tú has acordado ya, a la letra *Beth* este don precioso, he comprendido que el Rey celeste no puede retirar los bienes que otorga a uno de sus servidores para darlos a otro. El Santo, ¡ben-

dito sea!, le contestó: ¡Oh, *Aleph, aleph!;* aunque sea la letra *Beth* la que me ha de servir para crear el mundo, tú tendrás compensaciones adecuadas a tu modestia, porque tú serás la primera de todas las letras y yo no tendré unidad más que en ti y por ti; tú serás la base de todos los cálculos y de todos los hechos que en el mundo sucedieren, y no se podrá encontrar la unidad en ninguna parte si no fuera en la letra *Aleph.*

. . . . . .

He ahí la razón de que las dos primeras palabras de la Escritura tengan por iniciales dos *Beth (Bereschith Barah)* y las dos siguientes *Aleph (Eloim Eth)*, a fin de indicar las letras celestes y las de este bajo mundo, las cuales no son, en realidad, sino las propias y mismas letras, a la ayuda de las cuales se operan maravillas en el mundo celeste y en este bajo mundo.

¿Qué quiso decir *R. Hanenuna* en este poético pasaje? Este mundo no se ha hecho para la muerte, ni tampoco es obra de la mentira, ni representa íntegramente a Dios o a la eterna justicia, no puede sostenerse como necesarios en este planeta al pecado o al crimen; tampoco es digno de alabanza el temor de los que desmayan sin motivo y la rebeldía de los que no reconocen autoridad de ninguna especie; la gloria de Dios no está íntegra en la tierra, sino reflejada, porque si se manifestase con su grandeza total, acabaría por exterminarnos; lo bueno y lo bello no buscan imperecedero asilo en este mundo, harto posee el hombre con parecerse a la causa; reconócese además que siempre habrá en la tierra diferencias sociales, tocando conformarse al pobre con su desdicha y al rico con la

obligación de socorrerle y alimentarle; que este mundo está creado para bendecir el nombre de Dios y aumentar su gloria. Y, por último, que la humildad como la modestia, son prendas y virtudes dignas de un premio eterno.

En suma, un discurso filosófico-moral puesto en forma de apólogo para amenizar el relato sin que pierda intensidad el concepto.

CAPITULO XI

Textos bíblicos obscuros.—Nerón igual a 666.—La visión de Isaías.—Interpretación talmudista.—La profecía de Ezequiel.—Los cuatro animales y las ruedas que los seguían.—La mano y el libro.—Hermenéutica confidencial.—Daniel aconseja el secreto. En el tiempo, los tiempos y la mitad del tiempo.—Cuentas discutidas.—El Mesías de la India.—Los Reyes Magos no se inventan.

Textos bíblicos aceptados como obscuros por los cabalistas:

1.° La visión de Isaías (c. VI).
2.° El carro celeste de Ezequiel (c. I y X).
3.° La visión de Daniel (c. XII, 3).
4.° La Apocalipsis de San Juan.

Por cierto que el Apóstol San Juan, en su gran visión de Palmos, vulgariza el método de la *Cábala* cuando claramente expresa que su cifra, el 666, es Nerón, porque el valor de las letras consonantes que entran en las voces *Nero Caesar* valen 666, escritas y sumadas con arreglo a la aritmética hebrea.

Conviene que copiemos las palabras de la Biblia, y

aunque extractemos los capítulos antes anunciados, para que los mismos ejemplos nos faciliten la comprensión de la *Cabalah* y su *modus operandi.*

Visión de Isaías, c. VI.

«En el año que murió el rey Ocías (753 antes de Cristo) vi al señor sentado sobre su solio alto y excelso; y las cosas que estaban debajo de él llenaban el templo.

Serafines estaban sobre Èl: seis alas tenía el uno, y seis alas el otro; con dos tapaban el rostro del Señor, con otras dos sus pies y con otras dos volaban.

Y daban voces el uno y el otro, y decían: «Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llena está la tierra de su gloria.»

Y estremeciéronse los dinteles y quicios a la voz del que gritaba, y llenóse la cara de humo.

Y dije: ¡Ay de mí! ¿Por qué callé? Que yo soy hombre de labios impuros, y yo habito en medio de un pueblo que tiene los labios contaminados, y he visto con mis ojos al Rey Señor de los ejércitos.

Y voló hacia mí uno de los serafines, y en su mano llevaba una piedrecita que con unas tenazas había tomado del altar.

Y tocó mi boca, y dijo: «Mira que ésto ha tocado tus labios, y será quitada tu iniquidad, y lavado será tu pecado.»

Y oí la voz del Señor, que decía: «¿A quién enviaré? ¿O quién irá por nosotros?» Y dije: «Aquí estoy; envíame.»

Y dijo: «Anda, y dirás a este pueblo: Oid, oyentes,

y no lo entendáis; y ved la visión, y no la conozcáis.

Ciega el corazón de este pueblo y aprieta sus orejas y cierra sus ojos, no sea que vea con sus ojos y oiga con sus orejas, y se convierta y le sane.»

Y dije: «¿Hasta cuándo, señor?» Y dijo: «Hasta que queden asoladas las ciudades, sin un habitante, y las casas sin hombres y la Tierra quedara desierta.»

«Y echará lejos el señor a los hombres, y se multiplicará la que había sido desamparada en medio de la Tierra.

Y todavía en ella, la décima parte, se convertirá y servirá para muestra como terebinto, y como encina que extiende sus ramas: linaje santo será lo que de ella quedare.»

¿Qué significan estas tinieblas y oscuridades? La *Cábala* judía dice: «De todo el pueblo de Israel, sólo se ha salvado el *Talmud* y los doctores que redactaron su Ghemara».

Y la *Cábala* católica dice: «Sólo quedó del naufragio de Israel el grupo de los Apóstoles y las *Santas Escrituras.*»

En el capítulo I de la profecía de Ezequiel dice este profeta que se abrieron los cielos y vió visiones.

«Y miré, y he aquí que vino del aquilón un viento de torbellino y una muy grande nube envolviendo fuego, y gran esplendor en su circuito, y de en medio de él como apariencia de electro, esto es, en medio del fuego.

Y en medio de él habia la apariencia de cuatro ani-

males, y aunque éste era su aspecto, en ellos se veía la semejanza con el hombre.

Cuatro caras tenía cada uno.

Sus pies eran pies derechos, y la planta de sus pies como la pezuña de un becerro y arrojaban centellas como aspecto de cobre encendido.

.....

Y era la semejanza del rostro de ellos cara de hombre y cara de león, a la derecha de los mismos cuatro; cara de buey, a la izquierda de los mismos cuatro, y cara de águila, en lo alto de los mismos cuatro.

Y cuando yo miraba a los animales apareció una rueda sobre la tierra, junto a los animales, la cual tenía cuatro caras.

Y el aspecto de las ruedas y obra de ellas, como la vista del mar, y una misma la semejanza de todos cuatro, y el aspecto y obra de ellos como si estuviese una rueda en medio de otra rueda. Iban constantemente por los cuatro lados y no se volvían cuando andaban.

Andaban los animales, y las ruedas los seguían, porque había en las ruedas espíritu de vida.

Y sobre las cabezas de los animales una imagen del firmamento como aspecto de un cristal espantoso, extendido arriba por encima de sus cabezas.

Y debajo del firmamento las alas de ellos derechas del uno al otro: cada uno con dos alas cubría su cuerpo y el otro del mismo modo se cubría.

Y oía yo el sonido de las alas como sonido de muchas aguas, casi como el sonido del Dios Sublime; cuando andaban, el sonido era como de muchedum-

bre, como ruido de campamento. Y cuando se paraban, bajaban sus alas.

Porque cuando sonaba la voz sobre el firmamento, que estaba sobre sus cabezas, se quedaban en pie, quietos, y abatían sus alas.

Y sobre el firmamento, que estaba sobre sus cabezas, había una apariencia de trono hecho de piedra zafiro, y sobre el trono una imagen con aspecto de hombre.

Y vi, como apariencia de electro, a manera de aspecto de fuego, corriendo por su interior y dibujando el contorno desde sus lomos hasta arriba, y desde sus lomos hacia abajo, vi como apariencia de fuego resplandeciente alrededor.

Como el aspecto del Arco Iris cuando se forma en una nube en día de lluvia. Este era el aspecto del resplandor en todo su giro...

Y después una mano enviada expresamente a mí, que sujetaba un libro arrollado, lo abrió ante mis ojos; estaba escrito dentro y fuera, y había escritas en él lamentaciones, versos y ayes (1).

Y me dijo: «Hijo del Hombre: come cuanto encuentres, come ese volumen, y marcha para hablar a los hijos de Israel» (2).

Aquí también la interpretación se divide. Dicen los judíos: «Ese libro es el *Talmud*», y afirman los cristianos: «Ese libro es el *Nuevo Testamento*».

Ahora debo de confesar, con rubor, que los núme-

(1) Cap. II.
(2) Cap. III.

ros y las letras obedecían ciegamente a las dos conclusiones.

Y me temo que también se prestarían a una tercera.

En el cap. X se cuenta la visión de Ezequiel, descubriendo el firmamento, que está sobre la cabeza de los querubines, y el trono, que es de una sola piedra, zafiro. Y habló el hombre, que estaba vestido de lienzos, y se llenó la casa de nubes, y el patio con el resplandor de gloria del Señor.

Había cuatro querubines y cuatro ruedas que les seguían a todas partes, como si fueran parte íntegra de aquellos querubes.

Y cada querubín tenía un rostro distinto. El primero, cara de querubín; el segundo, de hombre; el tercero, de león, y el cuarto, de águila.

Aunque no faltan traductores que ponen las cuatro caras a cada querubín, Ezequiel los reconoce por haberlos visto en Chovar.

«Mas en esto salió la gloria del Señor del umbral del templo, y se puso sobre los querubines.

Y alzando los querubines sus alas, remontaron la Tierra delante de mí; y saliendo ellos, les siguieron también las ruedas y se paró todo a la entrada de la puerta oriental, y la gloria del Dios de Israel estaba sobre ellos.»

En el último capítulo de la profecía de Daniel, o sea el XII, pues los otros que siguen los copió San Jerónimo de la versión de Teodosion, se leen cosas sorprendentes, y se da la orden misteriosa de tenerlas en secreto (*Sod*).

De las maravillas que se cuentan y del mandato de tenerlas ocultas hace presa la *Cábala* para hablar de una doctrina esotérica, secreta, oculta y misteriosa.

Dice el versículo 3, número XII: «Mas los que hubiesen sido sabios, brillarán casi como la luz del firmamento; y los que enseñan a muchos para la justicia, como estrellas por toda la eternidad.

Pero, tú, Daniel, ten cerradas estas palabras y sella el libro hasta el tiempo determinado; muchos lo repasarán y se multiplicará la ciencia.»

Y cuando le pregunta el varón que está en pie sobre las aguas de río, en qué época se cumplirán estas profecías, el desconocido contesta levantando los brazos al cielo: «En el tiempo y los tiempos y la mitad del tiempo: *In tempus et tempora el dimidium temporis*».

¿Qué significa este enigma? Los comentadores a la llana, dicen: tiempo y medio y dos tiempos, son tres años y medio.

Pero los que quieren ahondar en las cosas ocultas se valen de la *Gnematría*, y hallan que esos tiempos anunciados indican el año 754; Roma en el reinado de Augusto, el 25 de diciembre, día en que nació Jesús, en los momentos en que se cumplía el censo de *Cirino*. (1)

Daniel recuerda en esta profecía la de Jeremías de los setenta años que habían de transcurrir hasta el fin de la cautividad de los israelitas en Babilonia. Exami-

(1) Ya se sabe que la fecha del nacimiento de Jesús es la mayor de las dudas. Entre rabí Nahasen y las tablas de Mulero, hay más de tres mil años de diferencia.

nado el vaticinio en sus pormenores, vemos que el profeta anuncia, a contar desde la orden de Artajerjes a Esdras para reedificar a Jerusalén y al templo, dan comienzo las siete semanas de años. Cumplidas otras sesenta y dos semanas (434 años) confirmará el Mesías su alianza con los hombres por medio de su predicación, y en la mitad de la septuagésima semana pondrá fin con su muerte a la epopeya de la redención.

Pero los judíos sacaron otras cuentas (ya vemos cuán fácil es inventar a los cabalistas lo que les conviene), y dicen que el Mesías vendrá mucho después, dos mil años, próximamente, más tarde.

Otros ocultistas aseguran, con Maimonides, que el Mesías será el último engendrado.

Los discípulos de madama Blawasky aseguran que el Cristo nació, hace unos quince años, en una aldea de la India inglesa rodeada de juncales.

Mas ahora resulta que el padre natural del Mesías indo, ha reclamado la paternidad del futuro Salvador ante los Tribunales, y un juez auténtico de la propia Inglaterra, con toga negra y peluca de tres martillos, ha reconocido que el supuesto Mesías es hijo legítimo de un indio cargador, y le ha entregado a su padre, más o menos putativo, sin temer los castigos del cielo.

¿Qué harán ahora con las estrellitas de plata sus poseedores?

Es más difícil de lo que parece inventar los Reyes Magos, aun teniendo incienso, mirra y oro en abundancia.

CAPITULO XII

La *Cábala* transforma odios.—El Mesías oculto.—Un banquete monstruo.—El vino de Adán y el pez Leviathán en salmuera.—Dios estudia el *Talmud*.—Jehová llorando sobre las olas.—Un rabí declarado asno.—Miedo cortés de los judíos.—Insultos a Jesús, de viva voz.—El pueblo de Israel, verdadero Mesías.—Una blasfemia que equivale a una confesión.—Injurias que confirman en la fe.—El color de la luz permanece.

La «Cábala» transforma el odio judío.—Los estudios del *Zohar* han demostrado que las profecías se han cumplido en Jesús de Nazareth; muchos judíos sensatos y filósofos lo atestiguan empleando los datos de la Sinagoga. Otros, sorprendidos de las coincidencias históricas y de los cálculos antiguos y modernos, imaginan explicaciones fantásticas para conciliar las palabras de los profetas con su ceguera proverbial.

Algunos rabíes sostienen que el Mesías nació a su tiempo, como estaba prefijado, y vive escondido, sin envejecer, esperando a manifestarse entre su pueblo, a que surja «el día en que Israel haya celebrado, como debe, el Sábado» (1).

(1) Bail: *Les Juifs du XIX siècle.*

Palabras son éstas de Bail, autor brioso que, por sus calurosas defensas de los hebreos, ha sido llamado «el abogado de los circuncisos».

Tales indecisiones acerca del Mesías sobre si vino ya, o no ha venido aún, o si está latente, burlando el tiempo hasta el gran día de la reedificación del Templo, conducen a los mayores absurdos.

Dejaré la palabra a Bail para probarlo: «Puede asegurarse que el Mesías dará a su pueblo reunido y congregado en la tierra de Canaán, un banquete en que el vino será el mismo que recolectó y crió Adán, cuyo mosto secular se ha conservado por los Angeles en las enormes bodegas del centro de la tierra. En esta comida se servirá, como plato de entrada, el famoso pescado Leviathán, que se traga de un golpe todo pez más pequeño que él.» La longitud del Leviathán se calcula en doscientas o trescientas leguas.

«Dios había criado al principio el macho y la hembra de esta raza singular; pero como su descendencia hubiese ocasionado graves disturbios, Jehová, dándose, afortunadamente, cuenta de esta complicación, mató a la hembra, la cual conserva salada para servirla en el festín del Mesías.»

Parece mentira que se hayan podido escribir estas extravagancias; pero es notorio que el libro de Bail se agotó, y que todos los años aparecen nuevas ediciones de este recreo de caminantes.

Según algunos rabíes, antes de que se publicase el *Talmud*, Dios no tenía necesidad de consultar a nadie y resolvía los problemas con arreglo a su saber; pero, publicado el *Talmud*, ha tenido necesidad de leerle

para instruirse. A diario le dedica seis horas de repaso, y a menudo consulta con los rabíes muertos que tienen escuela en el cielo para instrucción de los elegidos. Con frecuencia, afirma sin reirse Rabí Measchem, que, a falta de los sabios del cielo, Dios ha pedido opinión a los rabinos de la tierra para resolver cuestiones y disputas que, en forma de rezos, elevan los hombres al cielo.

«El Santo Dios se arrepiente de la dispersión de los judíos. Todos los días deja caer dos gruesas lágrimas sobre el mar; el estrépito que producen se oye perfectamente de un confín a otro del mundo» (1).

Avergüenza el tener que publicar tales bagatelas; pero es necesario hacerlo así para explicar los cambios que en sus creencias arraigadas han sufrido los israelitas.

En el tratado *Baba Bathra* (2), se lee: «Un sabio en Israel oyó que un día Dios exclamaba: «¡Desgracia»do de mí! ¿Quién me absolverá de mi juramento?» Cuando el rabí contó el suceso a sus colegas, éstos le apostrofaron llamándole asno, por no haber desligado en el acto a Dios de su juramento.»

En hombres que fingen tener tan alta idea de Dios no se comprende esta blasfemia: «Dios es la causa de los pecados que se cometen y se han cometido sobre la tierra, porque es él quien ha creado la naturaleza depravada del hombre» (3).

Podría yo con facilidad citar mil ridiculeces como

(1) *Talmud*: Tratado *Berachot*.
(2) *Talmud*: Tratado *Baba Bathra*.
(3) *Talmud*: Tratado *Berachot*.

éstas; pero no odio a los judíos y, francamente, creo que es hora de indultarlos. Demasiado tiempo han tenido sobre sus cabezas la maldición de Moisés.

Reconozco que hace siglos vienen ellos mismos dulcificándose; en la *Mischna* hubo siempre injurias contra Jesús de Nazareth; pero las persecuciones y los castigos de los poderes cristianos les obligaron a suprimirlas.

La primera enmienda se hizo en la edición del *Talmud* hecha en Bale en 1581; los censores Marius Marinus, Italus Brixiensis y Petrus Cavalerius suprimieron las palabras gruesas contra Cristo y el tratado de *Aboda-Zora* o de la idolatría; pero conviene no olvidar, dicen los católicos, que las injurias y denuestos se reprodujeron en la nueva edición de Cracovia.

El encono de los católicos fué tan grande con este motivo, que los judíos temerosos, reunidos en Sínodo, en Polonia, el año 1631, intentaron retractarse.

Sin embargo, la Encíclica hebraica dirigida a los fieles, contiene este pasaje: «Mandamos, bajo pena de excomunión mayor, que no se imprima nada, ya sea de la *Mischna* o de la *Ghemara*, que tenga relación, en bien o en mal, con los actos de Jesús el Nazareno... Nosotros ordenamos, en consecuencia, que se deje en blanco en las nuevas ediciones las frases y juicios que se refieran a Jesús el Nazareno, poniendo en su lugar un círculo como este, O, que advertirá a los sabios y maestros de escuela para enseñar a la juventud tales referencias de viva voz. Por medio de esta precaución los sabios nazarenos no tendrán pretexto para atacarnos.»

Estas aberraciones seculares sólo tienen lugar en las luchas religiosas; pero un historiador no debe agravarlas con juicios despectivos. Fué un fruto de la época.

Señalo como ciertos los distintos criterios: para Maimonides, Jesús es un hereje; para los talmudistas antiguos, un impostor; los sabios del siglo último sospechan la venida del Mesías, pero le tienen oculto hasta que el pueblo de Israel, reedificado el templo, coma el Leviathán, puesto en salmuera por el mismo Jehová.

A tales transacciones y rectificaciones les ha llevado, a unos la lectura del *Zohar*, a otros el manejo constante de la *Cábala*. El légamo de las calumnias ha desaparecido.

Ahora mismo se inicia un nuevo movimiento menos antipático; ya no se piensa en el Mesías hombre que ha de tener en sus manos el cetro de Judá; una fábula más pintoresca se está fraguando en las fecundas imaginaciones de los rabíes; se trata de traspasar íntegra al pueblo de Israel la representación verdadera, auténtica, del Mesías. Es el pueblo escogido el que, como enviado de Dios, debe regenerar este mundo carcomido por la falta de fe; son los judíos los encargados de educar a los demás pueblos, para lo cual es preciso que se unan y formen la falange victoriosa que ha de conquistar el reino de Dios.

¿Nos predicarán el *Talmud?* ¿Conquistarán el mundo con la *Mischna* o alegrarán los ocios con las historietas de la *Ghemara?* ¿Nos convencerán a hierro y fuego?

Se atribuye a uno de los multimillonarios, de apellido Rostchild, esta frase impía: «Los judíos somos, ante todo, tozudos; uno de mis paisanos se empeñó, hace dos mil años, en ser Dios, y todavía lo es.»

El final es una confesión seria de las dudas y titubeos de los espíritus caducos; ya era tiempo de que un judío con alguna instrucción reconociese, aunque burlonamente, la venida del Mesías.

La *Cábala*, con sus agudezas y claridades llenas de encanto y de poesía, ha logrado lo que la sangre de los mártires no pudo alcanzar, convencer a los judíos.

El encono de los burlados israelitas injuriando a Jesús el Nazareno, ha afirmado la personalidad humana del Mesías; porque si no hubiera existido un Jesús en quien se cumpliesen las profecías, ¿qué necesidad había de que los rabíes le abofeteasen en el *Talmud?*

Las injurias comprueban su existencia física, y el pueblo de Israel, dominado por las profecías, ha acabado por rendirse a discreción.

Si así es, merecerán los judíos que se borre la maldición de Moisés y que se les entregue la tierra de promisión a juro de heredad, para ellos y sus descendientes.

Con una condición: que no tomen en serio el papel de Mesías y nos dejen vivir.

Pueblo tan versátil, testarudo y tornadizo, no puede ser el legítimo enviado de Dios.

Para terminar, contaré que, habiendo leído en la *Cábala* de Eliphas Leví, el mago moderno, que a él le era fácil cambiar el color de la luz con sólo repetir

unas palabras del *Zohar,* quise comprobar la afirmación.

Al efecto, estando en la cátedra del Ateneo dando una conferencia acerca del *Libro del Esplendor*, dije con toda unción los vocablos escogidos por Eliphas Leví, que gozaban de tan singular virtud; pero confieso que el fracaso fué enorme y grande la desilusión: las luces no cambiaron de color.

Sospecho que igual éxito tendrá la predicación del pueblo-Mesías.

BUSCANDO EL PARAÍSO

Advertencia preliminar.

Hace mucho tiempo que está en mi poder este manuscrito que hoy se imprime.

Entre bromas y veras se afirma en él la existencia de una ciencia oculta, de la cual no se habla en las Universidades.

Para buscar el lugar donde estuvo el Paraíso descrito por Moisés en la *Biblia*, utiliza los procedimientos de la *Guematría* divulgados por la *Cábala* hebrea.

Esta es la razón de que lo incluya en este libro.

Mi propósito es que satisfaga la curiosidad del lector.

Y si me engaño, pido al que leyere mil perdones.

CAPITULO PRIMERO

Pregunta: ¿Existe la magia?

Quiero brevedad, piérdome por brevas.

Sabía que mi amigo Juan estaba dedicado a la magia, y como los tiempos exigen coserse la boca a dos cabos, fuí a entretenerme con sus revelaciones inverosímiles para olvidar los males de la República.

Hallé a Juan como siempre: embutido en el sillón, pegado a la mesa de despacho, leyendo libros viejos y tomando apuntes con una estilográfica. Le pregunté:

—¿Sigues investigando los efectos maravillosos de las causas desconocidas?

—Si te ríes de la magia eres un desgraciado, porque la filosofía oculta es la única ciencia verdadera—contestó severamente.

Me acordé entonces de aquel pobre Roscales que jugaba en el Casino, y cuando perdía una partida de importancia, exclamaba:

—Don Rafael, no se debe creer en brujas, porque es bobada que la santa Iglesia no consiente; pero que hay brujas, ¡don Rafael de mi alma!, es indudable.

Mas como quería distraerme con los raros conocimientos de Juan, aseguré formalmente que creía en la filosofía oculta y deseaba escuchar sus lecciones.

Declarado catecúmeno, mi amigo dobló el infolio que tenía delante, hizo girar el sillón, me miró con fijeza y dijo:

—La magia es el conocimiento universal de las cosas humanas, sobrenaturales y divinas, por cuya virtud se averiguan cosas insólitas y maravillosas que exceden la común opinión e ingenio de los hombres.

De Adán a Jesús (perdón por el ultraje al Salvador), todos los sabios verdaderos han sido magos.

Como prueba de esta afirmación dogmática masculló tres o cuatro latines, que yo suprimo por no molestar a los lectores. Los latines ininteligibles son buñuelos de viento con que adornan su ignorancia los eruditos; un latín que cae volteando desde el púlpito tiene fragancia de santidad; el que se aduce en cátedras es coadyuvante del saber; el que brota de la conversación amistosa, petulancia y ridiculez, como las de aquel hidalgüelo de gotera blanda que encendía fanal en el atrio a costa del aceite de la ensalada.

Juan, sin atender a estas razones que saltaban en en el interior, claro está, de mi mente, continuó de este modo la exposición de su esotérica doctrina:

—Cuando se descubrió la piedra imán, el género humano quedó sorprendido con esta incomprensible fuerza que, sin realidad aparente, por un cabo atrae

el acero y por otro violentamente lo rechaza. Aún está por definir la traza inexplicada según la cual la piedra llamada *bellavelo*, que contiene una niña de los ojos dentro de un cerquillo blanco, traída en los dedos de las manos aguza la vista.

Hice un gesto de incredulidad, que rechazó mi amigo, diciendo:

—¿Qué razón puede haber para que las plantas, que en algunas de sus partes figuran una cabeza humana, aplicadas al sitio enfermo atajen y enmohezcan los dolores neurálgicos y agudos? Secreto es éste que persigue inútilmente la Medicina moderna, a pesar de que lo denuncian las adormideras y peonías.

Tal vez puso el Creador esta semejanza para que diese indicio y conjetura de su virtud la planta misma.

La Naturaleza nos indica hechos claramente milagrosos, como si las cosas insensibles e inorgánicas poseyesen sentidos delicadísimos que escapan a nuestra percepción. En Palencia existe una fuente misteriosa de quietud aparente y nivel fijo; si se toca o tañe cerca de ella algún instrumento músico, al punto que el aire vibra, brilla el agua, relumbra con los colores del iris y se sale de sus márgenes, como llevada y sobreexcitada de la música; en Calabria hay una fuente que, cuando alguien se dirige a ella, deja de manar. Casiodoro cita cierto manantial que brota en Aretusa, el cual, siendo de aguas puras y transparentes, se enturbia luego que alguien se mira en ellas. La fuente de Peña Sagrada, que está junto a Madrid, en el verano está llena y en el invierno seca.

Quise protestar, pero me lo impidió este borbotón de palabras:

—Antígono Cansio cita una sal que, echada en el fuego, se deshacía, mientras que en el agua saltaba con estrépito. En Málaca vive un árbol cuyas raíces, por la parte de Occidente, son muy venenosas, mientras que las que crecen por Oriente son antídoto y triaca de las otras. Todos los grandes cazadores saben que la sombra de la hiena enmudece a los perros. Míster Roosevelt mató a uno que juzgó cobarde. Plutarco asegura que si una cabra toma en la boca la yerba *eringio,* el ganado se detiene. La cal hidratada de conchas, el dátil de la palmera bouga y la hoja de betel, calman el hambre y la sed; son nuestros soldados de la guerra de Filipinas más cubiertos de gloria que de infortunio los que lo atestiguan.

Asentí a esto, por haber experimentado los efectos del *bullo.*

—¿Por qué los narcisos, las violetas, el oxiacanto y macasar florecen en pleno invierno?

La piedra tracia, según afirma Dioscórides, con la humedad se enciende, y echada al fuego, bañada en aceite, se apaga. Libiano cuenta de un sujeto que, estando en el aposento de un purgado, se purgó él y no el que tomó la pócima.

Grande es el poder de la tremielga o hugía, la cual, con su sola presencia en el caudal de un río, aprisiona todos los peces que se le acercan; insigne es el pez de Atota, que, cogido del pescador, le abrasa en fiebre ardiente hasta que recobra su libertad y se restituye al agua.

En el Japón crece un árbol que, arrancado de cuajo y tostado al sol, reverdece y brota; en Valencia hay un pescado que se llama *escorpa*, el cual, cuando se clava el anzuelo, comunica una descarga eléctrica al pescador, sin que nadie hasta ahora explique cómo el sedal y la caña transmiten el flúido.

No me sonreí por no interrumpir; pero conste que de todo esto no creí palabra. Juan continuó:

—¿Cómo explica la ciencia oficial estas atracciones, enemistades y sensibles rarezas?

Hace siglos que dice: «Ignoramos e ignoraremos»; confesión más cómoda que cierta, porque la magia oculta tiene espejo para los ciegos y para los idiotas atril; mas como dijo San Pablo: «No es posible mostrar a los ignorantes lo escondido, sin agravio.»

Fácil es a esta filosofía misteriosa explicar por qué algunas flores brillan en la obscuridad de la noche y qué influjo ejercen sobre los hombres las estrellas. Pero yo te pregunto: ¿conviene?

Quedé un instante suspenso, sin atreverme a resolver; porque sé de memoria que tan sólo un loco de remate fía a otro la mujer, deja que prueben su espada, caballo o escopeta, y que un desconocido cuente su dinero.

Y aún los hay tan obstinados que, por acabar con los ratones, prenden fuego a la casa.

Es refrán antiguo de viejo *tafur*: «Aunque juegues con tu abuelo, le darás un barajuelo», en que el diminutivo despectivo encubre con ropa de inocencia la malicia clásica de los tahures profesionales.

—Yo—dijo Juan—no revelaré estas ocultas verdades mientras no preceda a la divulgación un plebiscito demandándolo.

Al oir esta promesa me entró tal curiosidad, que no dejé de visitarle un solo día.

CAPITULO II

Motivo: Qué significa el vocablo Paraíso, y si el que Dios plantó en la Tierra fué verdadero o simbólico.

Discurso:

Aquella tarde Juan estuvo más expresivo que nunca; sus ojos verde mar tenían una extraña fosforescencia; la severidad del rostro no era bastante para apagar aquella luz misteriosa; su boca se llenó de verdades.

Yo escuchaba el relato sobrecogido, pero con tan profunda atención, que puedo repetir cuanto oí. He aquí lo que dijo: Paraíso, según San Jerónimo, significa lugar deleitoso y apacible. San Isidro lo deriva del griego *herctos*, huerto o jardín. Los autores modernos buscan en la voz persa *Pardes,* sitio ameno, el origen de Paraíso. La Iglesia estableció: en lo dudoso libertad. A la libertad me atengo.

Los antiguos gentiles tenían inventado en mitologia, para su gloria y bienaventuranza futuras, después de la vida terrenal, una especie de Paraíso a que lla-

maban Campos Elíseos, donde imaginaban que iban a parar las almas de los buenos. Situaron estos campos en una isla muy bella y agradable, consagrada a Venus, cuya isla, al correr de los tiempos, desapareció, hundiéndose en el mar como la fábula que le dió origen.

El Paraíso de la *Biblia* nada tuvo que ver con Venus, impúdica o generadora, según que la versión y biografía partan de los estoicos o de los epicúreos, ni estuvo enclavado en isla alguna, aunque esta isla fuese tan hermosa como el *canastillo de flores* del estrecho de Malaca.

Españoles maestros del ocultismo, como el P. Hernando Castrillo, aseguran que el Paraíso lo puso Dios en Andalucía, junto a Jerez de la Frontera, en las huertas que hoy se llaman de Sidueña, pegadas a la ribera del río, que nosotros designamos con el apelativo de Guadalete por injerto árabe en nuestra lengua castiza, y los antiguos conocieron con el nombre más armónico de Leteo.

No olviden los lectores crédulos que Hernando Castrillo era natural de Cádiz, y quizá el amor a la región natal le llevó a rectificar caprichosamente la *Biblia*. Moisés escribió el *Génesis* en Egipto o en Asia, peregrinando como caudillo nómada, y asegura en el *Bereschit* que el Paraíso lo plantó Dios al Levante, y Cádiz, como Jerez y el Guadalete, quedan a Poniente de la pluma del Profeta.

Casanco refiere haber leído en las obras de Felipe el bergonense que en este planeta que habitamos hay o hubo (para hablar con toda exactitud) seis jardines

admirables; pero ninguno—dice—tenía punto de comparación con el que plantó el Señor nuestro Dios en el principio del mundo.

En él, como escribe San Isidoro, había toda clase, especie y género, de árboles frutales, y otros apacibles a la vista y suaves al gusto, que se repartieron por toda la tierra.

Platón habló del Paraíso en el Symposio, o porque tuviese noticia cierta de él o porque sus grandes estudios se lo hiciesen adivinar.

Advierte Eusebio que le llamó, a la usanza pagana, *Huerto de Júpiter*.

Esta semejanza en el concepto es menos sorprendente de lo que parece, porque el maestro del tirano Dionisios estuvo en Egipto y allí pudo leer las *Santas Escrituras*, según insinúa San Agustín y yo firmemente creo.

Las cláusulas de Platón acerca de este punto, dicen: «Los hombres pasaron la primera edad en un lugar lleno de deleites, en vida soberana y divina, por no necesitar de cosa alguna, ya que todas las criaturas, espontáneas y perfectas, procedían de la tierra. No había entonces República, partos ni crianza de hijos; nacían los hombres de la misma tierra (*guegueneis*), y aunque carecían de vestido, no padecían molestia alguna por estar favorecidos de tal madre y de las influencias cariñosas del cielo, cuyas mudanzas no ofendían por sucederse con suma templanza y suavidad.»

Mejor detalló las señas del verdadero Paraíso Lactancio Firmiano, cuando lo dibujó así: «Que era un lu-

gar de toda amenidad, sin montes ni valles, sin frío y sin calor en demasía: lleno de árboles perpetuamente verdes, y tan alto—dice—, que no llega a él el agua del Deucalión; donde no había sed ni hambre, y a cuyo suelo no alcanzaban las nieves, las tempestades ni otras inclemencias. En el centro del jardín manaba una fuente llamada «Viva», de tan abundantes aguas, que cada mes regaba el bosque hasta saciar sus raíces.»

Refiere San Jerónimo que algunos autores hebreos, entre los cuales pone a Filón de Alejandría, creían que Dios plantó el Paraíso antes de la creación de las demás criaturas, fundándose en lo escrito por Moisés: Dios le plantó al principio. «Pero tal parecer—añade el santo doctor—no contiene fundamento alguno, pues hasta el tercer día, o tercer ciclo o época, el agua no se apartó de la tierra.»

Muchos doctores de la Iglesia disputan si la fundación del Paraíso fué real o parabólica.

Orígenes sostiene que las palabras de Moisés son simbólicas, y, lleno de buena fe, le atribuye gratuitamente igual sentimiento a San Ambrosio, de cuya calumnia, más inocente que pérfida, le libran Molina, Suárez y Granado con numerosas razones que no aporto.

Realmente, Moisés habla de un huerto real y corporal, plantado en determinada parte de la tierra, con árboles hermosos y ríos de poética y amena corriente. Pero cualquiera enfrena la imaginación de los escritores; algunos afirman que el Paraíso está en el tercer Cielo, adonde fué arrebatado Pablo el Apóstol; un

teólogo llamado Estrabón, citado en la *Glosa ordinaria*, mantiene que el Paraíso, por su altitud, tocaba en el cerco de la Luna; y aunque el escritor sagrado escribió que las aguas del diluvio subieron quince codos por encima de los más altos montes, esta profundidad se entiende de los que están debajo de la segunda capa del aire, donde se espesan y congelan las nubes; lo cual no se comprende más que en el caso del Paraíso metafórico, porque si fuera un jardín de veras, debiendo estar en la región del fuego o cerca de ella, sería inhabitable morada para los hombres, pues el exceso de calor obstruiría, sin poderlo evitar, lo primoroso y apacible de este lugar de delicias. Lo mismo diría si se mantiene que en el cerco de la Luna hay nieves perpetuas. Tanto quema el calor como el frío.

El simbolismo se opone a la descripción que del Paraíso hace el Profeta, el cual detalla los ríos, el bosque, los árboles, y refiere cómo en la puerta de este ameno oasis puso Dios un Querubín con espada de fuego para impedir que entrasen Adán y Eva. Se habla en la *Biblia* de un hecho, se describe el lugar de la escena, se pintan las mandrágoras. Tomar las afirmaciones taxativas por quimeras y espejismos, es extravagancia que ni al mismo talento de Filón de Alejandría excusa. Es ver jeroglíficos donde están los párrafos dictados por Dios.

Doy por indiscutible que el Paraíso existió: ¿en dónde está hoy?

Caben dos teorías: una, que las aguas del diluvio universal lo destruyesen o modificasen; otra, que por

especial providencia divina permanezca oculto para que no le gocemos los que soportamos hace siglos la primera culpa, la feliz culpa que hizo posible la Redención.

—Entonces—interrumpí yo—, ¿es imposible averiguar en dónde estuvo el Paraíso?

Juan me miró compasivo y dejó caer de sus labios estas palabras alentadoras, que me llenaron de ansiedad:

—Yo sé en qué parte de la tierra plantó Dios el Paraíso.

—Habla.

—Otro día: la ciencia no es una impúdica cortesana que se entrega a cualquier amante. Hay un período de prueba para merecer el premio: descansa, reflexiona. Te lo diré en otra ocasión, muy pronto, ahora estoy cansado, mis párpados se entornan. Déjame soñar... Sin los sentidos no hay investigación posible; pero, ¿cuánto estorban los sentidos al alma?

CAPITULO III

Problema: Acerca del Paraíso, ¿habló Moisés en metáfora?

Solución: Ayer tarde hallé à mi amigo Juan con las gafas puestas, absorto, leyendo un libro viejo. No me sintió entrar en su biblioteca, y aun tuve que poner mi mano sobre su hombro para conseguir que levantase los ojos hacia mí.

—¿Qué lees?—le pregunté con respeto.

—Las *Alegorías de la Thorah*, escritas por Filón.

—Te confieso mi ignorancia; no sé quién fué Filón.

—Un sabio de origen hebreo, nacido en Alejandría, de Egipto, aproximadamente veinte años antes de Jesús de Nazareth. Este cálculo resulta probable, porque en el escrito redactado por él (*Legatio ad Caium)*, «Memorial a C. Calígula», Filón a sí mismo se llama viejo (presbíteros), y como la reclamación citada fué escrita, cuarenta y un años después de Jesucristo, se supone que, al declararse entonces viejo, excedía a Jesús por lo menos en veinte años de edad, ya que es difícil e increíble que nadie se tenga por viejo antes de cumplir sesenta, y menos aún que lo confiese sin apremio.

Aunque conoció intensamente a Platón y a Aristó-

teles, no desdeñó jamás seguir las orientaciones de la literatura y moral populares engendrados por el estoicismo, sirviendo a las gentes egipcias el agua pura de los manantiales helenos en odres judíos, adornados de jeroglíficos. Fué un hebreo ilustre, vestido con el ropaje de la Grecia clásica; judío dentro, griego por fuera, con dejos y vislumbres de egipcio.

—¿Habla del Paraíso?

—Sí, pero de un modo que parece se fisga de Moisés. Escucha uno de sus sabrosos comentarios al *Bereschit.* El lema es este: «Y Dios plantó el Paraíso en Edén, al Levante.» Glosa: La sabiduría educada y celeste es, como está demostrado, polinómina o de muchos nombres; se la ha llamado principio, imagen y visión de Dios. Constituye el modelo y arquetipo cuya imitación corresponde a la ciencia terrestre, indicada de propósito con la plantación del Paraíso.

Pues, en efecto; el pensamiento humano, sin ser invadido por una gran piedad, no puede creer que Dios trabajó la tierra y plantó jardines.

¿Y por qué no lo haría? Nos sorprende de pronto una dificultad; sin duda no lo haría por darse un lugar de reposo agradable, lleno de encantos; tal mitología jamás se me hubiese ocurrido. La totalidad del mundo entero no sería digna habitación de Dios; es Él, únicamente, el que se da a sí mismo lugar; Él está lleno de sí mismo; las demás cosas, pobres, solitarias, vacías; Él las llena y contiene, y Él sólo no puede ser contenido por ninguna; porque Èl es en sí mismo: uno y todo.

Por piedad a nuestra raza, Dios arraigó como sos-

tén contra las enfermedades del alma la virtud terrestre, imitación y trasunto de la virtud celeste y ejemplar.

La virtud terrestre ha sido llamada, por comparación, Paraíso; y el lugar propio del Paraíso es el Edén, que significa: vida delicada, porque convienen a la virtud la paz, la felicidad y la alegría, que constituyen verdaderamente la vida delicada, difícil y exquisita.

El jardín del Paraíso está al Levante, porque la recta razón no se doblega ni se abate, antes por naturaleza se yergue y levanta siempre, como el Sol cuando se levanta lleno de luz en la obscuridad del aire; así yo pienso que la virtud, al erguirse y atiesarse en el alma, ilumina su noche y disipa sus profundas tinieblas.

Surge del Edén una fuente que riega el Paraíso; de allí se parte en cuatro brazos. El nombre de uno es Phison, rodea toda la tierra de Evilat, allá donde existe el oro... El nombre del segundo río es Gehon, que baña toda la tierra de Etiopía. El tercer río es el Tigris, que corre frente a la Asiria. El cuarto río es el Eufrates (*Gén.*, 2-10-14). Por estos ríos se quieren señalar las virtudes particulares, que no son más que cuatro: justicia, prudencia, fortaleza y templanza.

La gran fuente de donde emanan los cuatro ríos es la virtud genérica que he denominado bondad; los cuatro ríos son las virtudes particulares.

La virtud genérica tiene su principio en el Edén, sabiduría de Dios, o sea la alegría, la felicidad y las delicias; glorificando y alabando a su padre, Dios; las

virtudes específicas descienden de la virtud genérica, la cual, como un río, fecunda en cada hombre la recta conducta con las ondas cristalinas de las acciones honestas.

La fuente se divide en cuatro brazos, no en sentido material, mas por razón de principios, porque cada virtud es verdaderamente en sí dueña y reina, autónoma. Se divide, quiere decir que está limitada por ajenas determinaciones; la prudencia tantea las acciones futuras y pone a los actos presentes sus reparos; la fortaleza enumera apremios que han de soportarse; la templanza elige y separa; la justicia atribuye y recompensa.

«El nombre de uno de los ríos es Phison.» Una de las cuatro especies de virtud es la prudencia, que Moisés llamó Phison. Este vocablo viene de abstenerse («phaidestai»), y guarda el alma de injusticias. Como ves, Filón maneja la filología como si fuese una espada. El río Phison avanza como una ronda armada alrededor de la torre de Evilat. Esta frase quiere decir: pone todos sus cuidados y actividad en no salir de la beneficencia, afabilidad y dulzura, tonalidades del ánimo que el profeta representa, por el oro y las piedras preciosas.

La expresión «allí donde hay oro» no está tomada en sentido material, sino que indica aquel sitio ignorado, aunque famoso y apetecido, en que está emplazada la prudencia, virtud que posee el brillo del oro y que ya se sabe que consiste en la más bella y completa posesión de Dios. Pero en los confines de la prudencia, al que trabaja con prudencia, Moisés lo ha

comparado al carbunclo y a la piedra verde, que son más preciosos que el oro. Las piedras preciosas en este párrafo del *Bereschit* son grados y categorías de superior existencia.

El segundo río es Gehon, que rodea toda la haz de Etiopía. Simbólicamente, este río representa la fortaleza; porque la traducción exacta de la voz hebraica Gehon es pecho o topetazo; dentro del pecho está el corazón, entraña en donde se asienta el valor y se prepara la defensa, y topetazo lleva consigo las nociones de vigor y poder, de fuerza y energía.

Este río sitia y envuelve a la Etiopía. El vocablo *etiópico* se traduce en hebreo por pusilánime y equivale vulgarmente a bajeza, porque la pavura es baja cualidad, y el valor irreconciliable enemigo de la abyección y cobardía.

El tercer río es él Tigris. Este constituye la tercera virtud; la templanza, la cual castiga y fustiga al placer que, loco y ufano, cree dirigir las debilidades humanas.

«Corre por delante de los asirios.» Asirios en griego significa aquéllos que doman y dirigen.

Con el tigre, el más salvaje de los animales, pero también el más corajudo, compara el Profeta al deseo brutal, que la templanza sojuzga y domina.

La voz eufrates equivale a producción de frutos y, simbólicamente, es la cuarta virtud: la justicia; la cual en realidad es fructífera, ubérrima y pródiga en pensamientos bellos y generosas acciones, seleccionadas cosechas del espíritu humano.

¿Cuándo nace la justicia? Cuando las tres anteriores

partes del alma están de acuerdo. El acorde perfecto para ellas consiste en la dominación absoluta de la mejor; por ejemplo: cuando las facultades del corazón y del deseo son guiadas como los caballos de una cuádriga o de una biga, por la parte racional, entonces nace la justicia; porque es justo que siempre y en todo instante el superior ordene y el inferior obedezca; la parte razonable es, sin duda alguna, superior al corazón y a los deseos, y esa superioridad constituye el indiscutible título de su mando.

Volvamos a nuestro objeto: Phison se traduce por *cambio de boca,* y Evilat, por *parturienta*, aquella mujer que está con los dolores del parto; con ambas interpretaciones llegamos a la prudencia. El vulgo tiene por prudente al fecundo en discursos sofísticos, habilísimo en disimular sus pensamientos; pero Moisés sabe que un hombre tal, es amigo de la palabra, mas no de la prudencia.

En el cambio de boca o, mejor, de la palabra que interpreta el pensamiento, es donde se halla la prudencia, la cual no anida en los vocablos, sino en las prácticas virtuosas.

La prudencia rodea como de una muralla a Evilat (aquélla que está con los dolores del parto, esto es, la imprudencia) para sitiarla y destruirla. El nombre propio de la imprudencia es el que no pare; porque la inteligencia del insensato, deseando lo que no puede alcanzar, está constantemente con los dolores del parto, puesto que ambiciona a la continua riquezas, glorias o placeres, sin conseguirlo. El que no pasa de los dolores no pare nunca; por ley natural, el alma del malva-

do no arroja al mundo nada viable. Su ambición es parto que se aguarda y nunca llega. Esperanza y desilusión eternas.

—De manera que lo escrito por Moisés, ¿es un símbolo filosófico?

—Para Filón, de Alejandría, es un tratado oculto de Moral.

—¿Entonces el Paraíso?

—Para Filón no existe ni ha existido nunca. Filón tiende a suprimir en el *Pentateuco* lo sobrenatural; Moisés logra sin afectaciones acomodar y traducir lo divino en frases sublimes para que los hombres que teman subir al Sinaí, aquéllos a quienes aterrorice el resplandor de los rayos y el retumbar de los truenos, escuchen de su boca los preceptos y las revelaciones de Jeová, sin entrever ni aguardar la muerte a cada palabra que pronuncie el Altísimo.

Recorren ambos escritores dos caminos diametralmente opuestos: el sabio Filón, pegado a la tierra, se detiene sin pensarlo en los bosquecillos de la Academia ateniense; descansa en buena compañía, pero no va más allá; el Profeta Moisés escala las nubes, llega hasta la presencia de Dios, y su rostro iluminado, radiante de luz celeste, refleja por toda la eternidad la gloria del Creador. Los mortales venideros, como lo hicieron los antiguos, cerrarán los ojos a su paso para no cegar.

Hacer de las narraciones del *Génesis* una colección de jeroglíficos indescifrables, no es meditado, científico descubrimiento, sino adaptación egipcia inconsciente; triste, equivocada debilidad, merecedora por ello de

perdón. Las palabras de Moisés entusiasman por su sincera ingenua grandeza; los retorcimientos y símbolos del hebreo alejandrino, ataviado a la griega, son lujo retórico, vanidad filosófica, juegos de vocablos, dispuestos para desalumbrar a los amadores insustanciales de la metafísica alegórica; aticismo contrahecho, fuera de lugar y de motivo, sin enjundia y sin transcendencia.

No es lícito embellecer las hetairas de Lesbos con rosas de Jericó, ni confundir los cedros del Líbano con los plátanos atenienses.

CAPITULO IV

Tema: ¿En qué parte de la tierra plantó Dios el Paraíso?

Discurso: Siempre ha sido un misterio que ha escapado a la humana inteligencia señalar el sitio donde Dios plantó el Edén.

La confusión que rodea este suceso histórico molestaba mucho a San Ambrosio, hasta el punto de indignarse vanamente contra la inferioridad de su inteligencia.

San Agustín, más ingenuo y menos sentimental, afirma que si se aparta de este hecho la fe santa y sin condiciones ni trabas, no puede haber sentencia definitiva, porque dice: «Hay que confesarlo con tristeza: la verdad se ignora.»

Sin embargo, el profeta Moisés ha dicho lo bastante para que pueda situarse el Paraíso sin error aparente... Pero voy a examinar primero la opinión concreta de cuantos autores trataron de este difícil problema.

Juan de Pechan, citado por Lira, sostiene que estuvo en aquella parte del mundo terráqueo, en donde comenzó el movimiento de los ciclos por ser la más

noble, ya que de este modo nuestro planeta se acomodaba a los giros y armonías del Universo.

Pero, siendo la tierra una esfera próximamente al iniciarse la rotación, ¿qué parte es la primera que gira?

Y si Juan de Pechan habla de traslación alrededor del Sol, ¿cómo se puede suponer que el Paraíso, que el profeta sitúa al Levante, fuera plantado en el Polo Norte?

La frase de Pechan es bella en el concepto; pero inexacta, mordaz y traidora con respecto a los límites.

Celio Rodiginio, maestro de lo oculto, especifica que el Edén estuvo, o está, cerca de la línea equinoccial y que el querubín con espada de fuego que el Señor puso delante de su puerta para impedir la entrada, es la zona tórrida, que con su rescoldo constante impide las visitas de los curiosos.

Para justificar este fallo inocente, Rodiginio cita al historiador griego Anniano, a quien por su diligencia y cuidado en la averiguación de los hechos se le conoce con el honroso apelativo de investigador de la verdad. Anniano asegura que saliendo Hannon al gran mar (océano Atlántico) desde las columnas de Hércules (Cádiz) en un magnífico navío, dejando el Africa por Oriente, navegó hacia el Mediodía muchas singladuras, hasta que relámpagos terribles y continuos, acompañados de horrísonos truenos, le hicieron cambiar de rumbo, pues los ojos de los marineros se cegaban con aquel incendio continuo de las nubes y del agua.

Para Rodiginio tales resplandores, rayos y centellas

se escapaban de la espada del querubín bíblico; pero la explicación paradógica es demasiado insegura para creída por gente austera y laboriosa, que sabe que la fábula, por pintoresca que sea, no es buen camino para llegar al conocimiento cierto.

Consecuentes con esta tendencia de buscar en el excesivo calor la puerta condenada del Paraíso, algunos autores señalan la isla oriental (Ceylán) como punto indudable del Edén. Argensola Horta y otros sabios apuntan como prueba plena y fehaciente que una de las cumbres de sus grandes montañas se llama el *Pico de Adán*, en cuya cúspide se ve figurada la huella del pie del primer hombre, cuya longitud es de dos palmos.

Argensola asegura que en la isla de Ceylán vegeta además un árbol mediano, aunque muy esparrancado y grueso, de hojas menudas, que resplandece de noche con fulgor magnético inexplicable; y por esta inaudita circunstancia sospecharon los antiguos que pudiese ser el árbol de la vida o el de la ciencia del bien y del mal.

Mas no es el resplandor fundamento bastante para la probanza que se intenta, porque algunas flores de orquídea brillan en la obscuridad de las noches tormentosas; el pez Mino, aun después de muerto, le relucen los ojos con reflejos centelleantes, y hay un ave, en Hercina, cuyas alas chispean en la obscuridad y lanzan fuera de sí extrañas fosforencias. Flavio Josepho describe la hierba baar que crece en la Etiopía, la cual, en la primavera, a la hora del crepúsculo vespertino, resplandece y se ilumina como un ascua de fuego.

El historiador judío lleva su despreocupación científica y religiosa hasta compararla con la zarza de Moisés; pero no es ahora ocasión de atajarle en tan mal camino.

No; la isla de Ceylán, con ser muy hermosa y quizá la más bella, no es el sitio apropiado del Edén, entre otros pormenores que la excluyen, porque no manan en ella ninguno de los cuatro ríos que el profeta describe con pelos y señales en el *Bereschit (Génesis)*.

Pereira, autor de los pre-adamitas, todos los padres griegos y los insignes rabíes Himei, Aborsan, Bencorra y Salomón, están conformes en que Moisés no fantaseó, sino que señaló un lugar preciso; la versión de los *Setenta*, como la versión *Italia*, indican claramente que el lugar fué en Edén, al Oriente.

Aquí Edén no significa lugar de delicias, cuyo patronímico es la voz hebrea *Hadan*, deleitarse; sino que determina una región que está situada al Levante, la primera que emergió de las aguas y fué acariciada por el sol, la cordillera del Himalaya, tal vez en las laderas de Bolor, en ese punto del Asia en que conviven hombres blancos, negros y amarillos, y que los sabios han dado en llamar el *ombligo* del mundo.

Instalado el observador en la tierra de Canaán, verá siempre surgir el sol en la lejanía del horizonte por encima de esas montañas y con la luz de su disco de fuego acelerarse el movimiento y la vida del Cosmos.

Son aquellas regiones orientales ricas en piedras preciosas y nacaradas perlas, en aromas y perfumes; los montes traspasan la región del aire, y los ríos son

tan anchos que parece que se sorben el mar. Tantas maravillas contiene, que ésta y no otra debe ser la tierra escogida por Dios para plantar el jardín de la amenidad, donde el hombre feliz y sabio fué una semejanza de Dios.

Añade no pocos quilates a la verosimilitud de este supuesto el que el gran profeta Ezequiel, hablando de Tiro, aquella ciudad prostituta que para no ser olvidada repetía siempre, al son de la cítara, la canción del vicio, dice: que a Tiro venían gentes de Haran, de Chene y de Heden; luego Heden no era un adjetivo que calificaba el jardín o Paraíso plantado al Levante, sino una ciudad cercana a Tiro y con la cual comerciaba. San Crisóstomo y la mayor parte de los doctores de Occidente aseguran que Dios formó a Adán en el campo Damasceno y luego lo llevó al Paraíso, como parece deducirse del verbo *posuit*, empleado por San Jerónimo, lo cual acusa proximidad entre el campo de la creación y el huerto de los encantos y delicias. Aunque para Dios nada es imposible.

Mas esta hipótesis adolece de un defecto enorme; porque se toma la distancia en el sentido de humana comodidad, torpeza que no puede aplicarse al Creador; pues qué, ¿acaso Dios está sujeto al espacio ni al tiempo?

Alejandro de Alés y el Abulense emprenden a la carrera la empinada cuesta de lo enigmático y representativo. Ya te diré de dónde arranca tan sensible error, y cómo se combate. Mas demos tiempo al tiempo.

Juan abrió un rollo de pergaminos, buscó febrilmente entre sus hojas y me entregó una florecilla que conservaba muy lindo color de violeta, diciéndome:

—En este manuscrito de Moisés Maimonides está hace ocho siglos esta flor; no ha perdido las tintas, no ha perdido el perfume. Tómala y enséñasela a los botánicos; ninguno de ellos sabrá clasificarla. Es una especie extinguida. ¿Pertenecerá esta corola imperecedera a un árbol del Paraíso?

Un temblor nervioso agitó mi cuerpo, besé la flor y no me atreví ni a dar las gracias a mi amigo. Temía que sus pupilas de sabio traspasasen mi alma ignorante y cobarde.

CAPITULO V

Proposición: Apeo y deslinde del Paraíso.

Prueba: Aquella tarde encontré a mi amigo Juan en pie, inclinado sobre su mesa de escribir, con un compás en la mano derecha, mientras que con la izquierda sujetaba un pergamino que tendía a enrollarse cuando se dejaba libre.

—¿Qué haces? ¿Tiene algo la Geometría que rendir a la Magia?

—¡Quién sabe! Tal vez esté midiendo la superficie del Paraíso.

—¿Están conformes en la agrimensura los doctores?

—Desgraciadamente, no; pero podando exageraciones y mentiras es fácil la delimitación del área.

—Piensa alto, para que oyéndote salga de dudas. Ya sabes el interés que me inspiran estas recónditeces de la Historia.

Con gesto urbano Juan me invitó a sentarme, se arrellanó después en un vetusto sillón, y tras breve pausa comenzó a hablar con voz dulce y confiada de esta manera:

—Andan discordes las opiniones acerca de la magnitud, sitio y lugar donde estuvo plantado el Paraíso. Hugo Victorino dice que el jardín del deleite ocupaba toda la superficie de la tierra, y que la fuente o manantial que dió origen a los cuatro ríos es el mar; pero aquí hay un error manifiesto; Moisés escribió que los cuatro ríos salen del Paraíso y corren sobre la tierra adjunta. Si el Paraíso abarcaba toda la haz de la tierra, ¿cómo pudieron salir de ella los ríos que por sus nombres especifica el Profeta? Si Adán, después de su pecado, salió del Paraíso, y éste ocupaba la inmensidad del planeta, ¿en qué senda o camino puso su planta el hombre rojo?

No, y cien veces no; tal medida no puede admitirse, y Hugo Victorino hizo mal en copiarla de San Efren, gran teólogo y poeta insigne, sin sujetar la hipérbole del creyente inspirado a la rigidez matemática que imponen el cálculo y posesión de la verdad.

* * *

El Abulense, cegado por lo inmenso del número, reduce la cabida del Paraíso, y a ojo de buen cubero dice que no tenía más extensión que Francia o España.

Puestos en tren de achicar el huerto plantado por Dios, Ciruelo Dora y Alonso de la Vera Cruz lo enclavan en Palestina, junto al río Jordán y el valle de Pentécolis, cofinando con Sodoma. La prueba de su aserto la encuentran en el Génesis o *Bereschit*, cuan-

do Abraham invita a Lot a separarse porque la aridez de la tierra no permitía el composcuo de sus ganados; en el versículo 10, c. XIII, se lee: «Y alzó Lot los ojos y vió toda la llanura del Jordán... como un huerto de Jehová, como la tierra de Egipto entrando en Zoar.»

Pero, en realidad, aquí el huerto de Jehová es un término comparativo de admiración como el Zoar egipcio que tan esplendoroso recuerdo había dejado en el alma de Moisés.

Dejemos a Lot en Sodoma y a Abraham plantando sus tiendas de caudillo nómada en el alcornocal de Mombré; por esta vez la sagacidad del maestro Ciruelo no pasó de fuego de aulagas, antes ceniza que llamarada, y la Vera Cruz nos negó la luz celestial que siempre irradia.

El Abulense no concede al jardín del Edén más de cuatro leguas cuadradas y diez de circuito, y no pudiendo Barcefa emplazar a su gusto los cuatro grandes ríos y la fuente madre en tan pequeño espacio, apunta una idea luminosa para no humillar la versión de los Setenta, ni tildarla de mendaz. A juicio de Barcefa, los cuatro ríos se hundían en las concavidades de la tierra, corriendo por las entrañas de ella, y surgen a la superficie para dar origen al Nilo, Ganges, Tigris y Eufrates; añade Ruperto Barcefa que todas las aguas potables y salutíferas que nacen en cualquier parte del globo son aguas del Paraíso que se han difundido por los continentes para dar salud a cuantos seres viven y alientan.

El gran escritor asegura que el agua es salada por

naturaleza, como se comprueba en su lecho normal, que es el mar; y la bondad de Dios hizo que esa agua salobre pierda tal condición dañina recorriendo los filtros y oquedades del planeta, subiendo por el pecho de los montes para ofrecerla como leche benéfica a sus criaturas.

Abandono esta teoría esotérica y dislocada a los propietarios de aguas minerales para que con algún adorno retórico la sirvan como señuelo a los enfermos y aprensivos.

* * *

La filosofía, más o menos ajea, hace siglos que nos sorprende con esta pregunta: ¿En qué sitio del globo apareció el primer hombre?

La ciencia, procediendo por hipótesis angulosas, afirma: No hay más que una región en la tierra donde todavía se encuentran agrupados los tres tipos fundamentales de las razas humanas, donde viven juntos blancos, negros y amarillos. Luego esa región es la cuna del género humano.

Esa región forma la gran meseta central del Asia y confina: al Norte, con los montes Altai y sus derivados; al Noreste, con la cordillera Ala-Tan; al Este, con las montañas King-Khan; al Sur y al Sureste, con las alturas de Felina y Kuen-Sun, y al Oeste y Suroeste, con Bolor y el Himalaya.

La raza negra, pura o mezclada, se extiende por las dos Penínsulas gangéticas, llega hasta Nepal y se corre por el Oeste hasta el golfo pérsico y el lago Za-

ren, cerca de Esfilton; la raza amarilla está en todos los puntos cardinales; la raza blanca parece haber ocupado el área central. La Historia nos recuerda a los Yu-Tahi y Usun al Norte de Hoanjo; en la actualidad existen allí mismo agrupaciones de blancos; los Miao-Tsé ocupan las regiones montañosas de la China; los Siagnith se conservan puros en las gargantas rocadas de Bolor; en el Japón sirven de muestra los rubios Ainos, y en Filipinas, en la cordillera del Caravallo, los Tinguianes.

Además de la reunión de las tres razas en el gran macizo asiático llamado *ombligo del mundo,* añaden los sabios otro argumento sutil, aunque tortuoso, en favor de su tesis. Esta vez la lingüística es la que da los mimbres.

Las tres formas fundamentales de los idiomas humanos se hablan en la meseta o en los valles de su alrededor. Las lenguas se dividen en monosilábicas, aglutinantes y flexivas; representan los monosilábicos junto al Himalaya: los chinos, siameses, cochinchinos y thibetanos; a los aglutinantes: los osegro-japoneses, dravinianos, malayos y turcos en todas sus facetas; a las de flexión: el sánscrito y sus derivados y las lenguas iranias.

Todos los lenguajes antiguos y modernos que se han hablado y se hablan en el mundo tienen raíces, enlaces y formas que arrancan de estas lenguas madres.

¿No podrán las tres formas estar relacionadas con una lengua común olvidada? Se ignora.

Sin embargo, los naturalistas, con estos dos argumentos de daga huída, dan por probada su proposi-

ción y deducen: En el centro de Asia, en Bolor, nació el primer hombre. Luego en Bolor estuvo el Paraíso.

Es demasiada consecuencia para tan endebles premisas.

* * *

Veamos sí los mantenedores del dogma son más afortunados. Moisés escribe el *Bereschil* en Egipto, en la tierra de Madrán o durante los cuarenta años de peregrinación por el desierto. No puede ser en otra parte. Moisés coloca el Paraíso en la región de Levante, esto es, en el interior de Asia.

El texto hebreo dice literalmente: «Un huerto en Edén, al Levante.» «Y salía—se lee en la Ferrarrienses—un vaho o vapor del lugar del deleite, el cual desde allí se dividía en cuatro ríos (cuyos nombres y significados nos son conocidos).»

La identificación del Tigris y el Eufrates no ofrece dificultad alguna. Son dos ríos que no han variado de cauce ni de nombre. De los cuatro *copita* que indica la Vulgata, los dudosos son el Fisón y el Gehon, a pesar de las pródigas policromadas descripciones de Moisés.

El Fisón es el que circuye la tierra de Hevilath; el profeta cita esta región dos veces en el *Génesis* (II y X), pero los comentadores sagrados confiesan que ignoran a qué tierra se refieren las *Escrituras*. Quieren unos que sea la Cólguida, el país del áureo vellocino, porque existe una región que lleva este nombre junto al río Fasis; y otros, que es el país de los caleos, pue-

blos de la Arabia que vivían fronterizos del golfo pérsico; no falta quien por eufonía haga del Fisón el Fasis de la Cólguida, riachuelo que desemboca en el mar negro, o quien le convierta en el Cur o Cyrus de los antiguos, río que nace en los alrededores de Kars, junto a la fuente occidental del Eufrates, y desemboca en el mar Caspio después de haber mezclado sus aguas cristalinas con las turbias y fangosas del Araxo.

Prueba evidente: Ninguna.

Aún es más difícil de emplazar el Gehon, que circunda la Etiopía. En realidad la *Biblia* no dice Etiopía, sino la tierra de Kusch, y aún no se ha averiguado por qué razón los Setenta vertieron Kusch por Etiopía. Tal vez tuvieron en cuenta que fué donde habitaron los Kusitas cuando abandonaron el Asia. Hubo dos Etiopías: una, al sur de Egipto, junto al mar Bermejo, y otra, en la Arabia, junto al mismo Océano.

Hasta la tierra de Madian se consideraba como etíope, por esto a la mujer de Moisés él mismo la llama etiopisa, por ser natural de aquella comarca.

Si es la Etiopía que confina con Egipto puede ser el Nilo, más si es la tierra de Kusch en la Arabia el error geográfico sería de bulto.

Ebers, en su obra *Aegyten und die Bücher Möses*, escribe: «Que el Edén debe buscarse en las fuentes del Tigris y Eufrates.» «Nos parece fuera de duda—añade—porque así lo imponen la etnografía, la geografía, la historia hebraica y las crónicas armenias.» Y en nuestros días, con particular autoridad, la filología comparada.

A pesar de este grupo de razones, eslabonadas entre sí para aumentar su fuerza y poderío, ¿tiene algún fundamento esta seguridad del autor alemán?

He de confesar con tristeza que ninguna.

* * *

—¡Es desesperante!—hube de exclamar yo con abatimiento.

—Calma esos nervios—contestó con imperio Juan. Caminamos hacia la verdad a velas desplegadas y quebrantando remos. ¡Descuida! La verdad no se niega al que la ama. No olvides que el profeta de Nazareht dijo: Llama y se te abrirá. Estamos delante de la puerta y hemos llamado.

FIN DEL PRIMER TOMO

Suscríbase a la BIBLIOTECA BERGAMÍN

Pagará usted **tres** pesetas al mes, por dos libros.

Algunos libros que publiquemos llevarán marcado un precio mayor del de dos pesetas; pero usted, suscriptor, lo recibirá sin aumento alguno.

Envíe su nota de suscriptor a la calle de la Corredera Baja, 39.--MADRID

USHMM LIBRARY
01 0001 0096 3478

Precio: 4 pesetas.